

A woman with long, wavy brown hair, wearing a blue off-the-shoulder dress, stands on a stone ledge overlooking a city at sunset. The city features a prominent tall, thin tower and various buildings. The sky is a mix of purple, pink, and orange, with birds flying. In the foreground, a golden mask with two eye holes and a long stem lies on the ledge. The overall mood is romantic and historical.

S

La
Señora de
Montesco

Sofia Navarro

Otras obras de la autora:

La máscara del secreto.

Flor del pasado.

1959.

Dalila. La sangre del pirata.

Chispa y humo.

El último pecado capital.

El secreto de Caperucita Roja.

No habrá vals para los malvados.

La Señora de Montesco.

En mi otra vida.

Almas gemelas.

El baile del escorpión.

Julián, el del pueblo.

Ariadna.

Protocolo: Ibiza. Volúmenes I y II.

Reflexiones breves de una mujer a medio desnudar.

Conoce más en

www.sofia-navarro.com

A INGLATERRA.
A SUS TESOROS.
A VOS.

“SÓLO EL POBRE CUENTA SU CAUDAL”.

ROMEO Y JULIETA,
WILLIAM SHAKESPEARE.

INTRODUCCIÓN.

Verona... Verona era el nombre de una doncella rubia, de piel dorada y ojos verdes. Un hermoso brote, de pétalos cerrados, ajeno en su timidez al brillo del Sol. Esa maravilla tardía, a la sombra eterna de sus orgullosas hermanas... Una joven provinciana incapaz de imaginar que con sangre en su aurora se convertiría en la mujer más apasionada de Italia.

Había sucumbido la última hora de la primavera, y el silencio previo al alba del verano devoraba, sepulcral, todo murmullo. El frío nocturno recorría los pasillos de piedra por el palacio, acompañando en su clandestino paseo al joven heredero. Aquellos pasos, decididos pero delicados, eran el único susurro en la noche de Verona. Las antorchas ya apenas daban lumbre, mas aún aquella figura rauda se dibujaba en el suelo... Una sombra regia.

Al posar sus manos blancas sobre los pomos helados de los portones, sintió el contorno del escudo de su linaje grabado en el metal, clavándose en su piel. Orgullo tallado a cincel, por un segundo, en su corazón embriagado. Pero antes de abrir las puertas, todo sentimiento de coraje se había vuelto a desvanecer.

Suspiró profundamente, mirando la gran sala ante sus ojos. La esperaba vacía, pero una figura más imponente que la suya enfrentaba la leve luz de luna en el balcón. Su padre, el hombre al que el joven veronés más admiraba y amaba, había regresado de las batallas. El muchacho lo sabía bien; su padre conocía la soledad de la noche mucho mejor que él.

—Para el cantar del gallo han de haber callado las hadas —murmuró el joven, preocupado y sorprendido—. Estaréis agotado... ¿Habéis dormido,

siquiera?

—Mis ojos han dormido tanto como los tuyos —acertó su padre—. Mira las estrellas. Sus estrellas... Ya mueren.

Romeo suspiró de nuevo y anduvo hasta llegar junto a su señor. Observó aquel rostro y adivinó, como siempre, que su padre poseía una fortaleza inalcanzable para el resto de los hombres. Sin embargo, también cargaba con un corazón en carne viva, abierto y transparente ante sus ojos, como ningún otro hombre se habría atrevido a exponerlo jamás.

—Maldigo aquello que a mí me ahoga y a ti te mantiene en vela, hijo mío. Sé lo que sientes, y no podría lamentarlo más.

—Sabréis el motivo, porque es explícito el dolor en mi rostro.

—La belleza.

Montesco miró a su hijo a los ojos; esos iguales a los suyos, profundos y afilados como los del dragón.

El joven asintió, derrotado.

—Estáis en lo cierto, padre. Sin embargo, ¿cómo podríais saber lo que siento? No pretenderéis hacerme creer que vuestro descanso se duele por igual causa, ¿verdad? Tenéis todo cuanto deseáis. Sois el dueño de vuestro destino, y Dios os ha consentido desde la cuna. Envidio tanto vuestra fortuna... En cambio la mía es tan cruel y caprichosa, rodeándome de riquezas que no son mías y negándome el mayor de mis anhelos... —Romeo vio la lástima en las pupilas de su padre, y pensó que por ignorancia podría haberle juzgado demasiado raudamente—. Decidme, ¿por qué no dormís?

Montesco se alejó del balcón y se dejó abrazar por las sombras de su palacio. Su voz, grave y clara, resonó entre los mármoles.

—Hay un tiempo para descansar y un tiempo para pensar. A veces siento que he dormido demasiado y que no entiendo el mundo que me rodea. Es entonces cuando me sorprende, perdido, en un sinsentido que la noche sólo hace más evidente. Así que tomo tiempo de mi descanso y lo encomiendo a la reflexión.

—¿Y se os aparece respuesta alguna?

—No, hijo mío. Pero se disipa la culpa de abandonarme a la desesperación. ¿Qué me mantiene en vela?, ¿qué habría de ser, sino la belleza?

—El odio también es aliado del insomnio.

—El odio a la sangre enemiga tiene el sentido que le da la memoria. Yo ya ni siquiera recuerdo por qué se originó la disputa con nuestro adversario...

—¿Qué importa lo ínfima o grande que fuese la primera chispa, cuando el

río de sangre que le siguió aún nos ahoga? Vengáis años de ofensas; sois un guerrero, padre.

El escalofrío que recorrió a aquel hombre, al oír sentenciar así a su hijo, le pareció un profundo error del que sólo él era culpable.

—Lo fui —pudo murmurar—. Nuestros enemigos siguen siendo halcones iracundos, pero el afán por la espada, que en mí nunca fue ferviente, cada día me es más ajeno.

—Callad. Los hombres como vos son guerreros desde el nacimiento hasta la sepultura. Aún sois joven para empuñar la espada. Sois mi orgullo, y el de toda la familia.

—No se es guerrero por ir a la guerra.

—Yo me dejo vencer por el amor, como un necio, y ni siquiera puedo negarlo porque ciego estoy. Pero si algo puedo ver es que la grandeza de nuestra casa está a salvo sobre vuestros hombros. Me preocupa no corresponder a ello como heredero, pero juro que me centraría más si pudiese pensar con claridad. Padre, decidme que conocéis el camino para segar mi dolor.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Padre... —respondió Romeo, en un golpe de indignación, sintiéndose insultado—. ¿Acaso he de decirlo en voz alta?

Montesco rehuyó el rostro de su hijo y anduvo hacia las puertas de la sala.

—¿No es mi señora la criatura más hermosa de este mundo y del otro? —preguntó el joven, con una voz firme y dolorosa, que frenó los pies de su padre—. Por favor. Compartid conmigo sólo un secreto más, y decidme cómo conseguisteis el amor de mi madre. Si la fortuna me sonrío, haré lo que vos, y acabaré con mi dolor.

Montesco, dándole la espalda a su ingenuo vástago, respondió.

—Mi querido Romeo, yo no conquisté a tu madre. Ella me eligió a mí.

Capítulo I

Con la aurora, terminó de sellar de rojo sus labios y de luto su cuerpo forrado de telas negras, forzando a las lágrimas a amainar tras su velo. Dolida por su angustia, a su lado, su madre, con el rostro serio y acongojado, apretaba las cuerdas de su vestido, preparándola para el velatorio. La pobre mujer sentía un indecible dolor oyendo los sollozos de su desdichada niña, a la que el destino hería, sin su consentimiento y sin que ella pudiese hacer nada para remediarlo.

—¿Por qué ella, madre? —preguntó la dulce joven, como implorando piedad a quien no hubiese dudado en concedérsela.

—Porque así lo quiso la ingrata fortuna —respondió la señora, al terminar de acicalar a su hija, observándola temblar.

—Era tan buena, madre...

La dama, sin mirar sus manos dolidas de forzar cordeles, tomó de los hombros a su hija, con delicadeza la hizo mirarle a la cara y secó sus lágrimas.

—Mi preciosa Calista —murmuró la dama, negando con resignación—, no es en este mundo donde habrá de ser recompensada nuestra virtud, sino en la vida que tras la visita de la Parca nos espera a todos.

—Habrán de ser generosos con ella aquellos que juzguen su alma.

—Mi corazón y el tuyo saben que así será —asintió la madre, recibiendo a su hija en sus brazos, donde la joven trató de arañar un consuelo imposible.

Cuán hermosa se mostraba Mantua aquel mediodía, humilde y expectante, sin ceder en su calor ante la muerte.

Al paso del cortejo fúnebre, el Sol brillaba inclemente, agotando la respiración de las damas de negro que lloraban desconsoladas tras el engalanado ataúd. Una de ellas, sin duda alguna la más imponente de todas las mujeres que Calista había tenido el orgullo de conocer, parecía ir a arrastrarse de rodillas...

—¡Mi señora! —la socorrió Calista, justo antes de que la baronesa se dejase vencer por la desolación.

—¿Qué terrible mal, mi adorada Calista?, ¿qué irreparable mal habré

cometido sobre alguien más débil que yo, para recibir castigo tan cruel? Enviudar encinta y ver morir a mi hija antes de que cumpliese las quince primaveras... Habría besado los pies de aquel al que herí, le hubiese lavado las manos con mis cabellos y lamido las heridas, si con ello el corazón de mi hija hubiese seguido latiendo.

Calista tomaba las manos temblorosas de la baronesa, y se mantuvo a su lado, cargando con sus cadenas invisibles, mientras los sepultureros enviaban a los infiernos de la tierra húmeda el ataúd de su hija. Aquella a la que todos esos fúnebres testigos observaban enterrar era la única persona en el mundo a la que Calista hubiese llamado su hermana. Le arrebatava el aliento, la alegría y la ilusión de un mañana, el saber que ya nunca más podría celebrarlo con ella. Pensar que su madre bien podría estar en el lugar de la baronesa, si la enfermedad, en lugar de encapricharse con otra, se hubiese obstinado en robarle el aliento a ella..., y verter en su mente un dilema envenenado. ¿Dar gracias a Dios por perdonar sus gustos mundanos?, ¿o guardar silencio y que su ira simplemente les ignorara a ella y a su familia, como hasta ese día presumían?

Al atardecer, poco antes de encontrarse de nuevo con su madre para volver a casa, Calista atendió una llamada de la baronesa, que la requería en su retirado palacio. Cuántos veranos había pasado en aquellos jardines, jugando con su hermana... Cuántos llantos, risas, miedos y deseos compartidos en aquellas habitaciones que, antes cálidas y ahora frías, se mostraban a su paso.

Cual fantasma, entró en la pinacoteca Grimaldi, el lugar en el que la baronesa se sentía más cercana a los que ya no estaban con ella. Frente al imponente cuadro de su desventurada hija, la dama parecía una estatua de cera blanca.

—Un favor te he de pedir, mi adorada niña —pudo murmurar, a duras penas, la mujer, al sentir los pasos de Calista.

—Aquí me tenéis —respondió la joven.

—Te habrá de molestar este capricho mío; mas callarlo es un imposible.

—Hablad, os lo ruego. Sabed que si de algún modo puedo aliviar vuestro dolor, obligaré a pasar hambre al mío.

—Qué dulce e indulgente has sido siempre... Tu madre hizo bien su labor. Razón de más para avergonzarme de mis tentaciones.

—No os comprendo. ¿Qué querriáis de mí, que injusto pudiera ser para

con mi madre?

—Desesperada de tristeza, te imploro que me llames madre desde el día de hoy.

—Pero, mi señora...

—Obtén de mí lo que quieras, Calista. Mi linaje, mi escudo, mi fortuna y mi amor... Todo ello es para ti si me llamas madre.

—Excelencia, me abrumáis con tantos honores. Pero mayor es mi espanto... Sólo una en este mundo es mi madre —tuvo que negarse la joven dama—. Os ofrezco mi amor, incondicional y sincero. Puedo amaros tanto o más que a quien lleva mi sangre, mas jamás consideraros mi madre. Guardad vuestros títulos, que mis padres han sabido procurarme los suyos.

—No finges ceguera, espero —se llevó las manos al pecho la baronesa—. Humilde es el título de tu familia; ínfimo a la sombra del de la mía.

—De ahí que enorme sea el honor que me otorgáis. Pero ni una reina podría convencerme de que una corona vale mi fidelidad a mi madre. De corazón lo lamento, mi señora.

—A tu madre, que ostenta un tesoro mayor que el que guardan mis arcas, le habré de procesar eterna envidia. Toma mi mano, querida Calista, y entiende que aunque no puedas entregarme el amor filial que te pido, deposito hoy en ti todo mi corazón. No vas a ser mi hija, pero, por piedad, déjame seguir siendo madre...

Calista no pudo evitar el resquebrajo de su corazón al oír a aquella pobre mujer. Asintió, comedida, y le ofreció compasión.

—No soportaría volver a Verona al amanecer —murmuró la baronesa—. Vuelve a casa, con tu afortunada madre, y escíbeme, querida Calista. He de guardar luto cerca de mi desdichada hija. Sólo cuando esta tierra me devuelva la fuerza que el dolor me arrebató podré volver a la Casa Grimaldi.

—Confío en que Morfeo os arrope y poco a poco os ayude a descansar, mi señora.

La mirada de la baronesa mostró entonces que la tristeza y el miedo no son sino perfectos aliados.

—Una venda para mis ojos será el canto de Morfeo, mientras Hades posee impune a mi joven niña —esa última lágrima erizó la piel de Calista, volviéndola muda—. Marchad a Verona.

Capítulo II

La bruma del amanecer mantenía la belleza de Verona envuelta, y apenas iluminaban sus calles empedradas las ascuas de las antorchas tardías. En lo profundo se adivinaba el tronar de una campana insomne, exigiendo compañía, mas no era el canto del gallo el que le respondía, sino el paso fresco de un corcel y las ruedas de la berlina que arrastraba.

A las puertas de su hogar, siendo recibida con la reverencia de la única doncella de la casa, que servía fielmente a su madre, Calista descendió de aquella añeja carroza, y, sin pronunciar palabra alguna, se dirigió a su alcoba. Subir los escalones se le hacía un purgatorio, y se dejó vencer a la mitad del camino, de rodillas en los fríos peldaños de piedra. Procuró domar su dolor para dar una breve oportunidad a su respiración y no dejarse desvanecer. Alzó la mirada hacia la puerta de sus aposentos, su humilde alcoba, tan impropia de nobles y tan amada por ella. Recuperó el paso y abrió aquella puerta, rompiendo el silencio.

El balcón, aunque cerrado, ya daba muestras de claridad a través de los postigos. Como quien saluda a su dios, Calista abrió las puertillas de madera, dejando que el brillo del alba y el beso del sol naciente en el horizonte ocupasen la estancia. Ni el más noble de los reyes tenía el privilegio de aquel paisaje; esa Verona con brillo de aurora, semejante a un cofre de preseas. Por primera vez, en días de terrible pena, Calista se sintió dichosa. La vida, con algún descosido, seguía siendo el velo de encaje que ella gustaba de lucir.

En su soledad y su riqueza infinitas, Calista tomó aire hasta herir sus pulmones, sintiendo plena paz. Cerró sus ojos, y dio su despedida por finalizada con aquel largo suspiro.

La joven dejó que sus cortinas bailaran con la brisa de aquel amanecer. Observó a su alrededor, al tiempo que sus manos la desvestían para el nuevo día. Mas, al liberar sus cabellos de su diadema, e ir a posar ésta última sobre su lecho de sedas y algodón, halló expectante un pergamino plegado. Sin pedirle permiso alguno, su corazón se aceleró. Calista tomó con delicadeza el mensaje y leyó las escasas dos líneas que, escritas de puño noble, iluminaron su rostro con una leve sonrisa y consiguieron el imposible de hacer brillar sus

ojos tras la penuria.

—Si vuestra madre conociese mi imprudencia, por hacer de Hermes, en lugar de arrojar ese mal al fuego... —quebrantó su soledad la voz de la fiel sirvienta, reprochándose a sí misma su ceguera—. No sabré leer, señorita, pero conozco bien al criado que trajo el mensaje.

—¿Cuándo dejaréis mi madre y tú de creer que hay mal en este amor?

—Llamarlo amor no lo convierte en fortuna.

—Desdichas a miles caigan sobre mí, mientras pueda responder a este y cien mensajes que le sigan.

—Cuidad vuestra lengua; nombrad la desgracia y la estaréis invitando a comer.

—Tus malos augurios ya no me aterran como lo hacían cuando era niña —respondió Calista, calzándose botas para un largo camino a pie—. Voy a verle ahora. Si mi madre te preguntase, hazle saber que volveré a casa antes de que me reclame para bendecir el pan. Y no le mientas si insistentemente exige saber a quién he ido a buscar.

La sirvienta, que era en sus años y experiencia mayor que su señora, enfrentó a la aventurada jovencita, con una mirada de censura que sólo un maestro se atrevería a lanzarle a un alumno brillante y díscolo. Calista asumió las consecuencias dibujadas en esos ojos, y, altiva, se marchó.

La joven veronesa dejó atrás el olor del pan recién hecho y el sonido de los carruajes por las calles empedradas, pues a paso acelerado se dirigió a las afueras de la ciudad, en busca del rincón más calmo del río.

Cuando finalmente llegó al refugio indicado en aquel mensaje, comprobó que había sido rauda hasta llegar antes que su acompañante. Quedó en pie junto al río, notando que la brisa apaciguaba el rubor de sus mejillas y que su respiración volvía a recuperarse. Sin embargo, su corazón hubiese arrancado enormes olas a aquel río, de haber podido sacárselo del pecho.

Calista tomó asiento sobre unas rocas de la rivera y esperó. Perdió la cuenta de cuántas veces leyó el mensaje entre sus manos antes de oírle llegar a su lado...

—No hallaré en vida, por más viajes que ésta me exija, placer semejante al que me invade cuando os contemplo esperando por mí.

—Teobaldo —sonrió Calista, poniéndose en pie con una amplia sonrisa.

—Estáis preciosa —le tomó él la mano, para besarla.

—El reflejo del río me ha asegurado que aún más bella estoy cuando vos

esperáis por mí... Tranquila en mi paso habré de mostrarme la próxima vez.

Teobaldo sonrió, como quien le permite un capricho a una niña pequeña.

—Os agradezco que respondieseis a mi mensaje. Vuestra presencia es a los sentidos como el mejor vino; ese que me ha faltado desde el invierno — Teobaldo hizo un gesto galante para ofrecerle dar un paseo junto a él—. Acompañadme.

Calista le tomó del brazo, reconociendo una nueva cicatriz en su mano, y caminó a su lado.

—Todos dicen que amáis la guerra —susurró ella—, y tanto tiempo le dedicáis a la espada que... Las noches son traicioneras conmigo, me dejan el corazón a la intemperie, y mis dudas resurgen.

—¿Qué teméis? —preguntó él, aminorando el paso.

—Que améis más el fuego de la batalla que este paseo junto a mí — respondió ella, quedando inmóvil—. Pero no me escuchéis, que ni se alza la Luna en el cielo, ni quiero pensar en mis dudas —sonrió Calista, caminando de nuevo—. Estáis de vuelta en Verona, y esa es una magia que me llena de dicha.

Teobaldo, acosado por la culpa, volvió a frenar su paso. Sus ojos, marrones y brillantes como el cuero, miraron a los de Calista en tono de disculpa.

—Sabéis que amo el fuego, Calista. De donde provenga no es mi inquietud.

—Decís bien. No es vuestra inquietud, sino la mía.

—Contáis con mi amor.

—Y vos con el mío.

—No creéis mis palabras —le respondió, insatisfecho—. Quiero procuraros serenidad. Me es muy preciada vuestra confianza, y veo que no consigo convencerlos.

—Siempre fuisteis más ducho en gestos que en verborrea, romántica o no —sonrió Calista.

—Un gesto os ofrezco, pues —respondió Teobaldo, divisando a lo lejos el palacio Capuleto, y mostrando una sonrisa envuelta en picaresca.

—¿Es lo que me revelan vuestros labios la sonrisa de niño que tanto me hace sospechar?

—Un gesto que no puedo evitar al imaginarme compartiendo con vos una velada, mientras todos los demás nos envidian.

—¿Qué ocasión merece vuestra indiscreción?

Teobaldo señaló el palacio al otro lado del río.

—La casa de mis antepasados, donde moran los señores de Capuleto. Habréis de visitarla de mi mano.

Invadida por una sensación de pequeñez, Calista vaciló ante tal ofrecimiento.

—¿Cómo podría yo justificarme? —preguntó ella—. No hay excusa para que mis pies anden por tan distinguido palacio.

—No es excusa, sino requerimiento. ¿Sabéis que dentro de un día se celebran las nupcias de plata de los señores de Capuleto? No me honraría pasar la velada solo; digo más, me torturaría tal calvario, sabiendo que rechazasteis acompañarme.

Capítulo III

—Gracias, madre —susurró Calista, al notar cómo la señora de la casa la agasajaba con leche fresca y frutas junto a su cama.

—Buen día, querida —asintió la mujer, sin poder corresponder a la sonrisa de su hija, abriendo lentamente las cortinas.

Al colorear la estancia los rayos de sol, Calista pudo contemplar en el rostro de su madre una expresión de seriedad impropia de un amanecer de verano.

La joven alcanzó a tomar unas uvas cuyo delicioso aroma pudo haberla distraído de saciar su curiosidad.

—Madre, ¿os inoportuna algo esta mañana?

—Nada, Calista...

La sensación de culpa que recorrió a la muchacha ante aquella respuesta abrupta la incomodó.

—Disculpad, madre —exigió atención—, no creo haberos oído bien. Nunca por nada os mostráis inquieta, que ya me lo han enseñado bien los años. Algo os preocupa, y creo saber qué es. No sé bien si he de disculparme o guardar silencio, pero me insultáis negándolo. ¿Me traéis manjares al amanecer para untarlos en vinagre?

Su madre, confusa hasta lo indecible, se volvió hacia ella, e inquirió:

—¿Insultarte, querida?

—Os molestó que antes del crepúsculo ordenase a mi ama preparar mi vestido de gala, el único que tengo, para ir al palacio de los Capuleto.

La madre, comedida, cerró los labios y pensó una respuesta, dada la confusión que entonces se aclaraba en su pensamiento. Negó rotundamente con la cabeza.

—Hija mía, tus caprichos para con el joven Teobaldo no son menos preocupantes para mí hoy de lo que lo eran ayer. Mas, puedes estar segura de que aguardaré a que sanes de tu ceguera por ti misma, pues más no he podido advertirte. Si deseas vestirme para bailar con los Capuleto, haz tu voluntad.

—No entiendo, pues, qué...

—He recibido una carta esta mañana. El señor de Montesco ha caído en

la batalla... —la mujer pronunció aquellas palabras como un juez que dicta la peor de las sentencias, mostrando el sobre del mensaje—. No es día de nombrar a los Capuleto en esta casa. Ni de festejar con ellos.

Calista, ofendida aunque asombrada, no pudo sino responder.

—Los Montesco dejaron de ser nuestros benefactores desde antes de mi nacimiento. Desde antes de vuestras bodas con mi padre, a quien con tanto amor recuerdo... Era mi abuelo un hombre sano y fuerte cuando el padre del difunto Montesco dejó de traernos fortuna.

—¡No sabes nada, niña! —la hizo callar su madre—. La soberbia de tu abuelo nos alejó de los Montesco, aquellos bajo cuyo mando tantas batallas libró nuestro apellido. Bajo su protección fuimos grandes, y con los lazos deshechos sólo fuimos a la deriva hasta el día de hoy... Ya no conocen nuestro escudo aquellos que heredaron el apellido Montesco.

—Habláis, pues, de la muerte de un hombre que ni siquiera nos consideraba, y cuyo padre no fue hombre de suficiente valía como para ganarse el afecto de mi abuelo. Respetaré su memoria, pero no esperéis que decepcione a Teobaldo ausentándome esta tarde.

Calista acertó entonces a ver que su madre dejaba escapar una lágrima, tal vez no por el difunto, sino por el desconsuelo. Pero amarga era como un veneno.

—Sosegaos, madre. Me confunde, y hasta me ofende, tal aflicción por un aliento que en nada nos afecta.

—Mucho nos afectó antaño —pudo responder la pobre mujer, sin apenas altivez—. A sus antepasados les debes poder llevar hoy ese vestido... a pasearte entre Capuletos. Tu abuelo fue un necio aventurándose a su propia suerte.

—Mi abuelo deseaba que nuestro apellido se valiese por sí mismo —se apresuró a defenderlo Calista—. Fue un noble intento de libertad tras décadas de servicio.

—Y a tal soberbia respondió el fracaso.

—Madre...

—No sabes lo duro que es, Calista, vender los tesoros de nuestra familia a cambio de un año sin miseria. Si los Montesco fuesen nuestros protectores, hasta los Grimaldi palidecerían.

—Madre, os creía más sabia. La fortuna Grimaldi no pudo traer de vuelta a mi hermana desde el Averno. Me horroriza que siquiera os acaricie la envidia.

Sin decir una palabra, y reusando escuchar una sola falacia más saliendo de la boca de su descarada hija, la señora se retiró a paso ligero.

Calista quedó en silencio, rodeada de la suave claridad de la mañana. Las campanas de la iglesia, rugiendo en la lejanía, comenzaron a llorar a difunto. Imaginó entonces a los sirvientes de los Capuleto llenando el palacio de flores para la animosa velada. Qué ironía tan fatídica envolvía desde antaño a tan distinguidas y enfrentadas familias... Los Montesco y los Capuleto, durante generaciones habían forjado los apellidos más prominentes del Norte, pero en Verona sólo el respeto por los nobles evitaba que la vergüenza empañara sus escudos regados de sangre.

Los huesudos nudillos de la criada tocaron a la puerta. Con una reverencia escueta, la mujer se presentó, llevando en sus manos el precioso vestido de Calista.

—¿Está listo? —preguntó la joven, ignorando ya las campanas.

—Como pedisteis —asintió la sirvienta.

Calista salió de la cama, para dejar que aquellas manos rasposas le recogieran el pelo y comenzaran a vestirla. Mientras la sierva guardaba un respetuoso silencio, también abatida por el luto, Calista no podía parar de pensar en su propia desazón, la cual empañaba aquel día.

—No tengo intención de esconder mi felicidad. ¿Por qué mi madre no la celebra conmigo? ¿No es evidente que me indispone su actitud?

—Vuestra madre sufre más por vos que por ella misma.

—Aprieta el corsé y sufriré por las dos.

—Si vuestra madre asiste mañana al funeral, haríais bien en acompañarla.

—No haré tal cosa.

—Que os complazca la compañía de un Capuleto no debería haceros perder la elegancia. Vuestro padre hubiese querido que mostraseis vuestros respetos.

—Cuán afortunada soy, pues. No habré de responder ante quien perdió ya el habla.

Aquella mujer, avergonzada por la actitud de la joven, quedó espantada.

—Es de mi señor de quien os burláis. Si supiera de vuestro descaro, se revolvería en la tumba.

—Mas a fe mía que de allí no saldría.

Capítulo IV

Un intenso perfume a rosas bañaba el inmenso salón, escondiendo el olor a cera que desprendían los enormes candelabros desde cada una de las imponentes columnas marmóreas. Se le unía el olor del vino tinto, en riachuelos abundantes alrededor del festejo. Brebajes traídos de la República de Siena, dispuestos a acompañar exquisitas piezas de caza, de tierra y mar, ya asadas y presentadas a los invitados.

El libre albedrío reinaba para gozo de los presentes. Comía hasta la gula el que deseara saciar tal capricho, bebía hacia la embriaguez todo diablo, y si era el baile el mayor deseo no había más que seguir la alegre música. Música que alzase desvergonzadamente la alegría de la casa Capuleto en tan gloriosa fecha.

Veinticinco años de amor y poderío paseaban por la sala los señores de Capuleto, enfundados en sus mejores galas, regalando saludos y despertando admiración entre sus acólitos. Sonreían fingiendo no saber, o haber olvidado ya, que el Montesco había muerto.

Con una reverencia, Teobaldo tomó la mano de Calista y la acompañó, ante la perplejidad de los presentes y sus murmullos, a tomar una copa de vino.

—Es infinita la honra de que hayáis puesto un pie en nuestro palacio. Sois la mejor compañía que podría imaginar —aseguró el Capuleto, brindando con ella.

—Abrumada me siento, Teobaldo.

—Démosle tiempo a mis tíos para zafarse elegantemente de sus convidados. Cuando todos estén cansados de adorarles, y ellos se encuentren más tranquilos, habré de presentaros.

Calista apreciaba bien la sonrisa de Teobaldo, y el brillo de sus ojos oscuros. Aquello que sus tíos fingían haber olvidado parecía ser irrelevante para Teobaldo, teniéndola a ella a su lado. Había una chispa de felicidad en esos ojos que la hacía sentirse muy amada.

—Bailad conmigo —le pidió la joven dama, tomando ambas copas de vino y posándolas sobre el impoluto mantel blanco.

Teobaldo asintió encantado, dejándose llevar hacia donde ya muchos de los presentes compartían un animadísimo baile entre máscaras. Mas, antes siquiera de que el baile pudiese respirar, uno de los soldados fieles a Teobaldo exigió su atención desde el otro lado de la sala. Calista notó la mirada de su acompañante dirigiéndose hacia sus espaldas, por lo que, confundida, miró hacia atrás. Aquel soldado se mantenía distante, como esperando acatar una orden, pero realmente sólo procuraba pasar desapercibido hasta que Teobaldo le ofreciese su atención.

—Mi hermosa Calista, ¿me disculpáis un segundo? —pidió, con un tono de pronto serio—. Aquel que me reclama no puede venir a contarme nada liviano.

—Id pues, y regresad pronto —accedió la joven, preocupada.

Teobaldo se apartó de su lado en dirección a aquel mensajero. Sin perderle de vista, Calista observó que la señora Capuleto, con gran discreción, dirigía una mirada de absoluta censura al soldado, y que la compostura que requería el momento fue lo único que la frenó de hacerle tragar su mensaje. Se había resignado a ver llegar la tormenta.

Apenas abrió la boca aquel hombre, y Teobaldo, ofuscado y rabioso, abandonó de súbito la sala en dirección a los jardines. La mirada de la señora Capuleto dio a entender que su secreto ya no estaba a salvo. Calista, sorprendida e incómoda, le siguió.

El anochecer dibujaba sombras y sacaba brillo a las fuentes y los setos del enorme jardín. Más no había nada más sombrío que la respiración de Teobaldo. Sólo al notar los pasos de Calista, llevándola junto a él, procuró calmarse.

—Teobaldo —lo llamó, quedándose frente a él, y no siendo merecedora de su mirada—. ¿Qué os ocurre?

—Nada que tenga que ver con vos.

—Algo os molesta en demasía, y vuestra inquietud es la mía.

Tras un segundo en silencio, el Capuleto la miró a los ojos. Ya no había felicidad en ellos, pero otra chispa los inundaba. La ira.

—He recibido nuevas de la guerra —respondió él.

—Ninguno de vuestros allegados participa en ella...

—Han dado muerte al Montesco —dijo él, sintiéndolo como una condena.

—No lo sabíais... —entendió Calista, bajando la mirada.

—¿Vos sí? —indignado, Teobaldo entendió que había sido una artimaña

de sus tíos el haberle dejado desolado en la ignorancia—. ¡El rufián ha huido de mi acero! Otro más afortunado que yo ha osado adelantarse a mí.

—¿Y no pone eso fin a vuestros desvelos y calma en vuestro sueño? Durante mil lunas me habéis narrado vuestro odio hacia el nombre Montesco —Calista entendió que lo que para otro habría sido un enemigo menos, para Teobaldo no era sino una batalla perdida—. Aunque, supongo que no sería vuestra naturaleza la que os mostrase aliviado.

—Quiero mi guerra.

—Buscar venganza y llamarla justicia...

—No me juzguéis así, os lo ruego —Teobaldo pareció abatido. Se volvió hacia ella y tomó sus manos con humildad—. No daré importancia a lo que otros necios piensen de mí, pero vos debéis entender mi sed. No sabría amaros sin ser antes fiel a mí mismo.

—Nunca sería con vos una jueza severa —sin embargo, una lágrima se derramó por sus mejillas—. No imagináis la tristeza que me produce esa devoción por Marte. Cuán ínfima y miserable a vuestros ojos me hace sentir el mero susurro de una guerra... Pensar que si ésta fuera una mujer ni siquiera me miraríais.

Encontrando de súbito que ante aquellas lágrimas estaba desarmado como jamás se había visto, Teobaldo se encomendó al arrebato. Clavó su espada en la fría tierra y de rodillas se ofreció a la dama, que quedó en silencio repentino.

—Antes de conocer la noticia de tan maldita muerte, antes de dejar que mi ira se apoderase de mí, me prometí a mí mismo daros una razón para confiar en que siempre me rendiré ante vos.

Las manos de Calista temblaron cuando Teobaldo las tomó.

—Mi amada Calista, os suplico que me concedáis el honor de convertirnos en mi esposa.

Capítulo V

—Celebro que tan inoportuna noticia no sea suficiente como para negarnos vuestra presencia, adorado sobrino —se inclinó la señora Capuleto para besar las mejillas de Teobaldo—. Habréis adivinado mi temor a comunicárosla yo misma.

—Os ruego os ahorréis las cuitas, mi señora. Mi deseo de compartir vuestra alegría me procura el olvido de todo infortunio —respondió él, reverenciando también a su tío—. Permitidme ahora que os presente a...

—Nos es de sobra conocido ese rostro —le interrumpió la señora Capuleto, haciendo un gesto de cortesía que escondía una inmensa falsedad—. Sed bienvenida a nuestro palacio.

Calista hizo una reverencia llena de humildad al notar el rechazo enmascarado de la señora Capuleto.

—Calista, ¿no es cierto? —preguntó, haciendo escandalosa la falta de apellido o título que engalanase tal nombre—. Qué radiante juventud en tu piel, querida niña... —no era sino su manera de mofarse de ella y de lo que aún le quedaba por aprender.

—Gracias, mi señora —pudo decir Calista, soportando la humillación.

Teobaldo, entendiendo la incomodidad que ahogaba a Calista, procuró remediarlo. Tomó a la joven de la mano y, sin dejar de mostrar una sonrisa que les protegiera, la alejó de sus tíos.

—Qué descaro el mío, perturbar a la señora de la casa en el día de sus nupcias de plata. ¡Qué bochorno! —murmuró Calista, cuyo rostro se había encendido por la vergüenza.

—Tomad asiento y reconfortaos con un poco de música y un buen vino —le ofreció él—. No os alborotéis. Dejadme hablar a solas con ella, pues de sobra conozco a mi señora y sabré ganármela.

Sofocada por la mirada censuradora de la señora Capuleto, Calista esperó paciente a que Teobaldo interfiriera en su nombre.

—Querida tía, me desconsuela vuestra desaprobación —dijo Teobaldo, sin más miramientos, aunque bajando la mirada.

La señora de la casa, sin necesidad alguna de alzar la voz, sentenció seria y regia la insolencia de su sobrino.

—Y a nosotros nos escandaliza tu desfachatez, tomándote la libertad de invitar a esta casa, y en este día glorioso, a quien antaño fue aliado de nuestro mayor enemigo. No es que crea que tal rufián merezca santa sepultura, pero debiéndole su familia todo lo que tiene, bien podría ella ser más discreta y deberse al duelo. ¿Qué se puede esperar de una mujer que en horas de luto festeja con el enemigo?

Teobaldo sintió su sangre arder. Sin atreverse a cometer la falta de ofender a su tía dirigiéndole una mirada hostil, murmuró.

—Calista no es mi enemigo ni el vuestro. Hoy he recibido de ella la promesa de una vida a su lado —entonces miró a su tía a los ojos—. Mi señora, la joven a la que acabáis de rebajar será mi esposa.

Ante estas palabras, la señora Capuleto quedó sin habla, y se apartó de su sobrino, volviendo a la fiesta en un intento de espantar semejante deshonra.

Cayó la madrugada sobre ellos. La fiesta perdió todo cauce y sentido. Baco, desatado y ampuloso, puso su trono en el palacio Capuleto y no dudó en imponer su ley más carnal, llenando de ninfas el lugar.

Calista se hallaba sentada en el jardín, sobre un banco de piedra que la Luna iluminaba. A lo lejos la esperaba su carruaje. La joven suspiró, abatida por la vergüenza, pensando que lo único correcto era marchar. Se puso en pie, dispuesta a partir, cuando Teobaldo regresó de haber cruzado palabras con su tía.

—Debo marchar —dijo ella, sin esperar a oír nada más.

—Os seguiré —respondió Teobaldo, tomando sus manos.

—Mi lugar está en mi casa, ¿allí me seguís? —pareció molesta, como si estuviese cansada de que se burlaran de ella.

—Esta noche sí.

La muchacha mostró una sonrisa casi imperceptible. Rindió sus defensas en un suspiro y asintió. Teobaldo besó su frente, recibéndola entre sus brazos.

—Partid vos primero —dijo él—. Cuando nadie sospeche, marcharé a vuestro encuentro.

A la sombra del carruaje, una figura altiva esperaba paciente a la joven Calista. Entre sus manos enfundadas en terciopelo negro, un tímido

candelabro, suficiente como para iluminar su mirada de hurraca recelosa. Calista se sobresaltó.

—Mi sobrino no llegó a este mundo para amar. Nació para servir a la casa Capuleto a fuego y espada.

—Entiendo vuestro rechazo hacia mí, que en nobleza nunca os igualaría —respondió Calista, humildemente—. Mas subestimáis a vuestro sobrino.

—Es tu imprudencia la que nos subestima a nosotros. Han llegado a mis oídos rumores de que con malas artes pretendes retenerle aquí, mientras la guerra ruge llamándole.

—No conozco malas artes, mi señora. Y Teobaldo es libre de hacer su voluntad.

—Mi sobrino es un guerrero.

—Lo que yo sé de vuestro sobrino va más allá.

La señora de Capuleto rio entonces, sin poder evitarlo, ante lo ridículo de esas palabras.

—Pobre ingenua. Has visto a un Teobaldo que se inclina por amor y respeto, ¿y crees que ese rostro suyo me es desconocido? La ignorante está ante mis ojos, ajena al infierno que reina en él; el que forja aceros de batalla... El orgullo de mi familia corre por sus venas, y es un monstruo que te dejaría pálida y muda.

Tras aquellas palabras, el silencio asfixiaba. Calista se sintió vencer, y sus ojos comenzaron a acunar lágrimas. Un arrebato de fuerza le ayudó a contenerlas, y a duras penas responder como no creyó que fuera a atreverse.

—Sois una mujer cruel.

La señora de Capuleto abrió la puerta del carruaje, invitando a Calista a abandonar el lugar lo antes posible, respondiendo:

—¿Qué mujer dulce podría vivir entre demonios?

Capítulo VI

Golpes secos en su puerta la despertaron de súbito. Apenas amanecía, pues aún reinaban las sombras en sus aposentos, cuando Calista comprobó que el sueño la había vencido en su espera y que a solas despertaba.

Los golpes insistieron.

—Adelante —respondió, desorientada.

En silencio, la sirvienta abrió la puerta y pasó a la alcoba con el solo propósito de dejar sobre el lecho el mismo vestido que Calista había lucido en Mantua. Negro y riguroso.

—Señorita —habló con delicadeza la criada, notando las ojeras en el rostro de la joven—, no os merecéis el daño que os estáis infligiendo.

Extendió entonces un pequeño pergamino plegado y sellado con el escudo de los Capuleto. Calista lo tomó, y vio que alguien lo había abierto.

—Vuestra madre lo leyó antes que vos.

—Retírate —ordenó, sintiéndose humillada una vez más.

La criada no se movió. Quedó en pie, seria y firme ante ella.

Calista sintió un temor extraño. Ignoró a su sirvienta y leyó. El mensaje rezaba así:

Ante vuestro amor me descubro como un pobre mendigo suplicando por limosna. Permitidme ser el hombre que merecéis. Marcharé a la guerra antes del amanecer y forjaré en mi apellido una marca única en mi nombre, para que nadie pueda volver a cuestionar mis decisiones, ni mi amor por vos. Volveré cuando la guerra cese y mi conciencia esté tranquila. Me sentiré mutilar cada noche que pase lejos de vos. No veo el día en que me beséis frente al altar.

Eternamente vuestro,

Teobaldo.

—¿Qué? —murmuró Calista, aterrada—. No...

Se llevó una mano a la boca, para intentar acallar un llanto desesperado.

—Señorita...

—¡El hombre que merezco no se cuida de lo que piensen los insensatos que le rodean! —sentenció Calista, arrojando el pergamino al suelo y derramando lágrimas sin medida—. ¡Jamás tendrá la conciencia tranquila mientras pueda clavar un puñal! Qué liviano juego de palabras ha elegido para ejercer su poder sobre mí... ¡Qué ingenuo y pretencioso! Es humillante. Esa bruja que tiene por tía lo domina cual títere, y él se hincha de orgullo.

La criada se sentó junto a ella y la abrazó, dolorida, recibiendo de ella un abrazo aún más desesperado. El llanto se desató en su garganta y su rostro se vio colmado de lágrimas. Eran las lágrimas inocentes de una niña.

—¿Y si muere en la guerra? —Calista, con sus ojos rojos y ojerosos, buscó consuelo en los de la sirvienta—. ¿Por qué un hombre pediría a una mujer que se convirtiese en su futura esposa, para seguidamente jugarse la vida? Ama tanto el dolor, el sufrimiento y la ira, que nunca contempló la medida de mi amor.

La sierva acarició el rostro de la joven, secando lágrimas que no dejaban de manar.

—Puede que ni las flechas de Cupido sean capaces de herir a Teobaldo —lamentó la mujer—. En lo que a vos respecta, ya es suficiente.

Calista suspiró, sintiendo cómo el aliento le temblaba.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Siempre presumís de no tener que responder ante hombre alguno. A veces, refiriéndoos a vuestro padre, incluso me escandalizáis —reprochó la sirvienta—. ¿Tanto os cuesta responder ante vos misma? Miraos al espejo, señorita, y decidme que veis a la persona a la que más amáis en este mundo.

Calista negó con la cabeza.

—Mientras no sea así, señorita, no sabréis si otros os aman mal.

La sirvienta se puso en pie.

—Os dejo a solas para que decidáis si queréis o no acompañar a vuestra madre —señaló el vestido—. Una penitencia en ayunas, de seguro, os aclararía la mente.

—Espera, mi dulce ama —pidió Calista, secándose las lágrimas—. No hay nada que decidir.

—Señorita —asintió la criada.

—Vísteme.

Ni siquiera con el bostezo de Febo llegó a Verona una luz digna de su

verano. El capricho del Mediterráneo arrastró un fino celaje que, aun sin dejar el día helado, lo mantuvo apagado y sombrío.

A la vera de su madre, Calista cubría su rostro con un cendal negro y rendía sus lágrimas entre los dolientes, aunque éstas no fueran para el difunto. Observó a todos aquellos extraños, que, como su madre, respetaban infinitamente a los Montesco. Veía más devoción en ese dolor que entre los vinos de los Capuleto la noche anterior. Una admiración tangible en los murmullos de los presentes, que reflejaban el calvario de la familia, llegó a hacerla sentir humilde, quizás arrepentida de la ligereza con la que siempre nombró el apellido Montesco.

En la tierra se abría una tumba fresca, rodeada de mármoles bajo los que ya descansaban otros miembros de la familia. El panteón era amplio, y ante aquella majestuosidad, Calista no pudo evitar preguntarse cuántos de los que yacían ante ella habrían sido muertos por un Capuleto. Se sintió estremecer.

Un sacerdote ofreció el cuerpo del guerrero a los cielos mientras los sepultureros se encargaban de hacer descender el ataúd. Al tiempo que todos se santificaban, un hombre se mantenía absorto e inmóvil junto a la tumba, tomando los hombros de un niño que lloraba desconsolado ante él. Aquel hombre era el heredero de tan pesado escudo; el único de los hermanos que le quedaban al difunto Montesco.

Calista miró a los ojos de aquel noble, sabiendo que él ignoraba por completo su presencia y que su velo la protegía ante su indiscreción. Irritados de tristeza, aquellos parecían los ojos de un niño que fingía no estar perdido. Ver morir a un hermano, ella lo sabía, era una tragedia... Mas, era aún más profundo su pesar que el de aquel caballero. Que si a la tragedia se le une un corazón roto de amor, ¿cómo habría de sobreponerse el espíritu?

Capítulo VII

Sobre la mesa del comedor, Calista y su madre dieron gracias por el almuerzo. Apenas tenían apetito, y sería la sirvienta la que acabase degustando la mayor parte de aquel salmón. La comida se sucedió en silencio, con cada una de las mujeres en un profundo abismo de tristes pensamientos.

—Me retiraré a mis aposentos lo que resta del día, querida. Me debo a mis oraciones —le informó su madre, apesadumbrada—. Gracias por haberme procurado compañía, hija mía. Creía firmemente que no cederías a tu testarudez.

Calista eligió las palabras para satisfacer a su señora.

—Si os he reconfortado, madre, es todo cuanto deseaba. Descansad.

Inclinándose sobre ella, su madre le besó la frente y se marchó a paso cansado.

La muchacha se puso en pie y anduvo hasta sus habitaciones, procurando no mirar a su criada a la cara, para que sus ganas de llorar no quedasen en evidencia.

Echó la llave tras de sí, se sentó sobre el lecho y empezó a deshacer lazos y liberar botones en su encorsetado vestido. Los muros de la casa la ahogaban, el sonido de las campanas la atormentaban, el olor a restos de comida desde la cocina le revolvía el estómago.

Se despojó de sus ropas y buscó otras mucho menos ceremoniosas. Harapos los hubiese llamado su madre, y nunca le hubiese permitido salir de la casa con tal atuendo, mas sólo mostrándose miserable por fuera podía empezar a controlar su desazón por dentro. Y para acabar de buscar el anonimato, eligió la más discreta de sus máscaras y la ató a su cabeza a modo de antifaz. Nadie la reconocería. La tomarían por una pobre pastora y no la importunarían.

Siguiendo la vera del río, Calista dejó atrás la ciudad, descubriéndose a solas como nunca antes se había hallado. Sola en cuerpo y corazón. Recogió su falda, para permitir al río besar sus pies. Las lágrimas se escapaban a dar con su reflejo, distorsionado y enmascarado. Se liberó de la máscara y dejó

que ésta huyera con el río, a pesar de lo cual su reflejo no le indicaba ningún camino fiable y sin guijarros que fueran a desgarrarle la piel. Abatida, se agachó en la orilla, junto a las rocas, y desahogó su angustia. Con las manos apretadas en su pecho, podía sentir la lucha de su corazón por no caer a sus pies, y la de sus pulmones por llevarle aire.

—¿Os encontráis bien? —la sobresaltó sobremanera una profunda voz que la hizo revolverse.

Calista dirigió su mirada de animal herido hacia aquel hombre. Se calmó al comprobar que no era un bandido, aunque vestía de negro... Entonces sí sintió sus pulmones respirando plenamente, tras el susto. Él, adivinando su inoportunidad, quiso calmarla.

—Perdonadme el atrevimiento. Creí oíros sollozar.

Calista tuvo que recuperar su propia saliva antes de poder articular palabra alguna. Asintió y agachó la mirada.

—Es mi pesar grande como los océanos, gentil señor... Eso debo creer, pues nunca he visto el océano, pero dicen que nada más grande hay en este mundo.

Él se acercó con extremada cautela.

—¿Por qué lloráis?

—Pronunciar la desgracia en voz alta, cuán miserable me hace sentir... Señor, he perdido algo que me era absolutamentepreciado. No sé dónde se halla, y doquiera que esté, quebrantado en mil pedazos reposa para siempre. Como el espejo roto que ya no puede ofrecer un reflejo sin una grieta.

Creyendo de veras que una campesina no podría poseer tamaño tesoro, aquel noble inquirió de nuevo.

—¿Y tanpreciado os era?

—Si el Sol dejase de alumbrar en el cielo, para mí sería menor pérdida que esta.

—Maldita fortuna. ¿Me permitís ofreceros ayuda?

Ella, tal vez por educación, fingió un sutil escándalo. Y tal vez porque la galantería de aquel hombre la agradaba, mintió.

—Señor, no os conozco.

—Perdonadme —respondió, en demasía sorprendido y creyéndola entonces extranjera—. Tenéis toda la razón —adecuó entonces la distancia—. Enjugad pronto vuestras lágrimas. Confío en que sabréis reencontraros con vuestra sonrisa.

Pero la farsa no parecía complacer a Calista, que tembló al imaginarse de

nuevo a solas.

—Esperad.

Los ojos de la hermosa, que apenas acompañaban con silenciosas lágrimas su triste voz, arrojaron una mirada agónica.

—No me dejéis sola, os lo suplico.

Al mantener su mirada con la de aquella doncella apenas unos segundos, aquel hombre se sintió desarmar ante la inminente y arrolladora corriente de llanto desgarrado que amenazaba con abrasar el rostro de Calista. Tal era su dolor... Observando cómo aquella joven se rompía en mil pedazos, aquel caballero permaneció en respetuoso silencio, sintiendo una profunda lástima por ella, y un total desconcierto. Hizo ademán de ofrecerle su mano, pero se mantuvo discreto. Sin embargo, ella había visto su intención de consolarla, y le permitió acercarse, asintiendo.

—Sé quién sois —acertó a confesar Calista, entre sollozos—. Vuestro tiempo es demasiado precioso como para que lo malgastéis honrando mis lágrimas, mas... ¿qué hombre es grande, sino aquel que extiende su mano ante los que tuvieron menor suerte que él? Y, señor, conozco el tinte negro que la suerte ha arrojado sobre vos en estos días... —sus lágrimas parecieron menguar cuando al fin tuvo las manos de él a su alcance y las tomó—. Creedme, superaréis en honor y valentía al que me ha herido.

—Levantad —le pidió él—. Os ayudaré a caminar hasta la ciudad. Veréis cómo pasear os ayuda a sosegaros.

—Gracias, señor de Montesco.

Él no mostró sonrisa alguna ante aquel vocativo, pero clavó su mirada en la de ella. Aceptando, eso sí, que no esperaba aquellos ojos tan tiranos... Sin lágrimas, aquella mirada era la de una conquistadora que superaba en arrastre a todas cuantas había conocido. No debía mirarla demasiado, aunque era difícil zafarse de aquel raro e inesperado placer. Durante un efímero segundo, sus párpados se congelaron para ofrecerle la amplia visión de esos ojos esmeralda, y sus pupilas se dilataron revelándole indefenso. El turbado caballero procuró huir de aquella rara Medusa, pero sus ojos no hicieron sino seguir las líneas de Calista y mostrarle que estaba ante una ninfa de extraño poder. Tragó saliva y pudo hablar por fin.

—Decís saber quién soy —habló él, recibiendo de ella un breve asentimiento—. Vuestra es la ventaja, pues. Yo desconozco vuestro nombre. Ayudadme y pretendid ignorancia.

La muchacha juzgó esa inusitada petición hartamente absurda. Se armó de valor

para desobedecer.

—Mi nombre es Calista —respondió, permitiéndose una sonrisa.

Él la volvió a mirar más discretamente, entendiendo su voluntad, y asintió, devolviéndole el gesto.

Capítulo VIII

Una terrible sensación que jamás fue bienvenida se instaló en el día a día de Calista. La muchacha había conseguido calmar su dolor, con enorme paciencia, tras semanas de soledad y reflexión. Su madre la observaba, notándola callada en extremo, silenciosa y pensativa. Ciertamente, Calista hacía a su madre estremecer las pocas veces que ésta la hallaba a solas sonriente y no seria. A veces se daba el milagro, quizás por el canto de un pájaro, o por el frescor repentino de una brisa, aunque casi siempre ocurría cuando la muchacha estaba a solas, contemplando las estrellas y reconociendo planetas. Adoraba los cielos estrellados, y admiraba a los maestros de la astronomía, pero su hermosa afición no conseguía salvarla de los pesares de la Tierra. Los primeros días, Calista no tuvo apetito, pero éste parecía haber regresado, a duras penas. Como si de una grave enfermedad se tratase, Calista extirpaba hora a hora un poco más el dolor de su corazón. Incómoda era, sin embargo, la sensación que lo reemplazaba. La joven veía pasar el verano, primero los colores de junio, luego los calores de julio, el imperioso sol de agosto..., y a pesar de que el tiempo transcurría, a pesar de que su cuerpo de niña cada día tenía menos de ninfa y más de Venus, a pesar de que su sonrisa impostada volvía a tener valor de aparecer, a pesar de que las fiestas de verano se sucedían por toda la ciudad..., a Calista la inusitada sensación de que nada ocurría la embargaba. Nada merecía su atención, ni su aprecio. Por más que ella quisiera hallar sentido a todos esos festejos alegres, algo faltaba. La dicha, entendió Calista, mengua cuando queda sin ser compartida. Compartida con la persona a la que se ama... Sí, el tiempo pasaba y los hechos ocurrían, pero nada era significativo para ella.

Por fin, una nueva llenó de auténtico regocijo el rostro de la joven. La Baronesa Grimaldi, con el final del verano, había regresado a Verona, y requería verla. A punto estuvo Calista de dejar volar un grito de alegría tras recibir el mensaje. Apuró a su ama para que ésta la acicalase.

—Oh, mi queridísima niña... ¿Qué ven mis ojos? Deja que te mire, y

permíteme más, deja que te admire —pidió la baronesa, contemplándola—. Cómo son de poderosos los veranos a tu edad. Qué beldad... —le ofreció asiento.

—Me halagáis, mi señora.

—Pero ah... hay dolor en tu mirada. Tu madre, tan atenta como de costumbre, me escribió unas líneas para prevenirme...

—Espero que sólo soñéis en voz alta.

—En absoluto. Y bien presente tengo dicho mensaje. No conozco bien a los Capuleto, querida niña, pero no les concedería el derecho de exigirte tanto y de dañarte así.

La baronesa acarició sus mejillas, pero Calista, con toda delicadeza, tomó sus manos apartándolas gentilmente de su rostro.

—Mi señora, a eso precisamente me refiero. Erráis en vuestras pesquisas, como yerra mi madre en las suyas. La herida asestada por los Capuleto, aunque reciente, se halla bien cerrada.

—Me maravilla que con tal prontitud haya sanado tu corazón, querida niña. Lo que me inquieta es que tus ojos aún no lo reflejen... ¿Acaso disimulan, tan solo?

—El amor por el que me duelo es un imposible, mi señora. Uno que hace gozar a mi alma y agriarse a mi cuerpo. Se me agota el verano, y no he recibido de él sabor alguno, porque anhelo antes que nada cierta compañía.

Entonces, la baronesa entendió lo que ni la sirvienta ni la madre de Calista habían sabido ver.

—Posaste tus deseos en otro hombre.

Calista, con la esperanza de no escandalizar a la baronesa, respondió apenas agachando la mirada.

—Te tomarán algunos por atrevida, querida, mas eres afortunada —dijo la baronesa, recibiendo de nuevo la mirada de la joven, encantada con aquel beneplácito—. O lo serías, sin duda, de no ser por lo que cuentas. Pero es un absurdo... ¿Qué caballero en toda Verona no bebería los vientos por tu atención?

Calista pensó bien qué decir, y cómo no decirlo.

—Decís que poco sabéis de los Capuleto... —murmuró la joven—. ¿Y si os nombro a los Montesco?

La baronesa suspiró, denotando una alta estima hacia aquel apellidado.

—De las familias nobles, puede que la que más. Mas, aguarda, criatura...

¿De un Montesco prende tu amor? No hay sino dos hombres en esa casa; uno de ellos es sólo un infante, y su tío... no es sólo mayor que tú, sino mayor que el pendenciero Teobaldo. ¿No ha visto ese hombre suficientes veranos como para que tu apetito busque una fruta más fresca?

Calista, como asqueada, se puso en pie y caminó por la sala, evitando los ojos de la baronesa, pues los suyos de pronto se llenaron de desprecio.

—La fruta fresca ha probado ser para mí tan ácida como el vinagre. Los años del Montesco son más que los míos, pero aún no son maduros...

—Cercamos están.

—No es mi paladar el que lo considerará una desventaja.

—Dime, mi dulce niña, si no sabes que ese hombre ha vivido ya cien vidas y conocido a mil mujeres.

—No lo sé. Pero me es sencillo imaginarlo.

—Lo mismo habría de decir yo, aunque peque así de ingenua, porque discreto ha sido siempre él. Si aun así lo deseas, es que sin duda estás encandilada. Y si tú amas, ¿qué ha de quedar para que seas feliz? Siento que insulto a cualquier hombre sólo con imaginar que no te corresponde. Dime que no habré de insultar al Montesco...

—Es tan obvia mi inferioridad... ¿Para qué molestarme? Mi apellido es como una hoja seca en el otoño, mientras el suyo es agua fresca y cristalina.

—Los hombres, querida, por más nobles, siguen siendo hombres. Si no ha de desposarte por altivez, habría de tomarte como amante. De intrigas está la corte llena.

—Este no es un hombre cualquiera. Otro en su lugar me hubiese humillado.

—¿Humillarte? —frunció el ceño la baronesa—. ¿Con qué excusa?

—Me halló a solas junto al río, llorando mis pesares, vestida cual plebeya. Decidme si los nobles no se divertirían con un regalo así.

—Fuiste, sin duda, imprudente.

—Me miró como pocos hombres me han mirado antes de arrancar con descaro el color en mis mejillas... Excepto que él no lo hizo. Me admiró, más aún que vos, y no dijo una palabra. Se guardó sus pensamientos, respetándome, aun creyéndome hija del vulgo. Me ofreció ayuda. Decid el nombre de un solo noble que a vuestro juicio pueda presumir de semejante elegancia. ¡Cómo hundió en mi memoria esa galantería el nombre del bruto por el que momentos antes lloraba...!

—Conozco su fama. Cautela, querida niña, que bien sé que no eres la

primera en dejarse conquistar por las artes del Montesco. Ni serías la primera en quedar sedienta ante esa fuente. A su edad, y con su nombre, son sus méritos los que hacen evidente aquello de lo que carece. No tiene mujer a su lado cuando acude a la Corte, pero alcahuetes y arrastradas no le faltan.

—¿Qué intentáis decirme?

—Que bien se ama a sí mismo, y que duro juzga las pretensiones ajenas. Dime, mi querida niña, ¿cómo te amas tú?

Calista, ante el peso de aquella pregunta, volvió a tomar asiento junto a la baronesa.

—Apenas había comenzado el estío cuando una sabia mujer me hizo pensar en ello, mi señora. He pasado todo un verano aprendiendo a perdonarme, a respetarme y a amarme. Cuantos más días pasan, más degradante recuerdo mi última tarde junto a Teobaldo, y más imposible se me refiere amar a un hombre como él.

—Puedo ver en tus ojos que has crecido, mi adorada niña. Sí, retorna tu calma cuando dices que has aprendido a amarte. No sé si debiera darte un consejo, viendo como veo que vas a ser una mujer mucho más grande que yo, pero me atrevo a sugerirte que tengas paciencia y no juzgues como amor eso que sientes... No, al menos, hasta que pase también el otoño.

—No lo llamaré amor, mi señora, si imprudente os parece. ¿Pero qué nombre darle, entonces, y con qué propósito? ¿Qué es un nombre, sino un nombre?

—Por desgracia, en este mundo, lo es todo. ¿Sabe el Montesco que naciste de cuna noble?

—Dejé que me creyera plebeya. Mi cuna está más cercana al pueblo que al Príncipe de Verona... ¿Qué diferencia habría? Si ha de ser mi apellido el que me avale, puedo darlo todo por perdido.

—¿Y qué harás si la fortuna quiere que os veáis de nuevo?

—¿Cómo decís, mi señora? —preguntó ella, sintiéndose temblar, y aceptando que aquello que la incomodaba no era sino su inseguridad—. Es harto probable, ¿cierto?

La baronesa, seria, agachó la mirada, dando por hecho que era desaconsejable continuar con la farsa. Calista sintió que las palabras no aparecían en su mente, no invitaban a sus labios a hablar...

—Sólo espero que el tiempo me permita entender lo que deseo, antes de que la casualidad nos entrampe a ambos y todo mi ser me traicione.

Capítulo IX

Los vientos del Norte empezaban a aplacar el calor en toda la región. Los frondosos árboles, que protegieron la belleza de Verona durante el estío, empezaban a entregar sus hojas a la vejez, incapaces de alimentarlas ante la proximidad del frío. El otoño era calmo y húmedo en las tierras del imberbe príncipe Escalus. Su retorno de la guerra, sano y salvo, aunque aún no victorioso, era la comidilla de la ciudad. El príncipe habría de retornar a la batalla, y para ello había pedido los servicios de sus nobles más capaces. De entre todos los grandes hombres de Verona, sólo un nombre fue excusado de tomar las armas, pues la reciente mala fortuna que había agitado a su familia obligaba al Montesco a permanecer junto a los suyos hasta enderezar el cauce de los acontecimientos.

Al tiempo que el calor se marchitaba, la agresiva chispa que prendió el corazón de Calista en el verano se había transformado en una cálida llama, mansa y noble, a los pies de su razón. El nombre Montesco, que siempre le había pasado desapercibido, aparecía a menudo entre el murmullo del populacho, y cada vez que ese nombre mostraba en su recuerdo el rostro de aquel noble, su corazón se aceleraba procurando calor a todo su ser. Se mantenía calma por fuera, intentando comprender cómo escapaban a su control sus adentros, cómo se independizaba su sangre de su voluntad y en un segundo inundaba su cuerpo hasta paralizarlo. Tamaña sensación jamás la había poseído antes, y a pesar de sentir que sólo así podía demostrarse a sí misma que en efecto estaba viva, cuando su rubor cesaba la invadía el desamparo. Ya no lloraba. Hacía meses que, junto al río, y en compañía del Montesco, había ofrecido sus últimas lágrimas. Pero agachaba la mirada en profundo silencio, y tragaba cada suspiro amargo, para que nadie más lo notase. Echaba de menos la presencia de aquel hombre como nunca supo que se pudiera extrañar a alguien... Era tal el poder que sobre ella ejercía el mero espejismo de un abrazo, que un dolor físico había empezado a calar en su pecho, sabiendo ella que extrañaba lo que sin duda no le correspondía.

Sentada ante su espejo se sorprendía en extremo. Incluso su rostro había cambiado en aquel breve tiempo que a ella se le refería tan eterno. La niña

había desaparecido. Su rostro se había perfilado, los pómulos ya enmarcaban más su aspecto que sus mejillas. Los ojos habían cambiado el brillo de las estrellas por la lumbre del fuego, y los labios habían abandonado las impertinencias por el respeto. El respeto a sí misma, a su nombre y a su estirpe, por humilde que ésta fuera. Se sentaba ante su espejo, soltaba sus cabellos azabache, y se cepillaba con cuidado usando cepillos de madera noble. Había aprendido a querer bien a esa mujer en su reflejo, y por ello se sinceró ante ella. Tomó un pequeño trozo de pergamino, y con exquisita caligrafía grabó a tinta unas líneas, firmando únicamente con la mayúscula de su nombre.

—Mi dulce ama, sé que me espías preocupada. No temas, y asómate a mi alcoba —sonrió, levemente, Calista.

La puerta se abrió. La buena sirvienta, que había visto más claro aún de lo que Calista veía su propio cambio, respondía ante ella con un respeto que hasta entonces la joven no había merecido.

—Señorita, ¿gustáis de pasear y tomar un poco el aire, que bien os haría?

—Agradezco tu consejo, y a recoger hojas doradas saldré, si a cambio me concedes un favor —le instó a tomar el mensaje de sus manos—. Llevarás esto a la casa de los Montesco. Exige que el señor de la casa lea el mensaje.

—Perdonad mi desconcierto... ¿No os disgustaba tanto que vuestra madre siempre los nombrase? Decidme que nada ofensivo habéis escrito para el señor de Montesco...

—No podrían tus temores ser más injustificados. Mi querida madre llora la ruptura de nuestros lazos, pero nada hace por sanarlos más que arrastrarse ante ellos en contadas ocasiones. Ahí, en tu mano, tienes un mensaje en el que pido consideración, en honor a las alianzas pasadas, a los Montesco. Es tiempo de demostrar que motivos hay para que me llamen noble.

—Oh, señorita, qué buen paso os habéis decidido a dar. No sé qué milagro ha obrado en vos el cielo de verano, pero este regalo, que es vuestra razón desperezada, hará muy dichosa a vuestra madre. Marcharé en seguida a la casa de los Montesco. Tened preparado un lecho de hojas doradas a mi regreso, que señal será de que habéis paseado por el jardín. Esperad, que en un abrir y cerrar de ojos estaré de vuelta.

Lenta fue la tarde, y hambrientos se mostraron sus nervios, mientras ella, cual espectro vestido de sedas blancas, daba vueltas al jardín, ante el cielo encapotado, y recibiendo una suave brisa fría que hacía revolotear las hojas

muertas.

Con la caída del día, el ama regresó, sorprendiendo a Calista entre los árboles.

—¡Ah, al fin! —susurró Calista—. Habla, mi buen ama, ¿qué respuesta me traes?

—Más grosero no he visto un recibimiento, señorita, que el que en esa casa me han dado. Que ni mi aliento me asiste ante semejante desplante.

—¿Qué dices?

—Mucho ha cambiado la hospitalidad de los Montesco. Demasiadas alcahuetas viejas a la puerta, con rostros como el mío, supongo...

—¿Qué dices?, ¿no te han permitido el paso?

—En primer lugar no me lo ofrecieron, lo cual ya es descortés sin medida. Mas aún peor fue el rechazo rotundo a permitirme el paso cuando yo, abrumada de vergüenza, lo pedí con imperiosa gentileza. Una terminante negativa golpeó mis oídos y mi orgullo.

—¿Y el mensaje?, ¿lo entregaste?

—Al siervo que me atendió, y con vuestras indicaciones de que fuese entregado al Montesco. Pero algo debía ocuparle, señorita... No esperaba respuesta de su propia boca, pero sí un mensaje a entregar por el sirviente.

—¿Cómo? ¿No has recibido respuesta alguna?

—Ni un susurro, señorita. Las puertas y cada postigo quedaron cerrados a cal y canto ante mis ojos. Ni una mínima señal de que a alguien le importase mi espera. Y aguardé paciente, ya veis qué horas me traen de vuelta a la casa... Es impropio de una nobleza tan reconocida.

—¿Cómo sabré que el señor de la casa leyó el mensaje?, ¿cómo sabré que ese siervo, ilustrado o no, lo entregó y no husmeó aquello que no es de su incumbencia? ¿Cómo sabré que el mensaje no fue sino arrojado al fuego del hogar sin más? —sintiendo que se le encogía el corazón, Calista no pudo evitar murmurar—. ¿Podría ser peor castigo a mi atrevimiento el haber ofendido a quien más admiración proceso?

—¿Qué susurráis, señorita?

—Nada, mi buen ama... Gracias por tu servicio. Puedes retirarte.

La sierva, con sentida reverencia, dejó a solas a la joven, quien de pronto se ahogaba en la angustia del no saber. Una negativa cuán piadosa habría sido en comparación con aquel silencio...

Capítulo X

Algo más que el silencio llegó desde el palacio de los Montesco. Un anuncio precipitado y sin excusa, con el amanecer del día siguiente. Aun teniendo el beneplácito del príncipe para quedar con su familia y cuidar del bienestar de los suyos hasta que el luto sanara, el señor de Montesco emprendió la marcha hacia la guerra. Una campaña de seis meses les esperaba al príncipe y sus nobles. Fue aquella una noticia devastadora.

—¿A la guerra, decís, madre? —preguntó Calista, pretendiendo la mayor de las indiferencias, aun sintiendo una soga apretando su pecho.

—Lo comentaban en el mercado. Marchó al alba, dejando a su cuñada viuda a cargo de la casa... En su piel estaría yo aterrada. Si el Montesco muriese en el campo de batalla —Calista le dio discretamente la espalda a su madre, cerrando los ojos ante aquella idea—, ¿qué hará esa mujer? Sólo un heredero le queda a la casa de Montesco. Su propio hijo, el vástago del más joven de los Montesco, que de fiebre murió apenas el niño había comenzado a caminar.

—Siempre habéis tenido a los Montesco por grandes guerreros. No habléis de ruina ahora, madre, que bien sé que os agita los nervios.

—Seis meses de batalla no se cuentan por días ligeros, Calista —la señora de la casa observó el día nublado—. Y de cara al invierno, cómo ha de ser el estar lejos del hogar... Me sorprende en demasía la repentina decisión de marchar al frente. Algo tentador habrá de haberle ofrecido el príncipe.

—Madre, no es propio de vuestros labios dar de beber a las habladurías. Menos aún despertarlas.

Acercándose a su hija, que se sentaba ante su espejo, la señora sonrió.

—Mi vida, mi niña... Veo que no sólo tu cuerpo ha florecido, que eres más justa y más elegante de lo que yo misma hubiese deseado —encontró sus ojos con los de su hija en el espejo—. Tienes la serenidad cultivada de la gran mujer que acunó a tu padre, y la belleza indómita de quien a mí me dio el aliento. El joven Teobaldo bien poco te merecía... Quiero creer que llegar a entender eso es lo que en estos tiempos te ha otorgado el halo que posees —posó sus manos sobre los hombros de su hija—. Si un lecho pudiese elegir

Oberón, se asomaría cada noche a tus cabellos.

La respuesta de Calista fue una sonrisa que la complaciera, aunque sus ojos no ocultaban que la alegría estaba ausente en aquella alcoba. Sólo podía pensar que la partida del Montesco se debía a su deseo de alejarse de la mujer que firmó aquel mensaje. Que su lectura le había importunado de tal manera que sólo la batalla podría apartarlo de su espanto.

—Manda a mi ama a traer ya las mantas del invierno, madre. Se avecina frío.

Crudo e implacable, inexorable ante los mínimos rayos de sol, y contundente con sus nieves. Así se presentó el manto del invierno sobre Verona, que cubierta de blanco y negro en las noches, callaba sepulcral. Cada noche, excepto aquella. Los festejos de invierno contaban cenas nocturnas en las que el vino y los asados eran degustados por la nobleza de la ciudad. En los patios del príncipe, aun sin que él se hallara presente, la celebración dio comienzo en su honor. Calista asistió, pues así lo quiso su madre, para hacer acto de presencia en sociedad. Iba sola, sin la compañía de su progenitora, que luchando contra un duro catarro se mantenía guardando cama. Y no fue sólo su desgana por la fiesta lo que no permitía a Calista un rato de diversión, sino la presencia de los señores de Capuleto. Enfrentar la mirada de la señora Capuleto, y que ésta tuviese que dejar de beber ante su asombro... ¿Podía ser aquella mujer la misma niña que tuvo el descaro de acudir a sus bodas de plata? ¿Era esa mujer aquella que había prometido su mano a su sobrino? Cuánto temió entonces la señora que, al regreso de Teobaldo, éste ignorase del todo sus consejos y escapase a sus artimañas, si era semejante mujer la que estaba destinada a desposarse con él. Calista respondió altiva ante aquella mirada, que pronto ignoró.

Las nieves empezaron a atosigar las calles. Látigos de viento las acompañaban. Y antes de medianoche supieron todos los presentes que se hallaban encerrados por ella, sin carruajes ni caballos que pudieran remediarlo. La celebración habría de continuar sin límite ni rumbo, hasta que los rayos de sol ayudasen a despejar el camino. Como un castigo le sonó a Calista tal noticia, y, negándose a seguir con aquella farsa, tomó su capa contra toda sensatez, abandonó el palacio y hundió sus tobillos blancos en la nieve, sintiendo su cuchillada.

Su piel, que erizada estaba por el frío, tembló al ver ante ella a un

vagabundo. Sintiendo misericordia, al tiempo que un incierto miedo, pasó a su lado sin atreverse a mirarle a los ojos.

—¡Oíd, alteza! —la increpó el hombre, casi atreviéndose a tomarla del brazo—. Regaladme ese paseo una vez más, que no bien he contemplado vuestras caderas y ya reparo en vuestro pecho. ¡Qué calor habría de procurarme en esta noche, alteza!

Que las nobles siempre iban armadas cuando abandonaban el hogar parecía ser algo que aquel pordiosero ignoraba. Calista tomó una daga en la que estaba grabado el escudo de armas de su familia, y sin vacilar apuntó a la garganta de aquel vergonzante.

—Intentad tocarme una vez más, desgraciado, y sólo será frío lo que os quede en las venas.

—Un puñal no puede sino haceros más apetecible, alteza. ¡Matadme —rió, agarrándola agresivamente por la cintura—, si es ese el precio de una noche entre vuestras piernas!

—¡Soltadme! —gritó Calista, haciendo callar entonces aquella risa lunática con un tajo certero que desgarró una de sus mejillas.

La joven echó a correr, dejando al miserable de rodillas sobre un charco de sangre y entre gritos de dolor. Por fortuna, su casa ya quedaba próxima, y procuró recuperar el aliento. Vio entonces tres figuras que se acercaban a ella; tres hombres cubiertos con togas. Estudiantes, sin duda alguna. Mas no era ese rango suficiente como para tranquilizarla, notando que sus voces, cada vez más claras, se retorcían con la embriaguez. Los tres frenaron en seco al verla, rodeándola hasta incomodarla, sin decir una sola palabra, pero acosándola con miradas hambrientas. Calista, zafándose de ellos sin mirar atrás, volvió a acelerar su paso, notando que su corazón se erizaba con miedo y sus mejillas se sonrojaban abrumadas.

A salvo, tirada sobre su lecho, al fin, la joven rompió a llorar. Era un llanto distinto, sereno pero de lágrimas verdaderas. Su criada, que la había notado llegando al hogar, la interrumpió. La mujer quedó sin habla al ver a Calista llorando... un mal presagio que no atestiguaba desde el inicio del verano.

—No existe el consuelo... —lamentó Calista.

—Mi querida niña, ¿qué hay más fuerte que esta helada, para que el frío os pase inadvertido, y sean lamentos los que os perturban?, ¿a qué buscáis consuelo?

—Déjame, te lo suplico. Sal de mi alcoba.

—No hasta que habléis y pueda reconfortaros. De otra forma, no conciliaré el sueño.

—Vengo caminando desde palacio, y las fauces de nieve desde allí me han abrazado. Sentía mi piel arder de frío, hasta que en mi camino se cruzó un mendigo.

—Pobre criatura a la intemperie.

—Calla, que en todas las lenguas lo maldeciría. Si alguna vez tembló de frío, lo olvidó por completo al verme. Cuán repulsivo se me refirió, esperando que mis mejillas sonrojara ante sus juegos obscenos.

—¡Malnacido diablo! —se escandalizó la sirvienta.

—Y qué ingenuidad la de una dama al pensar que sólo un pordiosero se rebaja a humillar los instintos de las mujeres. Más abruma observar semejante descaro en estudiantes bien vestidos.

—¿Qué decís?, ¿dónde quedó la decencia? Se me refiere imposible hallar tanta vulgaridad en tan breve relato. Agradezco que por fin llegaseis a casa. Pero cambiad ya la expresión, que esos bastardos no merecen vuestro desasosiego.

—No les dedicaría una sola lágrima. No me creas necia, que por ellos no me embarga el desconsuelo —la sirvienta mostró entonces un temeroso desconcierto—. Me arranca este llanto un sentimiento terrible de desamparo. Si supiese cómo me he sentido...

—¿Quién habría de conocer vuestras debilidades?

—El hombre al que pertenecen mi razón, mi voluntad, mi cuerpo y mi corazón.

La criada, al escuchar aquello pudo caer desmayada, pero entendió entonces que no se trataba del Capuleto. La joven mujer que lloraba ante ella se dolía por un hombre mucho mayor. Ignorante de quién se trataba, la sirvienta mostró respeto por tamaño dolor.

—Sí que es grande vuestro pesar. Lo lamento...

—Qué contradicción oír a un pobre desdentado ensuciar tu orgullo con su atrevimiento, y desear cortarle la lengua, no sin que antes otro lo escuche. Mi amor, ¿qué os impide pensar como el pobre vagabundo, que por mí arrastra su dignidad?, a su manera me encumbra en un pedestal, mundano y maloliente, pero como a una diosa me alza, a viva voz y sin ataduras. ¿No escucháis, mi amor, que hay hombres que no se cuidan tanto de no alborotarme? Lleven harapos o capas de seda, comparten un instinto que les hace iguales. ¿Por qué

vos me negáis la palabra?

—Señorita... —la criada no soportaba ser testigo de aquel derrumbe, apenas por verse completamente inútil.

—Cual niño lloraríais, mi amor, al saber lo que os regalaría mi presencia y comprender que ningún segundo de los que nos arrebatasteis es ya recuperable... De rodillas me suplicaríais perdón por el daño que me causáis al negarme vuestra compañía, si conocieseis su alcance. Cuántas babas he limpiado en esta vida a miserables que por mí beben los vientos, pidiéndoles compostura y perdonándoles la indiscreción... Oh, mi dulce ama, ¿por qué me procura más frío su indiferencia que aquella capa de nieve?

—¿No os dais cuenta de que la belleza no es sino una maldición? — Calista clavó los ojos colmados de lágrimas en las viejas pupilas de la sirvienta—. A los buenos hombres los aterra, y a los malos los azuza.

Capítulo XI

—Y este es el último retoque —sonrió la baronesa, prendiendo un broche de rubí en el vestido de Calista—. La rosa de mi escudo, tan roja como las que pueblan mis jardines en esta primavera. ¡Ceres, qué madre afortunada!

La baronesa dejó que Calista se mirase al espejo. La joven, colmada de lujos en su vestuario, lucía un aspecto altivo y casi monárquico. La baronesa en persona se había encargado de acicalar su cabello y su rostro para la celebración.

—Vuestra generosidad me deja sin palabras, mi señora.

—Mi desdichada hija habría adorado verte hoy aquí, dispuesta a celebrar su aniversario, aunque ella ya no esté para cumplirlo. Te quería tanto...

La baronesa vestía de negro, pero era el vestido más impresionante de entre todos los que Calista alguna vez hubiera visto. Aquella era una dama que superaba con creces el porte y la distinción de la señora Capuleto.

—Espero que el calor del radiante Sol no te cause fatiga alguna, querida Calista. Está siendo una temporada calurosísima. Pero ven ya, que nos esperan en el Gran Salón invitados distinguidos y, sobre todo, los mejores brebajes de la ciudad. Refresquémonos y celebremos la memoria de mi amada hija con la alegría que ella merece.

Calista ofreció una sonrisa sincera y llena de vida. La compañía de la baronesa le había procurado gran consuelo. El color de su piel volvía a verse sano, y el ritmo de su corazón se había moderado durante las noches. Se encontraba radiante.

El salón era un hervidero de gozo y júbilo. Muchos nobles habían acudido a rendir homenaje a la hija de la baronesa. Calista apreció que aquella era la fiesta más agradable y colorida a la que había asistido en mucho tiempo. Pudiera ser que su falta de motivos se hubiese diluido, y por fin encontraba apetito por la diversión. La música le hacía querer bailar, el olor de los manjares la invitaba a probar, y la belleza que desplegaban muchos de los invitados, especialmente los enmascarados, la arrastraban a la fantasía. Observó el cuadro que la baronesa tanto adoraba, aquel que retrataba a su

difunta hija. Calista sonrió a aquella imagen, sintiendo que el espíritu de su hermana la acompañaba en sus ganas de bailar.

Había mucho desconocido en aquella fiesta; todos amigos de la baronesa a los que ella jamás había visto antes. La inmensa mayoría de ellos la miraban con discreción y aprobación, al ver sobre su vestido el broche de los Grimaldi y al admirar su presencia tan irresistible.

—Hermosa dama —le habló con voz jovial un tipo, alto y delgado, muy bien vestido y enmascarado—, uníos a la celebración y sed tan amable de acompañarme en este baile.

Calista, encantada, tomó su mano y comenzó a bailar, haciendo las delicias de los invitados, en especial de la baronesa, quien sintió la felicidad de verla disfrutar de su mayor tesoro: su juventud. Hacía mucho tiempo que la joven dama no sonreía tan vivamente, y quizás era la calidez de la primavera lo que había necesitado.

Un murmullo, al que Calista se mantuvo ajena en su baile, anegó el salón. Muchos invitados se giraron al ver llegar a uno de los mayores nobles de la ciudad. El señor de Montesco, que acababa de regresar de la guerra, había tenido a bien asistir a la fiesta, ya que era gran admirador de la Baronesa Grimaldi. Requerida como anfitriona, la baronesa hubo de recibirle, y no fue la única que se apresuró a darle la bienvenida. Uno tras otro, los nobles de la ciudad agasajaron con cumplidos al Montesco y le presentaron sus respetos.

Calista se inclinó ante su acompañante cuando el baile finalizó, agradeciéndole su buen hacer. Fue entonces cuando la sonrisa brillante que la muchacha mostraba en sus labios se esfumó. Un vuelco de corazón le indicó que allí, junto a la baronesa, estaba el hombre al que había echado de menos desde el verano. Sus ojos no le mentían.

—El señor de Montesco —cuchichearon dos mujeres maduras junto a ella.

—¿Es él, de veras? Ha vuelto de las batallas, y con gloria.

—¿Gloria? Ese sanguinario...

—Qué lengua viperina la vuestra.

—Su familia y los Capuleto llevan ensangrentando esta ciudad desde hace décadas. ¿Cómo esperáis que le admire?

—Querida, ¿qué mujer sois, que no encontráis placer en la sola presencia de ese hombre?

—Me perdonaréis si os confieso que tengo mayor apego a los Capuleto, si es que apego alguno he de tener...

Calista se alejó de aquellas dos. Esas mujeres estaban más cercanas al Montesco en edad y rango, pero cuánta banalidad exhibían al hablar...

La música volvió a sonar, sin que Calista lo notase. Fue otro caballero, uno no enmascarado, invitándola a bailar, el que la sacó de su aletargamiento. Calista le ofreció su mano y le siguió para unirse a los demás en un baile, fingiendo no haber visto al flamante invitado al que todos los demás cubrían de honores. Algo más torpe en su paso esta vez, cuando su talento para el baile era impecable, se mostró la joven, que apenas podía pensar en lo que hacía. Una cosa sabía, y es que la pista de baile era la zona más llamativa del salón, y que antes o después el Montesco admiraría los bailes, seguramente preguntándose si a ella la había visto en alguna ocasión anterior...

—¿Bailáis vos, señor Montesco? —le preguntó la baronesa, viéndole absorto, y notando que sus ojos se fascinaban con los bailarines.

—La música siempre me devuelve las ganas de gustar de mi vida tal como es, baronesa —afirmó él, sonriéndole y permitiendo que ella le tomara del brazo—. Y, aunque hace muchos años que dejé las danzas para los demás, será un placer retomarlas por acompañaros.

Encantado de complacer a su anfitriona, el señor de Montesco acabó brindando con ella, teniendo a los músicos a su diestra. Poco fue el vino que había tomado cuando creyó ver a una joven que le resultaba familiar. No era rauda olvidando rostros, y algo le decía que uno con esos ojos no quedaba lejos en su memoria. La dama a la que miraba, aprovechando que su ingenuo baile la mantenía ocupada, llevaba un prendedor con forma de rosa adornando su figura de mujer, la cual se le hacía más difícil de recordar. Ese prendedor sólo podía significar que la hija de la baronesa estaba disfrutando del baile... Demasiados asuntos ocupaban al Montesco como para saber si la baronesa contaba con más de una hija, ya que aquella beldad no podía ser el fantasma de la niña que casi un año antes había dejado desolada a la gran dama.

Los invitados aplaudieron el fin de la canción. Calista, armándose de valor, observó a la baronesa junto al Montesco y decidió caminar hacia ella. Tanto la abrumaba, sin embargo, la presencia de ese hombre, que evitó dirigirle la mirada aun teniéndole justo a su lado.

—Magnífico baile, querida —le tomó de las manos la baronesa.

Fue entonces cuando aquel hombre comprendió que, lo creyese o no, aquella joven era la misma pueblerina que lloraba junto al río cuando meses atrás él salió a meditar sobre la muerte de su hermano. Se sintió burlado y de pronto incómodo.

—Cómo adoro la música que habéis elegido —respondió Calista, sintiendo que el Montesco la escuchaba—. Ni yo misma hubiese tenido tan buen gusto —la halagó, notando entonces que el Montesco se sonreía en un tono que reflejaba obviedad, lo cual no fue del todo cortés.

Una dama de la Corte, buena amiga de los Montesco, reconoció entonces al noble y requirió su atención.

—Mi señor, es un placer veros aquí —saludó la dama.

—Afortunados son mis ojos —le sonrió el Montesco, tomando delicadamente su mano para besarla.

—¡Oh, Calista! ¿Sois vos? —la reconoció aquella dama, haciendo demasiado evidente para el Montesco y la joven la presencia y cercanía del otro.

—Mi señora de Guardi —se inclinó Calista, enfrentando como nunca su bochorno.

—Calista, desde que abandonasteis los jardines del príncipe en aquella terrible nevada no he sabido de vos. ¿Me concederéis un momento de la velada para hablar?

Antes de responder a aquella petición, Calista se atrevió a mirar a los ojos del Montesco, que se hallaba flanqueado por ambas. Él, reacio a responder con el mismo gesto, hizo ademán de suspirar y sólo miró hacia el frente, como si lo único que deseara hubiese sido que la joven apartase su mirada de él. En ese momento, Calista no pudo imaginar mayor desplante, ni más injustificado desprecio. La señora de Guardi quedó callada y miró también al Montesco, embargada de confusión, pero en seguida volvió a atender a Calista.

—Por supuesto, mi señora. Será un placer —respondió la joven.

El Montesco, sintiendo que esa conversación era de lo más incómoda para él, hizo un gesto a la señora de Guardi, y sin más, se alejó de ellas. Calista se sintió humillada por ese hombre que era mucho más poderoso que ella... No entendía por qué esa frialdad, tan contraria a su propio corazón, mas entendió que la elegancia había sido traicionada por algún motivo más imperioso.

Capítulo XII

Que su cuna y su nombre eran insignificantes para aquel hombre era algo que Calista había aceptado desde el principio. Pero que en su condición de mujer cualquier hombre la despreciase de esa manera era algo que no estaba dispuesta a tolerar sin más. Una tristeza pesada y profunda se mezclaba en su interior, que era aquel el hombre al que amaba, con una gran indignación...

La joven se alejó de la zona de baile, azorada por su indisposición. Escudriñó entre los presentes hasta dar con el Montesco, y no con la intención de reconfortarle. Lo encontró hablando con otros dos hombres, o más bien escuchándoles parlotear. Él era más importante que ambos, por lo que aquellos dos procuraban decir mil cosas que le habrían de impresionar, mas ninguna lo hacía en realidad. Calista, sin dejar que aquellos hombres la vieran, se quedó en pie frente al Montesco y le miró con mucha seriedad. Él bajó la mirada, pero lo suficientemente tarde. Sus ojos ya se habían encontrado, y no era la mirada de una dama complacida aquella.

Juzgando que el decoro exigía subsanar tan desastrosa situación, el Montesco se excusó ante sus acompañantes y decidió buscar a Calista, que se había retirado a un lugar donde la sala estaba en calma.

—Calista es vuestro nombre —pronunció, haciendo temblar a la joven, que se hubiese sentido sanar sólo con el sonido de esa voz—. Ahora lo recuerdo. Y vuestro rostro es sin duda el de aquella muchacha en el río...

—Parecéis confuso.

—En demasía, me temo. Os creí plebeya.

Calista le ofreció una mirada de altivez que él nunca habría podido superar.

—Supongo que fue ese rango lo que os impidió acercaros a mí —le juzgó duramente ella—. ¿Qué lo impide ahora?

—No os entiendo...

Con indignación en la voz, aunque sin alzarla, ella habló.

—Todo caballero de Verona que ha posado sus ojos en mí me ha dedicado un suspiro en menos tiempo del que me toma parpadear; un honor que jamás busqué. Todos, excepto vos... —Calista intentó posar con suavidad

su diestra sobre el rostro del caballero, quien con un gesto reservado lo evitó —. Sólo un suspiro busco, y es el único que se me niega. Maldigo la inmensidad de vuestro nombre, que os impide posar vuestros ojos en los míos por simple apetencia. Dadle un espejo a vuestra soberbia y sucumbirá como Narciso.

Sintiéndose insultado, el Montesco respondió sin vacilar.

—Sois injusta. Todos me han rendido la mirada cuando he cruzado esas puertas. Han murmurado mi nombre y estrechado mi mano como si el no hacerlo fuese un insulto hacia mi escudo... Ignoraba que os encontraría aquí, pero para cuando he dado con vuestro rostro ya me negabais vuestro tiempo. Vos me habéis visto como los demás, y mi sorpresa ha sido soberana al veros. Decidme, ¿a qué esta altivez?

—Vuestro silencio, por supuesto. Prolongado e inescrutable. No me avergoncéis más, haciendo que os recuerde que hicisteis volver a mi ama sin respuesta después de que ésta os entregase mi mensaje. Y sólo para abandonar Verona al alba y partir a la guerra, ¡qué espanto debí causaros!

—Debí suponer que una plebeya no podría haber escrito aquel mensaje. Admiré vuestras palabras, aunque las encontré precipitadas e irreflexivas — respondió él, tras dudar en los términos—. Qué situación desconcertante... Me colmasteis de cumplidos, me ofrecisteis vuestros tesoros... Y ahora no sólo retiráis el ofrecimiento, sino que fingís frialdad. Sois en demasía orgullosa.

Calista enfrentó furiosa esos ojos.

—¿Porque no os imploro como los demás? Jamás imploraría.

—Ya lo hicisteis.

Con gusto, Calista le hubiese cruzado la cara en ese momento, y tan sólo el respeto por la casa Grimaldi la frenó. Sin embargo, su mirada fue suficiente condena para el orgullo de Montesco.

—Y me humillasteis —sentenció ella, altiva—. Me humillasteis, cuando jamás os creí capaz de semejante vulgaridad. Esa carta no era la de una miserable a un Montesco. Esa carta la escribió una mujer enamorada, y no hay orgullo en un hombre que recibe tamaño honor y pretende no haber oído un susurro. Sois incapaz de entender cuán grande es el privilegio que os ofrecí sin reservas, no como noble o plebeya, sino como mujer. Demasiadas atenciones habéis recibido en esta vida como para distinguir cuál es de valía. Me tomáis por una cualquiera, de las que rondan la Corte en busca de acaudalados amantes, o el mercado con el fin de cotillear. No supisteis ver vuestra incalculable fortuna, pero yo conozco mis tesoros... Demasiado

valiosos como para ofrecerlos dos veces al mismo necio —Montesco entendió, sólo entonces, que aquella a la que pensaba niña era más mujer que las reinas a las que había conocido—. ¿Y porque ahora respeto vuestro silencio, que es señal de molestia ante mis atrevimientos, me despreciáis negándome la mirada cuando me rebajo a ofrecérosla de nuevo? No finjáis que no os atormentaron mis palabras. Precipitadas e irreflexivas, decís... Es obvio que las aborrecisteis, que teméis a esta mujer a quien no conocéis y que os habla de amor. ¿O creéis que confundo amor con capricho? Tengo bien aprendida esa lección, mi señor. Sé más del arte de amar de lo que vos y todos los caballeros de esta corte se atreven a imaginar. ¿Es que no entendéis que lo más valiente que una mujer puede hacer es decir la verdad que revela sus debilidades? ¿Cómo juzgasteis apropiado dejar sedienta mi dignidad? — Calista suspiró, procurando calmar la furia en sus venas—. Os amaría, como mujer alguna amó en toda Europa, si no fuera porque mal me consideráis.

Calista, llevándose una mano a la cara para ocultar su rostro, dio la espalda al Montesco, mostrándose abatida. El caballero la observó, compasivo aunque inexorable.

—Admitir debo que es molesto e irrisorio, en una dama tan joven y bella, el delirio de creer que sabe lo que dice cuando confiesa amor. Os expresasteis como una pueblerina encandilada en busca de aprobación, sin comprender a quién exigíais atención. Os suplico me perdonéis cuando os digo que las mujeres así me irritan. ¿Creéis que los caballeros de Verona os sueñan? No sabéis lo que decís. Diez alcahuetas encontraréis apostadas a la puerta de mi palacio cada día, llevando sólo dolores a mi cabeza. No os atreváis a deciros tan deseada, que si verdad fuera habríais de tener pesadillas.

—¿Quién podría adivinar en vos esa vanidad...? —murmuró ella, mirándole de nuevo.

—¿Y qué puedo decir sino la verdad?

—La verdad, mi señor, es que no habéis conocido mujer de valía en esta vida si así juzgáis mi sensatez. Esperaba contar con un día a vuestro lado, un mísero día; no anhelaba más. Y entregué mi alma en ese mensaje con el fin de que cedierais a ofrecérmelo, pero sin duda os aterró. ¿No entendéis por qué arriesgué tanto?, ¿por qué os ofrecí en argentina bandeja mi debilidad...? Mis ojos y mi sonrisa no eran rivales para vuestra memoria, pero confié en mi voz, en mi puño y letra, para sacudirla... Conocisteis en vuestros viajes mujeres tan hermosas que la belleza de una pueblerina no puede impresionaros, mas a pocas habréis oído amar así.

—¿Belleza? Soy un Montesco. Las mujeres del vulgo son para el vulgo, aunque sean más bellas que todas las que me rodean.

—¿Por qué a aquellas que no tienen vuestra casta las creéis indignas?

—Las creo nacidas en la libertad.

—¡Basta! Qué excusa tan liviana... —exigió, incrédula ante respuesta tan insultante—. La miseria es una condena aún más feroz que la impuesta por una corona.

—Desposar a una plebeya es un imposible, ¿a qué amarla, sino para condenarla a la sombra de un palacio, mientras otra se hace pasar por mi esposa? No me corresponde ser juez y verdugo. Conozco a muchas mujeres nobles, hechas a los yugos de la Corte, preparadas para sufrir sus puñales. Las mujeres de mi mundo; las únicas a las que osaría aspirar.

—¿Y si la amenaza del escarnio y el ridículo no la amedrentasen aun siendo plebeya?

—Sois noble. Sabéis tan bien cómo yo la respuesta.

Calista no se dignó a seguir escuchando aquellas palabras que atacaban su orgullo con encono. Que aquel hombre le rindiese su consideración sólo por el broche que llevaba en el pecho, tras haber dejado su carta sin respuesta, era para ella algo vergonzoso.

—Qué fortuna tan dichosa es que otros antes que yo consiguieran para mí la posición que me otorga vuestra atención —respondió, descubriéndose ofendida.

Sin aguantar un segundo más su presencia, Calista apartó su mirada del Montesco y se alejó a paso raudo, forzando al fiero imán de su corazón a desencajarse en su intento de amarrar aquello que más amaba... y a procurarle con sus astillas desnudas un dolor insoportable.

Capítulo XIII

—Me hacéis daño —indicó Calista, notando que las telas color marfil que su madre procuraba ajustar a su cuerpo no eran capaces de acogerlo.

—Será apenas un momento —le respondió la señora—. No tengo intención alguna de deshacerme de esta prenda. Ten por seguro que conseguiré que luzca en ti como si a estrenar estuviese —sentenció, tomando alfileres de la cesta que sujetaba la criada.

—Si al menos me pudierais explicar a qué se debe vuestra premura... Apenas ha cantado el gallo y aquí me tenéis como un pobre espantapájaros —murmuró la joven, disgustada.

—No sé cómo no se te tornan rosadas las mejillas al preguntarme tal cosa. Querida, desde hace dos lunas te siento desorientada, en ocasiones sobreexcitada. Ni escucharme puedes...

Calista frunció el ceño, más por sorpresa que por incomodidad.

—No pretendía ofenderos, madre —aceptó la muchacha—. Espero que me perdonéis. Sí que ando distraída entre parajes que se hallan más allá de estas cuatro paredes, pero soy incapaz de recordar qué es eso que decís haberme contado.

La señora de la casa suspiró, resignada.

—El Conde de Beauvoir envió un mensaje, para mi alegría, contando lo tediosa que le resulta su vida en Francia cada vez que recuerda las veces que, en su niñez, sus padres, que en paz descansan, le regalaron visitas a Verona —la señora, por fin, ajustó celosamente aquel vestido a la cintura de su hija—. Encantada con aquella misiva, le respondí que los años no han pasado en balde por estos lares —miró a su hija significativamente.

—¡Madre! —se escandalizó ella—. ¿Qué indecencia es esa?, ¿qué le sugeristeis?

—Nada en absoluto, hija mía —pretendió disimular—. Le ofrecí algo tan simple como nuestra compañía, si tenía él el gusto de visitarnos antes de verano... —Calista se mantuvo en silencio—. Me respondió que la idea le había llenado de alegría, mas esperaba esa invitación de otro puño y letra.

Calista bajó del pequeño taburete desde el que había soportado las artes

de costura que dominaba su madre. Se miró al espejo y encontró que el vestido le sentaba como las gotas de rocío a las rosas frescas. Suspiró.

—El conde es un gran amigo —dijo la muchacha, abriendo un pequeño cofre sobre su escritorio y sacando de él gran cantidad de cartas con el sello de Beauvoir—, y cierto es que le he añorado durante años. Sería un honor tenerle en la ciudad.

—Hazle llegar una invitación, hija. Es un hombre de gran nobleza —murmuró su madre, haciendo un gesto para que la criada les dejase a solas.

—Nobleza francesa.

—No lo digas como si hubieras de repudiar un título así sólo por proceder del reino galo.

—Madre, basta. Os lo suplico —Calista dejó de enfrentar su espejo, para enfrentar a su señora.

—¿Por qué te muestras tan reacia? Hija mía, hace años que no gustamos de su compañía. ¿A qué negar la posibilidad de una unión harto provechosa, cuando ni siquiera habéis posado vuestros ojos en él?

—¿Y por qué tomarla por cierta? Vos lo habéis dicho. Hace años que no son mis ojos privilegiados con su presencia, ¿qué garantía de encaprichamiento hay en ello?

—Un conde merecería más que tus caprichos.

—No será amor sólo por hallarlo frente a mí, madre. Toda mi vida he mantenido correspondencia con el conde. Lo tomo por uno de los más distinguidos caballeros que he conocido. Si con tanto cariño y tantas cartas no tiembla mi corazón cuando nombráis su nombre, ¿qué esperáis que cambie cuando le vea?

La señora cambió la expresión de victimismo por una mucho más soberbia.

—Mi memoria recuerda a un niño de ojos marrones y cabello rubio, de largas pestañas y labios gruesos. Tallada en porcelana parecía su piel —se recreó la dama—. Calista, no seas ingenua... El hombre que lleva años escribiéndote esas cartas no puede sino poseer una belleza olímpica.

—Y vos le habéis prometido a Venus.

—No hice tanto...

—Más os valdrá que no lo hayáis hecho, madre. No os querría creer tan precipitada.

—A fe mía que no te comprendo, hija. No es un pomposo noble cuya piel no ha conocido el sufrimiento. A punto estuvo su familia de perder el condado

de Beauvoir, como bien sabes.

—Conozco su historia, madre...

—Y a sabiendas de que podía perderlo todo, arrojó sus últimas esperanzas en el ideal de prosperar en la guerra. Es el único hombre que conozco que se ha hecho a sí mismo.

—Y es admirable, pero aunque ganase en las batallas, tanto oro como nombre, no olvidéis que arrastra una pierna por herida de flecha. Los hombres que empuñan espadas son tan necios unos como otros —sentenció Calista, quitándose el vestido con brusquedad.

—Su desafortunada condición no le permite volver a pelear, ¿y qué molestia sería esa? —la dama observó a su hija ponerse ropas más livianas.

—No quisiera tener que responder a esa pregunta.

Una idea hiriente se forjó entonces en los labios de la señora.

—Si no me traiciona mi memoria, fue su amor a la guerra lo que alejó a Teobaldo de tu lado.

—¡Madre!

—Con un marido como el conde, no habrías de preocuparte por ello.

—¡Callad! —exigió Calista, dejándola sin habla.

La señora, incrédula ante tan enérgica orden, selló sus labios y con una mirada escandalizada abandonó las habitaciones de su hija.

Capítulo XIV

La sirvienta tocó con sus huesudos nudillos la puerta de Calista, quien se hallaba tumbada sobre su lecho, sin poder dormir tras el almuerzo.

—Adelante.

—Señorita, cerrad las ventanas y echad las cortinas, os lo pido por mis nervios. ¿Cómo soportáis este calor? —dijo la pobre mujer, sofocada, procurándose un mínimo roce de alivio con un viejo abanico, ya que el aire, para su desgracia, era una flama impiadosa—. Tomad un poco de agua, que este mes de julio trae un látigo inclemente —dijo, dejando junto al lecho una ancha jarra de metal, llena de agua fresca.

Hasta entonces, la sirvienta no había reparado en la desnudez de la joven. Se volvió hacia otro lado al verla.

—Señorita, no es la forma más elegante de escapar del calor dejar vuestra piel descubierta. Podría veros alguien; los muros tienen ojos y oídos.

—Los de esta casa sólo tienen los tuyos y los de mi madre —Calista se incorporó, sin intención alguna de ir a cubrirse.

La joven tomó un trozo de tela blanca y limpia que introdujo en la jarra de metal, sintiendo un escalofrío al contacto con el agua fría. Llevó el trozo de tela a su frente, sus sienes y su cuello. Dejó que el rocío callera por su espalda.

La sirvienta, casi escandalizada, se recompuso y aclaró su garganta antes de decir una última cosa.

—Os ha llegado un mensaje del conde. Vuestra madre ha respetado su sello, por lo que no ha abierto la misiva. Os la dejo para que la leáis a solas —y posando con nerviosismo el mensaje sobre las sábanas de Calista, abandonó la estancia.

La joven sonrió ante lo abrumada que se mostraba su ama, quien, entonces, de forma torpe y grotesca, volvió a abrir la puerta sin siquiera llamar.

—Señorita, no olvidéis que esta tarde debéis ir...

—Lo sé, querida ama —murmuró Calista, tranquila, volviendo a introducir la tela en la jarra de metal—. Al teatro. Gracias por preocuparte y recordármelo. Puedes retirarte.

Imposible olvidarlo. El teatro. Con semejante calor apenas le apetecía salir de casa. Sin embargo, era menester asistir. La obra llevaba una semana siendo representada con cada crepúsculo en la Arena de Verona, y aquella noche vería la última representación... ¿Cómo dejar que venciese la pereza, cuando ella aún no había hecho acto de presencia entre el público?

Calista sacó de nuevo la tela húmeda de la jarra y la posó sobre sus cabellos, dejándolos empapados. Suspiró ante la refrescante sensación. Imaginó que en su jardín hubiese una fuente, como había tantas por toda la ciudad, bajo la que pudiese resguardarse del calor. Las gotas iban cayendo desde sus mejillas a su cuello.

Su memoria se dio el capricho de posarse en su niñez, en el día que su madre la llevó por vez primera a contemplar una tragedia griega. La historia contaba las desdichas de una mujer que, de tan apasionada, sufría de obsesión... Se decía enamorada de un héroe que mandaba un famoso navío. De él obtuvo la bendición de dos hijos. Esos niños, pobres infelices, verían su sangre correr por las garras de su madre, cuando ésta, llevada por la peor de las locuras, sació la ira de su corazón traicionado arrancándole a aquel héroe el aliento de su descendencia. Qué escalofrío recordar a Medea... En años asistiendo a la Arena de Verona para ver teatro, jamás un personaje se le refirió tan terrorífico a Calista. Por eso no había asistido entre el público a ver la representación, siendo aquella obra del mismo maestro... ¿Qué fuerza habría que mostrar para oír el lamento de Hécuba, de Casandra y de Andrómaca, sin desfallecer? Calista no creía contar con la templanza requerida.

Volviendo de entre sus fantasías griegas, Calista observó el mensaje del conde, reposado junto a ella. Con un sentido suspiro, lo tomó entre sus manos húmedas, y leyó.

A mi querida Calista,

Qué caprichosa sois, que nunca abandonáis vuestra hermosa Verona... ¿Qué sería de ella sin vos?, me pregunto. Yo mismo debería volver a verla y rendiros una visita, que ya ni Morfeo recuerda bien cómo dibujaros en mis sueños.

Vuestra madre me escribe que no ha sido un año feliz para vos. Hasta el aire que respiro se amarga cuando pienso en que algo os hace desdichada. Sois, mi adorada Calista, una criatura tan especial... Eso que otros podrían

llamar testarudez, es en vos una bella actitud de conquista infatigable. ¡Qué confundidos están todos! Sois curiosa, pero también justa con cada respuesta que halláis. ¡Cuánto he admirado siempre vuestra inteligencia y ese amor que mostráis por las estrellas! ¿Nacerá algún día el artista que sepa retratar en el rostro de una mujer vuestra serenidad y vuestra picaresca sin que venza una sobre otra? Vuestra constante disconformidad a seguir la norma, quizás por vuestra carencia de una figura paterna, es a mis ojos deliciosa, cuando por un loco me tomarían los demás hombres.

Echo de menos a la única mujer que ha desenterrado con sus propias manos mi lado más noble, ese del que nadie excepto vos es digno... Qué sino el mío. Mi deseo no es otro que volver a vivir aquello que tanto añoro.

*Con todo mi cariño, y siempre vuestro,
De Beauvoir*

Calista tomó el mensaje y lo introdujo lentamente en la jarra de metal. Fue testigo de cómo aquellas palabras se desangraban lentamente al contacto con el agua, y cómo aquel lienzo quedaba liberado de su pintura.

—Calista —le habló su madre, tras la puerta.

La joven quedó en silencio, sin responder, sin apenas moverse.

—Me temo que el calor me atosiga más de lo que puedo soportar. Habrás de ir al teatro sin mí. Espero que no te incline mi decisión a perderte la obra...

—En absoluto, madre —respondió al fin, aún sin moverse.

—Por favor, hija, presenta mis disculpas a la viuda de Montesco. Me habría gustado verla en la Arena.

El corazón de Calista le pellizcó, haciendo que de súbito su cuerpo entero sintiese un escalofrío. Había evitado pisar la Arena durante toda la semana, esperando que de su memoria desapareciese el nombre de la mujer que protagonizaba la obra. Pero había sido en vano; era la última noche, y ese nombre se apretaba contra sus sienes. Todas las actrices de la ciudad habrían rendido sus máscaras por actuar junto a ella... La viuda de Montesco. Era ella la única mujer noble que moraba en el palacio de tan distinguida familia. Una dama de la Corte que encontraba estimulante subirse a un escenario. En otro lugar la hubiesen degradado, pero en Verona sólo había halagos para su buen hacer tras la máscara.

—Así lo haré, madre. Quedad tranquila —respondió Calista, con la mirada perdida, concediéndole a su madre la ilusión de que la viuda siquiera

supiera de su existencia.

Capítulo XV

Sedas blancas sobre su pecho, y terciopelo negro en cascada desde su cintura hasta sus pies. Aquel era el vestido más valioso que poseía su madre, y hacía tiempo que la joven veronesa soñaba con poder lucirlo. Ni en el sueño más caprichoso hubiese imaginado que fuese a verse tan hermosa con él. Ciertos vestidos le mostraban que lo que había ante su espejo no era sino una auténtica mujer, y aquel era un juez del todo contundente. Sólo echó en falta una máscara; un antifaz negro, traído de Burano, que pudiese enmarcar su mirada y despistar a los entrometidos. Por desgracia, no podía su ajuar contar con semejante joya.

El Sol, agotado de abrasar, empezaba a agazaparse para dar tregua a los muros de Verona, con el ocaso besando el río. Calista se asomó al balcón, respiró hondo y sintió sus labios temblar. Una sensación de inquietud había crecido en ella aquella tarde, y ni siquiera el agua había sabido calmarla. Ahora, calzada y vestida, era el momento de marchar hacia la Arena de Verona y dejarse acuchillar por la voz de las mujeres de Troya.

Todos los nobles de la ciudad habían tenido la decencia de ver la obra en su estreno, para honrar a la protagonista. Aquella noche, Calista se veía rodeada de gentes más humildes, y apenas uno o dos nobles de baja alcurnia, como ella. Niños de cabellos enmarañados rodeaban las puertas de la Arena, en busca de mendrugos de pan algunos, mientras otros, más que el hambre, ya se permitían saciar su curiosidad... Entre los rostros de hombres y mujeres, siempre alguna máscara destacaba en su anonimato. Al contemplar aquel regocijo en los rostros de las gentes más mundanas, Calista sonrió. La sensación que la había poseído pareció desvanecerse y quedar atrás, cuando por fin cruzó las puertas y la Arena se extendió ante ella.

Sólo la mitad del anfiteatro acogía el escenario, y Calista se situó en primera fila para no perder detalle alguno. Sin antifaz que la protegiera, indagó con la mirada entre los presentes. Sí, algún noble rezagado había acudido también, pero la discreción primaba. Dirigió de nuevo su mirada hacia el escenario, sintiéndose a salvo del mundo. ¡Oh, el teatro! Qué unguento

infallible...

Todos los presentes estaban expectantes. Aún el nerviosismo no se había apoderado del lugar, cuando Calista observó tres asientos vacíos, tan vacíos como privilegiados. Nadie parecía haber reparado en ellos, mas para Calista era evidente que la obra no empezaría hasta que dichos asientos fuesen ocupados. Los murmullos del pueblo poco a poco se iban calmando, al paso de los minutos, presionando así para que la obra comenzase. Inútil intento, ya que nadie ocupaba aún aquellos asientos. Un siervo se acercó entonces al lugar, y señaló con una reverencia.

Calista, en silencio absoluto, sintió el mayor escalofrío que en toda su vida había recorrido su cuerpo; un enorme golpe en su pecho, que exploró sin piedad cada centímetro de su ser. El siervo reverenciaba al señor de Montesco, quien tomó asiento discretamente, con un niño a su lado. La joven apartó la mirada de súbito, reprochándose infinitamente su repentino estado, posando sus ojos en sus propios pies, y queriendo ordenar a su cuerpo que frenase la tempestad de sus venas. Fue hartamente inútil. No permitió a su respiración vacilar, aun cuando su corazón se había desbocado por completo. Se sintió miserable, profundamente miserable, al comprobar que no tenía poder alguno sobre su propia felicidad... Ese hombre disponía de toda ella a su antojo y capricho. ¿Cómo era posible que estuviese allí el último día? ¿Tanto había apurado, cuando debió haber asistido al estreno?

—Basta... —murmuró la joven, realmente vencida, e incapaz de remediarlo. Su voz, temblorosa y débil, la reveló indefensa y agotada.

La energía, fulminantemente, quedó abatida a sus pies cuando el tercer asiento, el que quedaba a la siniestra del Montesco, fue ocupado por una joven noble, de envidiable cuna sin lugar a dudas, de cuerpo fino, piel imposiblemente pálida y cabellos dorados como el Sol. Montesco la recibió a su lado con una sonrisa que jamás le habría dedicado a Calista, tomó una de sus manos y la besó aun sabiéndose rodeado de curiosos. Presumía de su compañía, sin intención alguna de disimularlo. No había comenzado la obra, y ya ambos compartían impresiones, susurrándose al oído y sonriendo sin cesar. Calista se sintió morir; su corazón era un estorbo que de pronto pesaba toneladas.

La viuda de Montesco apareció en el escenario. El respeto del público por aquella mujer era rotundo. Incluso aquellos que secretamente detestaban contemplar la guerra entre los Capuleto y los Montesco tenían que rendirse y

acudir a beber de la tragedia griega. Era la tercera vez que Calista veía a aquella mujer; la primera sin velo negro de luto. Se trataba de una dama a punto de entrar en la madurez, menuda y de infantiles facciones. Tenía unos ojos brillantes del tono de las castañas en otoño, la piel palidísima, las venas reveladas en su sien... Una voz aguda y dulce a la vez, y la presencia propia de una madre que ha velado a solas el sueño de su hijo. Intranquila y avispada. Fascinante que una mujer tan aparentemente frágil pudiese desplegar tal poderío sobre el escenario.

Calista se confesó entonces temerosa... Recordó lo que una vez le dijo, altiva, la señora de Capuleto. Una mujer dulce es incapaz de vivir entre demonios. ¿Por qué iba a ser más apacible la vida de una mujer sola en el palacio de los Montesco? *Esa fortaleza, pensó la joven, la habrá curtido su apellido.*

El poder de la tragedia, el miedo, la culpa, el orgullo abatido y la absoluta desesperanza fue inmisericorde. Tal era el mensaje de aquella magnífica pieza... que Calista olvidó dónde estaba y ante quién. Su garganta le apretaba y sus ojos se debatían entre la absoluta atención y el brillo de las lágrimas que querían huir. Era tal la congoja que la poseía al oír el lamento de aquellas mujeres que, tan sólo por un segundo, necesitó la evasión y perdió sus sentidos entre el público, pretendiendo observar cómo todos estaban hipnotizados por la historia. Cuál fue su sorpresa al ver que el Montesco la miraba, tan solo hasta el momento en que los ojos de ella espantaron los suyos. Calista creyó haberlo imaginado...

—¡Benvolio! —la viuda de Montesco se agachó y abrió los brazos para acoger a su pequeño, que abandonó la tutela de su tío, sonriendo ampliamente al ver a su madre.

A las puertas de la Arena de Verona, el señor de Montesco tomaba del brazo a su deliciosa acompañante y admiraba aquella escena de complicidad familiar, orgulloso de su pequeño sobrino. Sonrió, pero no era una sonrisa plenamente satisfecha. Como si la presencia de aquella joven escurridiza y mezquina fuese capaz de empañar su más feliz momento, el caballero mostró seriedad mientras husmeaba a su alrededor, buscando a Calista entre los admiradores de la brillante actriz. Divisó a la joven, pero ella no le miraba. La observó, y temió por un momento que creyese adecuado acudir junto a él. Una incómoda sensación le desorientó... ¿Qué haría si, después de lo que

había ocurrido en el palacio de los Grimaldi, aquella joven aún quisiera sentenciar alguna cosa más? Y ¿cómo podía permitirse ser tan descarada, tan desafortunada, de presentarse allí para llevar a cabo sus trucos?

El señor de Montesco pidió con una reverencia a su acompañante que le permitiese alejarse un segundo. Sin dudarlo, se acercó a Calista, con la intención de reprocharle su desfachatez.

—Qué caprichoso es el destino, ¿no os parece? —dijo él, sacándola de sus pensamientos, en un tono suficientemente condenatorio.

Calista entendió que, por algún motivo que ella ignoraba, el Montesco había acabado por tomarla por una amenaza imprevisible que le arrastraba irremediabilmente a una escena deshonrosa, sin importar el lugar. Todo lo que ella podía pensar era que su corazón se estaba resquebrajando lenta, profunda y dolorosamente con cada segundo.

—No temáis, que no estáis solo en vuestra sorpresa —dijo ella—. Estoy tan... desconcertada como vos. No esperaba veros.

—Durante la última noche de la obra ¿no esperabais verme?

Calista se sintió humillada, una vez más.

—Así es, mi señor. ¿Qué sugerís con ese tono que tantas dudas arroja sobre mí?

—¿A qué este juego? Sabíais que mi cuñada formaba parte del elenco, y esperáis que crea...

—Cada atardecer, sí. Sabía que vuestra cuñada subía a este escenario. Pero no he estado aquí con cada crepúsculo, mi señor. No es sino coincidencia que estéis ahora ante mí —Calista procuró no alborotarse—. Que sugiráis algo distinto es insultante.

—Por eso no marcháis, ahora que la obra ha terminado.

Calista sintió que sólo silencio existía tras aquellas palabras. Que el hombre al que más hubiese reverenciado sin reservas la acusase de una actitud tan sumamente infantil e indecorosa, que fuese él y no otro quien la humillaba sin piedad, era un puñal retorciéndose en su pecho que no podía soportar. La estaba apartando como a los perros. La joven dama reparó entonces en que ninguna de las sufridas protagonistas de la tragedia griega había soportado tal herida.

—Lo haría —respondió, al fin, sintiendo la pena invadir su rostro—. Con gusto me marcharía... Mas he de esperar a la actriz para darle mi enhorabuena —Calista no soportó más aquel acorralamiento—. Debo complaceros e interpretar mi papel. Como bien sabéis, no estoy aquí por vos. Como mal

creéis, estoy aquí por vuestra cuñada, que ni siquiera me conoce, sólo por el hecho de que es cuñada vuestra y no de otro. Ese papel habré de interpretar, si me disculpáis, ya que tanto creéis que me conviene, pues a cambio os tengo cerca —se abrió paso hacia donde quedaban Benvolio y su madre—. Por fortuna, no habré de disimular, pues ha sido una brillante interpretación.

—Fingiré que os creo —la hizo parar Montesco—. Decidme entonces, si no es para confundirme, ¿por qué estáis aquí?

Furiosa y rota, Calista respondió.

—Por Eurípides, mi señor. Os complazca o no.

Asfixiada por la incompreensión, Calista se encerró en sus aposentos. Su corazón, que poco antes había latido raudamente como cabalgan los corceles en Siena, lucía abatido los moratones dejados por las palabras del Montesco y la presencia de aquella mujer, que, no siendo rival para sus dones, recibía de él toda su atención. *¿Cómo, se preguntaba, puede un hombre tan sabio confundir tan irrisoriamente el amor de una mujer y tomarlo por artimaña?*

—¿Dónde y cuándo erré en mis actos o palabras? ¿Qué creéis que deseo, que no es vuestro querer? —se lamentó—. ¿Cómo este amor, que tan sano y real se me refiere, es para vos un veneno? Saber querría bajo qué luna os ofendí para ganarme lo que más me aterra; esa desconfianza vuestra... Conseguís que me sienta culpable, pues a ratos desearía que vendieseis fruta cada tarde en el mercado y en humildad más ducho fueseis, pero ¿quién soy yo para negaros lo que sin duda es vuestro y tan ciego os deja? —Buscó su pluma, sin poder al fin evitar que la tinta negra se mezclara con sus lágrimas—. Os aterroraría saber que antes pararía una flecha con mi propio corazón que contemplarla en el vuestro. No me creéis digna de amaros tanto... y a patadas me apartáis.

Selló sus labios, entendiendo que no debía rendir sus sollozos... y escribió.

Mi muy querido Conde,

La alegría de saber de vos llega para apenas amainar en mí un mar de desolación. Sin embargo, vuestras palabras han sido para mí como la espada de Damocles; que lo que se cree fortuna puede ser una maldición. Aprecio tanto vuestro interés y vuestra gentileza... que no puedo sino responder a ellas, aun cuando sé que mereceríais mejor contestación.

Mi señor, cuanto más obvia consideráis mi belleza, cuanto más

evidentes juzgáis mis dones, más infeliz me siento de que otro esté tan ciego.

Verdad es que os adoro, que me arrancaría el corazón y os lo entregaría si tuviera la certeza del olvido y de la felicidad. Mas la convicción que tengo es la opuesta, y tan firme que el porvenir me aterra. No podría mi corazón acompasarse a los latidos del vuestro sin ahogarse. Es otra voz la que me estremece, sea desgracia o fortuna, y no tendré el descaro de dejaros a la intemperie de la ignorancia; en mis carnes he sufrido ese mal, y jamás os sometería a semejante tortura.

Os ruego me perdonéis el daño que mis palabras pudieran causaros. No es otra mi intención que la de honrar vuestro mensaje con otro igualmente sincero. Bien lo merecéis, que de sobra conozco yo la amargura del silencio.

*Siempre vuestra,
Calista.*

Capítulo XVI

La cena en honor a su cuñada estuvo a rebosar de sonrisas y alabanzas. Una pequeña sala llena de amigos cercanos que se regocijaban ante el buen hacer de la viuda. Montesco presidía la mesa, y aunque mostraba un orgullo sincero, su mirada se perdía sin remedio entre las voces de júbilo. Nadie supo notar aquella ausencia, excepto la homenajeadada.

Antes de que los postres fuesen servidos, Montesco se disculpó ante los comensales, poniéndose en pie e invitándoles a que gustaran de acompañarle a tomar aire fresco en la terraza sur. Dos siervos abrieron para él los ventanales que le dieron paso al gran patio, cuya bóveda ya enjoyaban las estrellas. Una excusa cortés para poder asomarse a la noche de Verona sin que los demás se percataran de lo distante que en realidad se encontraba.

—Mi querido hermano —le saludó la viuda, quedándose a su lado, procurándole compañía—. Perdonad mi indiscreción. ¿No es la hija del Duque de Milán la joven rubia que os acompaña? Creo haberla visto antes.

—Así es.

La viuda sonrió con cierta picaresca.

—¿Y os distrae? —alzó sus cejas, a modo de burla.

—Infinitamente —respondió el Montesco, sonriendo y mirándola a los ojos.

De pronto, la mirada de esa mujer no mostraba complicidad alguna.

—Permitid que lo dude, por vuestra expresión perdida... —la sonrisa del Montesco menguó—. Que otros os feliciten por vuestra conquista. A mí me decepcionáis usando a una mujer falta de carisma para vendaros los ojos. Nunca os creí un hombre de amoríos baratos —le reprochó—. Sé que sé poco, pero algo sé. Distraído estáis, qué duda cabe, mas por otro asunto.

—A veces sois más certera que una flecha. Supongo que es vuestra condición de madre... A pesar de todo, me veo obligado a defender que la dama de Milán es una compañía agradable y una amiga a la que no le negaría un beso.

—La colmaríais de halagos por contradecirme, pero prefiero escuchar a mi intuición, que incansable me dice que no le debo confianza alguna a esa mujer. Busca el oro y la fama que, sin duda, su padre acabará por negarle...

Además, ¿por qué tomar a una dama simplemente por no estar a solas con vos mismo? Esta ciudad adora las habladurías, y eso os puede costar caro. Nunca habéis necesitado concubinas.

—Las necesidades de un hombre son tantas que no se deben negar a la ligera... No es lo que piense el vulgo lo que me preocupa.

—Quizás debería. Vuestra plebe es vuestro poder.

—Lo sé, pero ellos lo ignoran, y mientras así sea nadie podrá negarme un capricho.

—Habré de insistir... Es obvio que algo en el teatro os ha molestado, hermano —habló la viuda, sabiendo que sus invitados se mantenían ajenos a ellos por un momento—. Decidme si os he ofendido.

Montesco la miró a los ojos con lástima y una sonrisa de cariño. Tomó sus manos delgadas y pálidas.

—Lo único que habéis hecho, mi señora, es honrar la memoria de mi hermano cada día y cada noche. Y por ello os estaré eternamente agradecido —ella le sonrió con cierta tristeza—. Sé que vuestra sensibilidad se preocupa porque ha visto menguar mi presencia con la caída de la noche, pero no os sintáis culpable, que nada malo habéis hecho.

—No, esto que decís es aún peor. Si no puedo sanar vuestra inquietud enmendando mis acciones, porque éstas en nada os han molestado, ¿qué podría hacer sino preocuparme?

Montesco observó el curso del Adigio a sus pies. Un profundo suspiro le embaucó.

—Hoy habéis bajado del escenario como una reina, y de acólitos os habéis visto rodeada. Me alegré por vos; esa es la verdad.

—Gracias, mi señor.

La viuda observó la quietud con la que Montesco procuraba enmascarar el desasosiego, siendo ésta incapaz de convencerla. Se mantuvo a su lado, paciente, hasta que por fin él se atrevió a hablar.

—Un hombre no debería enfrentar la belleza cuando ésta es bella, porque entonces aterra. ¿Puede el miedo volver a los hombres necios, o locos?

La viuda agachó la cabella, segura de conocer la respuesta.

—Sí, puede, hermano. Aunque me cuesta creer que vos fueseis víctima fácil para tal miedo... Os lleva acechando tanto tiempo que sois inmune a él. Razón de más para que me sorprenda veros con una mujer tan aprovechada a vuestro lado —entonces preguntó—. ¿Quién es ella? Ha de ser realmente impresionante.

—Bien lo sabéis. Decidme de todos aquellos acólitos cuál podría haber encarnado a un ángel.

—Ninguno —fue rotunda—. Pero vi a una ninfa, aún verde para vos. Al menos eso pensé, aunque ahora veo que sólo la fruta temprana os sacia.

—Ella es joven, y sin embargo más frondosa y mujer que todas las demás —Montesco entendió entonces su descuido descortés—. Perdonadme.

—No podría decir que proclamáis mentira, mi señor. No os molestéis. Si a elegir me viese obligada, sin lugar a dudas sabría a cuál tomar de la mano.

—Hablasteis con ella.

—Sí. Y tenéis razón; posee una belleza que no alcanzarían ninguna de las mujeres de la Corte. Es peligrosa. Sencillamente porque con ella hablé, os digo que no podría encarnar a un ángel. Os aprecia, supe verlo... tanto como para odiaros por ingrato. Dijo respetaros, pero el desdén se apreciaba ya en su voz.

—¿Qué decís?

—Me reverenció a mí, con sinceridad y compostura, pero en sus ojos leí la adversidad más profunda que jamás en una mujer tan hermosa pude contemplar, y sin duda el artífice de tal desdicha fuisteis vos. La belleza es una maldición. Vuestra acompañante dorada lo ignora, porque no la posee. ¿Qué, me pregunto, le dijisteis a la ninfa?

—Habría de avergonzarme, pero considero que esta noche era para vos. Ya que conozco sus intenciones, le insinué que su oportunismo me asqueaba.

—¿Y qué intenciones son esas, hermano? Acompañarte al teatro, quizás...

—Son las mismas que guardan esas viejas a mi puerta, arrastrando a esas furcias para regalarme los oídos. De mí quieren la fortuna, la buena fama y el nombre... Cuando yo de ellas no querría ni las lágrimas.

—¿De ellas no, y de la Duquesa sí? No pretendáis escándalo, que bien sabéis que la misma calaña son —suspiró la viuda—. De modo que la ninfa es una ramera hambrienta. Sé que nada en este mundo os avergüenza e irrita más que una mujer sin nobleza, y no os faltan motivos. No os martiricéis más, que en mi percepción puedo estar equivocada. Quizás con dulces palabras ella me embaucó... Si esa joven ninfa no es más que otra maldita arrastrada, si lo que pretende es aprovecharse de vuestra indulgencia, no tenéis más que ignorarla.

—Eso he hecho, desde el día que la conocí.

—Bien hecho, pues.

—No si estoy del todo equivocado.

—¿Equivocado?

—Es la hija de la Baronesa Grimaldi.

La viuda quedó en silencio, muy sorprendida, por un momento.

—Si lo que decís es cierto, fue discreta su presencia en el teatro.

—A menudo se hace pasar por otra persona, para alejar los chismes... — murmuró el Montesco—. Incluso a mí me burló.

—Mi señor, es una gran contradicción. Si la discreción la define, ¿qué hay en ella que se asemeje al ganado de esas alcahuetas, y a vuestra Duquesa? Si tan noble es su linaje, ¿por qué desmerecer su orgullo y perseguiros? Es obvio que no la queréis cerca.

—Ella expresó que su presencia en la Arena no tenía nada que ver conmigo.

La viuda se sonrió.

—Pues qué desafortunada casualidad... —escupió con sarcasmo.

—Me avergüenza poner en duda la palabra de un Grimaldi. Aunque no siempre dijo toda la verdad... No parecía mentir.

—Y por eso vuestra expresión durante la cena. Os sentís culpable, y ni siquiera sabéis si es lo que merecéis.

—Afrodita debió creerme en demasía soberbio. La envió para torturarme.

La viuda, entonces, lo entendió todo.

—De modo que la ninfa es digna de vuestra atención...

—Le he negado mis oídos.

—Pero no vuestros ojos.

—¿Y ya me creéis necio?

—Estáis aterrado.

Capítulo XVII

La Baronesa Grimaldi paseaba por sus jardines, acompañada de una doncella dispuesta a recoger por ella las flores que más le agradaban.

—Esa —indicaba la baronesa, recibiendo una rosa de la doncella—. Qué primor... Habremos de plantar dos setos más de esta extraña flor. Ninguna más huele así, aunque todas rosas son...

Se acercó a una de las hermosas fuentes, cuyas aguas cristalinas hacían sonar campanillas frescas al caer en cascada. La baronesa arrojó las rosas al agua y observó el viajar de los pétalos a merced de la corriente. Suspiró.

Un siervo, algo apresurado, se presentó entonces ante ella con un recado.

—Excelencia —le reverenció—. Os ruego que perdonéis la interrupción.

—Habla, Mario —le permitió ella, con un gesto agradable.

—El señor de Montesco acaba de llegar y pregunta por vos.

—¡Qué grata sorpresa! No esperaba tal visita... —indicó a la sirvienta, con un simple gesto, que pusiera el resto de flores en sus habitaciones—. Le recibiré en seguida.

La amplia sonrisa de la baronesa contagió el rostro del caballero, que tomó sus manos y las besó admirado.

—Mi querido señor de Montesco, no sabéis el bien que me hacéis con vuestra compañía. Permitidme que os ofrezca un buen vino y el mejor de nuestros quesos; habéis llegado justo a tiempo para acompañarme a almorzar.

—Lamento que mi apetito se encuentre irremediablemente ausente, baronesa.

Sabia como era, aquella mujer no necesitó más que esas palabras y aquella atormentada mirada para entender que aquel hombre buscaba ayuda.

—Tomad asiento —le pidió, perdiendo la sonrisa, sentándose también y tomando una copa de vino rojo.

—Sólo espero no importunaros...

—Ni aunque fuese esa vuestra intención podríais incomodarme. Es más, me honra que acudáis a mí. ¿En qué podría ayudaros?

—No os visito por un asunto trivial. Estoy perdido en un laberinto de mil

puertas y ninguna salida. De sobra conocéis mi inclinación a la compostura, de ahí que apenas pueda creer el esfuerzo que a mis labios les supone guardar silencio ahora.

—No tenéis que callar.

—Eso decís, porque aún no sabéis lo que os vengo a pedir.

—De vos no espero indecencia alguna. Si es la petición de un favor lo que va a escandalizarme, exponedla sin demora.

—Humildemente os pido que me concedáis ver a vuestra hija.

La señora tuvo que dejar de beber de su copa de vino en ese mismo instante. Con voz serena pero firme, preguntó:

—¿Ver a mi hija, Montesco?

—Sólo dejadme posar mis ojos en ella antes del ocaso. Mi deuda con vos será eterna si cedéis a esta petición. Necesito hablarle —la baronesa dejó la copa de vino sobre la mesa, sus ojos se volvieron enemigos y sus labios de pronto se agriaron—. ¿Tan descarado lo encontráis?

—¿Descarado? Retorcido, espantoso, cruel... Os veis como el Montesco, pero ¿quién sois, pidiéndome que satisfaga una fantasía tan abusiva?

El Montesco, convencido de su error, agachó la cabeza y se disculpó.

—Os ruego que me perdonéis. Tenéis toda la razón. Soy un loco y un bufón... No sé por qué imaginé que vuestra hija no os narró con detalle nuestros encuentros. Es obvio que los conocéis. Hacéis bien en alejarme de ella. Hasta yo mismo puedo ver que sólo daño he sabido procurarle.

—¡Válgame el cielo y el infierno! Montesco, ¿qué estáis insinuando? ¡Hablad antes de que vuestra desfachatez os haga perder la lengua!

Temeroso y vacilante, el caballero apenas pudo excusarse.

—Su juventud me confunde, mi señora. Por eso erré en mis actos.

Un profundo silencio...

La baronesa, ofendida e insultada en lo más profundo de su alma, propinó al Montesco un par de bofetadas que le produjeron un dolor inalcanzable por cualquier herida de combate.

—Mi hija, en su descanso eterno, no habrá de ser molestada nunca más por un lobo como vos. ¿Lobo, digo? Alimaña, chacal... Hiena rastrera que ríe ante quien adora el cadáver que para él no es sino su cena.

—Mi señora... —corrió el Montesco a sostenerla al verla desfallecer.

La baronesa, pálida e inconsciente, se dejó caer en los brazos de su alborotador.

—¿Descanso eterno? Oh, pobre, pobre mujer... Tanto extraña a su difunta

hija, que no repara siquiera en la otra. Qué bochorno para mí su confusión. No se soporta la vergüenza de tal depravación... Despertad, mi señora, que debo sacaros de vuestro equívoco —Montesco acercó la copa de vino a los labios de la dama.

Con la respiración muy pesada, la baronesa volvió en sí. Aturdida, intentó mirar a aquel hombre a los ojos.

—¿Cómo habéis podido? —murmuró, con sentida decepción.

—Eso, mi señora, me pregunto yo mismo. ¿Cómo permití que os sofocaseis así? baronesa, confundís por entero mis intenciones. Ningún anhelo tengo para vuestra difunta hija, más allá de la gloria eterna. Es de vuestra otra hija de la que os hablo... Os ruego que toméis aire y consideréis al derecho mis palabras.

—Os aprovecháis de mi conmoción. Ahora no os entiendo, ¿qué pretendéis?

—No puedo seguir llamándome caballero, si antes no hablo con vuestra otra hija, esa que pasea por Verona creando para mí inesperados encuentros.

—¿Os burláis de mí?

—Jamás, mi señora.

—Entonces, por lo que más queráis, dadme un nombre... ¿A qué otra hija mía esperáis ver antes del ocaso?

—Qué maldición la mía, que todos los nombres escapan a mi memoria... Mas está fresco y claro su rostro en mis sienes. Una dama pálida, con esmeraldas por ojos. Bailaba en vuestra casa y de su pecho prendía el broche de vuestra familia como nunca antes tan orgulloso lo contemplé.

Capítulo XVIII

Calista acababa de terminar de limpiar con sumo cuidado el marco de madera que abrazaba su viejo mapa de estrellas; era aquel su tesoro máspreciado. Preparaba un nuevo mapa con el cual apenas había comenzado... Bajó hasta el centro mismo de su jardín, desde donde ya se divisaban las primeras estrellas. La Luna estaba hermosa y llena, pero aún apenas podía presumir de su brillo, pues se enlazaba en un beso con el Sol, al que no quería dejar marchar. Tan breves eran siempre sus encuentros...

—Señorita —se acercó la sirvienta, llevando para ella un poco de papel y tinta que le fueran a servir para registrar el firmamento.

—Gracias, mi querida ama. Hace una noche muy hermosa, ¿no lo crees tú también? Mira allá —indicó, señalando la estrella más altiva de todas—. Es Venus, y está vestida de emperatriz...

La sirvienta sonrió. Era fácil adivinar que la joven albergaba tristeza en su interior, sin embargo también moraba en ella esa regia fortaleza que procura el saber. Calista siempre había sido curiosa, aunque cauta. La ignorancia, los silencios y las dudas sin respuesta jamás fueron de su agrado. La buena ama confió en que la joven sanaría de cualquiera que fuese su dolor, mientras pudiese aprender de las estrellas. Eran esos hermosos astros un motivo para alimentar sueños en la noche de verano.

—Señorita, ¿por qué lleváis el corazón vendado? —preguntó entonces, tomándole la mano derecha.

—Oh —murmuró la joven, recogiendo la mano con delicadeza—, recolecté rosas antes del atardecer. Tardé en ver la más hermosa, y para cuando quise tomarla ya la luz me abandonaba. Me pinché...

Vacilante entonces, la criada revolvió entre sus bolsillos.

—Señorita, sé que esta es una noche ideal para estudiar el firmamento, y no seré yo quien os lo impida, pero he de deciros que ha venido un mensajero a dejar esto. No hay sello, pero se trataba de uno de los siervos de la Baronesa Grimaldi.

Extrañada, por lo inusual de la hora en la que la baronesa le hacía llegar un recado, Calista lo abrió y lo leyó en voz baja.

*Mi adorada Calista:
Os pido que sin demora acudáis a la Casa Grimaldi.
Un hombre roto y perdido pregunta por vos.*

Al primer segundo tras leer aquellas palabras, una ola de esperanza y de incredulidad la invadió, pensando en que por perfecta intermediaria habría tomado a la baronesa el Montesco. Pero la sensación poco duró al recordar la imprudencia de su madre.

—Oh, no...

—¿Qué sucede, señorita?

—Es el Conde de Beauvoir... Tras las descaradas insinuaciones de mi madre, creyó que yo esperaba su visita. Quizás fue tarde para cancelar el viaje cuando le llegó mi respuesta.

La sirvienta, inquieta y escandalizada, preguntó:

—¿Habéis pedido al conde que se abstenga de visitaros? Señorita, eso es realmente maleducado...

—Nunca frenaría sus visitas, sino sus intenciones. Mi madre ha sido cruel e interesada. Le hizo soñar, y ahora el sueño se ha tornado para él en un mal despertar. Me espera, temeroso de incomodarme si se presenta aquí, en casa de los Grimaldi. Cuánto va a avergonzarme tener que mirarle a la cara...

La criada, comprensiva ante aquel desbarajuste, posó sus manos en los hombros de la joven.

—Pues dejad la visita para mañana. No estáis lista para verle, y mirad, el Sol se acaba de ocultar. A mi entender, aquí en vuestro jardín deberíais quedar.

La muchacha lo negó.

—Sería un insulto para la baronesa, pues es obvia la urgencia en su mensaje. Dejadme ir así, sin artificios ni máscaras; apenas búscame un par de zapatos. A pie iré, para pensar por el camino. Si no ensalzo mi aspecto, será más difícil que el conde lamente mi decisión de no corresponderle.

—Querida niña, el conde sabe bien que vuestro espíritu no es capaz de esconderlo máscara alguna. Durante años ha sido a sus ojos revelado. Es inútil...

—Esa escasa fe tuya... Puedo mostrarme de lo más desagradable, si eso le ayuda a olvidarme.

—Todas las mujeres saben de ese arte. Pero, señorita, perderíais un buen

amigo y le haríais sentir muy desgraciado. Pensad que el conde no merece tal agravio.

Calista se sintió vencer. Tomó asiento junto a sus dibujos y se llevó las manos a la cara, intentando procurarse un poco de calma. En silencio, bajo las estrellas, el tiempo pasó muy lentamente, haciendo temblar las rodillas de la sirvienta.

—Mi querida ama, qué afortunada fuiste siempre.

—¿Mi pobre estampa, señorita? —se sorprendió, sobremanera, la sirvienta—. La fortuna en mi vida es una total extraña. ¿A qué podríais referiros? Nací de un vientre ya maltrecho, y sé de buena tinta que casi muero antes de llegar al mundo. No hay gracia alguna en mi gesto ni en mi caminar, y sin la piedad de vuestro padre ante la iglesia poco hubiese durado yo, tirada en las calles... Pero siempre fui disciplinada, en absoluto ociosa, y observo más y mejor de lo que la gente piensa. Mi fortuna, señorita, es escasa, y no recuerdo un sólo día en esta vida en el que no la haya defendido a uñas y dientes.

—Pero tu familia... Te uniste a un hombre por amor.

—Si fue por amor o no, no lo sé, señorita. No había demasiado donde elegir. Era un hombre descarado y testarudo, pero tenía cosas buenas, aunque ahora no me viene ninguna a la memoria...

—Y tu hija, ¿no te hace feliz su sola sonrisa?

La sirvienta sonrió, encogiendo sus cansados hombros a modo de resignación.

—Mi deber siempre ha sido criaros a vos, señorita. Recuerdo cómo os trezaba el cabello para vuestro primer domingo de comunión, estando yo encinta. A mi hija, como ya sabéis, la visito con cada amanecer, apenas para tomar con ella el primer pan del día, allá en el convento. Os diré que esa chiquilla me llena de un orgullo singular, pero es aún muy niña y las monjas siempre me vienen contando incesables travesuras. Hay que domarla, me temo...

—A mí me cuentan que es muy hermosa —respondió Calista.

—Razón de más para temer su descarado, el cual sacó sin duda de su padre, que en paz descansa —en el rostro de la criada se dibujó una sonrisa que todo lo dijo.

Calista no necesitó juzgar por nada más. Un largo suspiro culminó con un silencio y una confesión.

—Sólo sé que te envidio.

Capítulo XIX

La baronesa regresó a la sala donde el Montesco la esperaba. Lo encontró en pie, dando vueltas sin rumbo, intentando encontrar respuestas que su intuición ya era incapaz de atisbar. Al ver la figura de la dama, siempre cubierta de luto negro, el caballero paró en seco.

—Mi señora —la reverenció, notando en los ojos de esa mujer que no todo había salido a pedir de boca.

—Sé que éste no os sobra, pero habréis de concederle tiempo —dijo la baronesa, recibiendo del Montesco un suspiro de resignación—. Mi hija sabe de vuestra espera. Si sois paciente, podéis guardar la esperanza de verla.

Montesco tomó asiento. A los ojos de la baronesa, ese hombre estaba abatido.

—Sé por qué no os ha acompañado hasta mí —murmuró el caballero—. Lo sé, y no la culpo. Soy yo el que no cree merecer su tiempo...

—Me intrigáis, sin duda. Mi hija es una dama, y por tanto discreta. Pero jamás me mentiría —sentenció la baronesa—. ¿Debo creer que si le preguntase por vos no me diría nada bueno?

—Me enfermo de bochorno ante esta pregunta que me hacéis; se quiebra mi orgullo y brota mi vergüenza. Os admiro, espero que lo sepáis. Pero por pura estupidez he humillado a vuestra hija hasta rebajarme a mí mismo. Intentaré, si me es posible, ganarme su perdón..., mas el vuestro no lo merezco. Digo más, quizás marchar debiera, con mi honra descosida, y sabiéndome despreciado por ella, porque nada más merezco —se dispuso a abandonar el lugar—. Aspiro aquí a un perdón que debería serme negado en pago a mi arrogancia.

—¿Cómo? ¿Os marcháis, entonces? —procuró frenarle la baronesa.

—Es lo justo —dijo, volviéndose hacia ella—. Soportar la vergüenza que mis actos me causan.

—No asumís vuestro pago huyendo de la responsabilidad —abrió su abanico y se procuró aire fresco—. Qué raudos corren unos y otros a la guerra, y cómo prefieren los hombres enfrentar un cañón que los ojos de una mujer. ¿De qué estamos hechas, Montesco, que sólo pánico os provoca?

—No todas las mujeres...

—¡Las de verdad, Montesco! —respondió irritada.

El caballero, incapaz de asumir la grandeza de la dama que tenía delante, agachó la cabeza y no supo qué responder.

—Montesco, no huyáis —habló entonces la baronesa, en un tono maternal y suplicante—. Si amáis a mi hija, decídselo. Y si ni siquiera conocéis el alcance de su gracia, y no entendéis qué sentís al mirarla, no os quedéis en la ignorancia. Os aseguro que no hay mujer más valiosa en todo el Véneto, y que nunca llegaríais a apreciar lo que os negáis a vos mismo si lo dejaseis a vuestra imaginación. Oh, no... No sería capaz vuestra ensoñación de crear una joya como ella; no lo creáis, que pecaríais de soberbia.

—Es esa decencia la que me espanta, baronesa, que ya soy perro viejo —confesó el Montesco—. Es tan joven y está tan colmada de dones, que no soy digno de tomarla. No soy digno de arrebatarle lo que sólo ella posee, y me abruma descubrirme ante ella como el pobre hombre que en realidad soy. He deseado a mujeres que no serían dignas de lavarle los pies, ¿comprendéis mi desvergüenza, baronesa? Las mujeres que me rodean tienen por religión el enredo... Algunas mienten, otras manipulan, ninguna es ingenua, y todas llevan antifaz. Así me han enseñado ellas a apreciarlas. Vuestra hija es verdadera... baronesa, qué duda cabe de que semejante canto de sirena me aterra. Me es desconocido el efecto que causa en mí, y éste me sobrecoge. Una mujer que se muestra tal y como es... A estas alturas de mi vida no la merezco en absoluto.

—Callad. Ahora entiendo bien —ordenó la baronesa—. Su belleza os encandila pero su disposición os paraliza. De todas esas mujeres a las que decís haber deseado, ¿cuántas, Montesco?, ¿cuántas han sido al tiempo hermosas y verdaderas? Ninguna, mi señor, porque ya sea en el mercado o en la Corte, todas han salido del mismo mísero patrón, y a lo mismo aspiran, ¿a mí vais a intentar convencerme de lo contrario? No, callad, que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo. ¿Cuántas damas de las que han compartido vuestro lecho deseaban tan solo vuestros labios, Montesco? ¡Qué dolor para una mujer como yo decir que ninguna! A cuánta vergüenza someten otras mujeres a las que, como yo, tomamos la verdad como Ley. Pocas quedan en este mundo, mi señor, que sólo entreguen su corazón y su cuerpo a quien lo merece y sin más intención que rendirse al amor.

Montesco quedó en profundísimo silencio. Se sentía como un niño, ignorante y arrepentido.

—Mi señor, no os marchéis —insistió la dama—. Enmendad el agravio.

Por ella, al menos, y también por vos. Si vuestro corazón os ha traído hasta aquí, no le neguéis lo que éste anhela. Vuestro corazón no os perdonará que lo ignoréis... —la baronesa suspiró aguantando la enorme tristeza que la estaba invadiendo—. Montesco, un día mi hija estaba recogiendo flores a mi lado, y a la mañana siguiente... —una lágrima calló por su rostro, ahogando al caballero.

—Mi señora.

—Montesco, que la edad y la torva experiencia no sean vuestras aliadas no hace vuestra vida menos digna de ser vivida. Es nuestro deber vivirla, porque se nos arrebatará en cualquier momento. Las adversidades son como furiosos toros bravos, pero tomadlos por los cuernos y dominadlos. Vivid, Montesco. Vivid.

Capítulo XX

Unos golpes secos en los portones interrumpieron la conversación.

—¡Adelante! —respondió la baronesa.

Un siervo entró en la sala, a paso rápido, y se acercó a la baronesa para informarle discretamente sobre la llegada de su invitada.

—Gracias; puedes retirarte.

El siervo hizo una reverencia y se marchó a un paso tan rápido como al que había llegado. El Montesco estaba nervioso, a la espera.

—Debéis quedar aquí —indicó la baronesa—. Mi hija está dispuesta a veros. Así pues, yo me retiro, y os dejo a solas.

Dejando huir su tensión, el Montesco tomó las manos de la señora y las besó en un gesto de humilde agradecimiento.

—Haced lo que debáis —dijo ella, a modo de despedida.

La dama marchó a través de una pequeña puerta entre dos enormes estanterías de libros, evitando así coincidir con una acelerada Calista, que a paso raudo había acudido a la Casa Grimaldi, desconociendo el motivo.

Los portones se volvieron a abrir.

Con su apariencia más humilde y desconcertada, la joven veronesa buscaba con la mirada a la señora Grimaldi, viendo solo la figura de un hombre de espaldas. Antes de que él pudiese girarse para mirarla, ella ya se inclinaba para presentarse.

—Mi estimado conde —reverenció.

Montesco, atónito ante aquella imagen, quedó sin habla. Al no obtener respuesta alguna, Calista alzó la mirada. La Medusa no podía tener un efecto mayor que aquel. La joven se incorporó, y haciendo un titánico esfuerzo por enfrentar aquella ingrata sorpresa, inquirió.

—Montesco... —buscar las palabras nunca había sido tan difícil. Tanto, que Calista se sintió abrumada, al entender lo obvio de sus palabras atascadas en su garganta—. Me mandaron llamar... porque un hombre preguntaba por mí.

—Cierto —pudo por fin hablar él—. Yo pregunté por vos, Calista.

Y de nuevo su nombre, pronunciado por aquella voz. La joven sintió, sin embargo, que el efecto ya no era tan indescriptible.

—¿Por qué me hacéis esto? —murmuró ella, casi sin aliento—. ¿Por qué?

—Perdonad que importunase a vuestra madre. Necesitaba veros.

Calista cerró los ojos significativamente, sopesando aquellas palabras, y procuró calmarse antes de responder.

—Su Excelencia no es mi madre —le miró a los ojos.

—¿Disculpad?

—Oh, por eso ella no os ha sacado de vuestra confusión; para que yo pudiese ver esa expresión —Calista no daba crédito—. Qué humillante es ver el desencanto en vuestros ojos... Qué habría dado yo por el título que os conquistase... —entonces explicó—. Mi mejor amiga, que una hermana era para mí, nació de sangre Grimaldi; no yo. Pondréis suficientes oídos a esta ciudad como para saber que la pequeña flor murió. Su madre expresó hacia mí un cariño inmaculado... Y yo, agradecida y honrada, lo acepto y correspondo.

—Pero vos... sois noble —dijo el Montesco, dando palos de ciego.

—Unos días, al parecer, soy más noble que otros.

—No...

—Ahora lo entendéis.

—¿Qué habría de entender? —preguntó él, atosigado por la confusión.

—Que el hombre más valiente no es el que va a la guerra.

Aquel caballero no podía creer la lección de humildad que la muchacha apenas había comenzado a impartirle. Creyó sensato asumir su responsabilidad cuanto antes. Reuniendo un valor que ignoraba poseer, habló.

—Temí que mi soberbia os hubiera tornado en mi contra.

Ella, sin embargo, no hubo de hacer esfuerzo alguno para responder según su verdad.

—De hecho, lo hizo —dijo, sin vacilar—. ¿Qué queréis de mí ahora?

Aquella respuesta hizo que el corazón del Montesco hablase en primera persona, asumiendo que sólo él podría salvarse a sí mismo.

—No podía esperar a que el destino tuviese piedad de mí y me dejase veros de nuevo. Debía deciros que por alguna estúpida razón erré en elegir la máscara.

—Pero no la compañía —respondió ella, seria y serena hasta estremecer—. Una duquesa, si no me equivoco. ¿Cómo podríais siquiera considerarme, teniendo la atención de tan distinguida dama? Sólo soy vuestra sierva. ¿Cómo no os acompaña ella ahora?

—La única verdad es que aquella noche no paré de miraros, que la

cobardía por oír esas palabras de amor de vuestra boca fue de pronto mi mayor temor, que no me reconocía a mí mismo..., y que entender que dejaba de ser merecedor de vuestra mirada pudo matarme.

Cierta compasión sobrevoló la piel de Calista, erizándola, mas no fueron aquellas palabras suficiente unguento para sus heridas.

—Lo lamento, mi señor —dijo ella—. Yo no soy una de esas mujeres que buscan en vos algo más que vuestro amor. No encuentro aliciente en vuestra súplica, porque nada espero de vos que no me hayáis negado ya. Me habéis humillado de tantas formas, que me agota pensar por cuántas cosas he de perdonaros. ¿Qué os diferencia a vos de aquel que me hizo llorar junto al río el día que me conocisteis? Habéis cometido exactamente su mismo error. Que una mujer os diga que os ama, que se rinda a vos, merece una respuesta que me fue negada. No siendo aquello suficiente, tomasteis mis palabras como un permiso para disponer de mí a vuestro antojo, y el antojo os ha llegado ahora. Que una mujer os confiese que os ama significa que algo en vos la ha conquistado, y que igualmente vuestros desplantes pueden acabar con ese privilegio. Vuestro desprecio os ha hecho indeseable a mis sentidos, mi señor.

Montesco supo entonces que ninguna otra mujer en el mundo le había partido el corazón, hasta ese mismo momento.

—Lo lamento —sollozó ella, viendo una profundísima tristeza en el rostro de aquel hombre—, más de lo que pudierais imaginar. Si hubieseis venido a por mí cuando os miré a los ojos por primera vez... ¿Era mi amor por vos tan claro a través de mis pupilas, que éste no os suponía atracción alguna? Quizás debí haberos mostrado desprecio desde el principio; imagino que como un perro habríais lamido mis pies.

El lamento de aquella voz era sincero y podía presumir de llevar toda la razón. El Montesco se vio despojado de toda venda en los ojos y en la boca.

—He pasado noches en vela maldiciéndome —respondió él.

—No os creo. Mentís —Calista no lo soportaba más, y se alejó de él—. ¡Mentís, maldita sea! ¿Por qué insistís en tomarme por estúpida? ¿Qué noches en vela habréis pasado, si ayer mismo atendíais a otra mujer? Vos no sabéis lo que es el arrepentimiento, y no me amáis. No os importa herirme, mi señor, y deberíais tener la decencia de aceptarlo en voz alta. Soy invisible para vos; lo sé. Sé que lo único que habéis acertado a ver ha sido el broche de los Grimaldi en mi vestido.

Abatido por la culpa y sin más pruebas de su sinceridad que sus ojos, el Montesco no pudo soportar la vergüenza y se arrodilló en el suelo.

—No podía imaginar que era tan inmensurable el dolor que os he causado —murmuró a modo de súplica.

—Aquella tarde de baile..., aquella noche conocí el arrepentimiento. Fingir indiferencia ante vos... ¿cómo pude ser tan miserable? Al llegar a mi hogar lo pensé, una y mil veces. Mi señor, mis días pasaban a la espera de una palabra vuestra, y cuando os tuve delante no pude miraros a los ojos. Cobardía, timidez o vergüenza, ¿qué más da? Estupidez, si lo preferís... Estabais a mi lado y me devolvisteis la indiferencia, cuando mis ojos por fin se atrevieron a pedir os atención. Eso me dejó noches en vela como vos no las conocéis... —sus ojos comenzaron a liberar finas y discretas lágrimas—. La verdad es, mi señor, que desearía que pudieseis sentir cómo aborrezco siquiera la mera intención de otros hombres. Ojalá supieseis lo celosa que soy de lo que es vuestro. Si entendierais cómo les odio por creer que pueden intentar tomarme de la mano...

La joven, incapaz de entender qué le hacía merecer tal tortura, tapó su rostro con sus manos y secó sus lágrimas, que habrían de ser, lo decidió, las últimas.

—Perdonadme —murmuró el Montesco, atónito ante tan desgarrada confesión.

Calista guardó silencio. Aquella petición, rendida de rodillas por aquel hombre, le procuró escalofríos. Seguía dándole la espalda.

—Perdonadme —insistió, negando con la cabeza, tan incrédulo como arrepentido.

Jamás, en toda su vida, alguien que le hubiese herido le había pedido perdón de corazón. A nadie parecía importarle la magnitud de la herida, ya que sólo eran capaces de hierirla aquellos a los que ella amaba, y éstos sabían bien que ella poseía una capacidad de perdonar más que infinita. A nadie parecía importarle. Mucho menos a un hombre.

—Perdonadme por no saber apreciar...

Calista se dio la vuelta, enfrentándole entonces.

—Perdonadme por pensar que sabía quién sois mejor que vos misma. Por piedad, Calista —agachó la cabeza, sin más recurso que la humildad—. Perdonadme.

Recuperando la presencia de la serenidad, Calista le ofreció su mano.

—Poneos en pie, mi señor, por favor —fue lo único que pidió, y a ello el Montesco obedeció sin miramientos, quedando frente a ella y más cerca de sus labios de lo que jamás lo había estado—. Mi amor, aunque nunca lleguéis a

entenderlo, no puede ser sino verdadero, o no ser en absoluto. Os perdono, para que vuestra conciencia quede en calma, porque no os deseo inquietud alguna. Y ahora, os pido que me dejéis marchar.

Aunque los ojos de aquel hombre le suplicaban que no le dejase solo, el nudo que apretaba su garganta era certero y le arrebatava el habla. El Montesco tomó con suma delicadeza la mano de Calista, como quien teme espantar a un animalillo, y la besó absolutamente rendido, al tiempo que su primera lágrima desde aquellas que derramara por la muerte de su hermano recorrió sus mejillas.

Capítulo XXI

El otoño estaba a punto de enhebrarse con el amanecer. Calista había despertado muy temprano, al canto del gallo, para prepararse; el Conde de Beauvoir había llegado a Verona al anochecer, y era menester que tanto la joven como su madre le procurasen una cálida bienvenida.

El distinguido visitante las esperaba en el Palazzo Victoria, en pleno corazón de la ciudad, donde juzgó más apropiado alojarse, dada la última carta que recibió firmada por su joven amiga. Respetuoso con aquella petición, el conde había decidido volver a pisar Verona más por la salud de su mente que por la de su corazón.

—¿De rojo te vistes, hija mía? —la sorprendió su madre, cuando ya se peinaba ante el espejo.

La chica se sobresaltó al oírla, pues temía que aquel color le resultase descarado a su madre. No se opondría a ello, sin embargo, dado su interés en el conde.

—El rojo es el único color que guarda calor para mí, con la pronta marcha del verano, mi señora —respondió la muchacha—. ¿Qué lleváis en las manos?

La señora de la casa dejó sobre el lecho de su hija un cofre de madera que, sin duda, había sido realizado por un talentoso ebanista.

—Un mensajero de la baronesa lo ha traído para ti. Dijo que no es ella quien lo envía —una discretísima sonrisa se dibujó en el rostro de la dama—. Te dejo para que termines de acicalarte. No puedo esperar a ver de nuevo al conde... Qué feliz estará apenas imaginando vuestro encuentro.

Calista esperó a que su madre cerrase con delicadeza la puerta tras de sí. Se puso en pie y se arrodilló frente a su cama, abriendo el cofre. En su interior, se hallaba completamente forrado de un terciopelo carmesí que hubiera ruborizado al sastre de su vestido rojo. Abrazados por aquella hermosa tela, un bellissimo broche de nácar y un exquisito peine de plata tallada, lleno de alegorías mitológicas engarzadas con preciosismo. Calista se llevó una mano a la boca, casi aterrada por tan carísimos presentes.

No había ninguna nota, nada que le indicase quién enviaba el regalo.

La joven tomó en sus manos el peine, como si su sólo tacto pudiese quebrarlo, y lo admiró fascinada. Si el conde le había hecho llegar aquel presente, sería un gesto de agradecimiento llevar el broche en sus cabellos... O quizás ese gesto le asegurase su corazón y fuese demasiado atrevido por su parte. De pronto su rostro recogió trazos de temor, pues en su memoria resurgió un nombre que durante demasiado tiempo había quedado ausente... Teobaldo, quien le pidió matrimonio antes de partir a la guerra, nunca tuvo la decencia de mandarle unas líneas desde el frente, incluso cuando ignoraba que Calista ya no le amaba... Si él aún creía tener a aquella joven esperando por él, enviar un presente de tal calibre sería un gesto que compensara su silencio, tan largo e injustificado.

—No... —murmuró ella—. Bien sé yo que Teobaldo no tiene el gusto necesario para haber elegido estas piezas como regalo.

Entonces, acariciando los surcos tallados de la plata, sus dedos dieron con una M, inscrita como señal de propiedad. Así que el otoño no le traería tranquilidad alguna a Calista, si, al parecer, el Montesco no había quedado saciado con el perdón, teniendo a bien sobornar a un mensajero a espaldas de la baronesa.

—¿A qué luchar ahora, mi señor? —murmuró ella, decepcionada.

Con igual delicadeza, Calista guardó el peine en el cofre, cerró la hermosa tapa y decidió guardarlo lejos de su vista, bajo la cama. Volvió a su tocador y, con un profundo suspiro, tomó su cepillo de madera para continuar peinando su cabello.

Capítulo XXII

La belleza del palazzo era sobrecogedora. Calista no parecía, sin embargo, apreciarla tanto como su madre. La señora estaba embelesada, soñando con aquellos tiempos en los que su propia fortuna estaba preñada de riquezas.

Dos sirvientes exquisitamente vestidos las recibieron con sentidas reverencias, antes de abrir para ellas las puertas del salón principal, donde ante sus ojos se exponía un banquete entre sillones de seda. El conde, que se encontraba admirando Verona desde los ventanales, apoyado con increíble elegancia sobre un fino bastón, se hinchó de felicidad al verlas por fin. Absolutamente encantado de recibirlas, se dirigió hacia sus dos invitadas regalándoles la sonrisa más sincera del mundo.

—¡Oh, bendita fortuna! —pronunció, con la voz de un ángel, y comenzando a caminar, con más soltura de la que ellas hubiesen esperado—. Por fin os contemplan mis ojos... Madame —se inclinó ante la madre de Calista.

—Mi querido conde —le reverenció ella, ofreciéndole su mano, que él tomó y besó como si volviese a adorar a su propia madre.

Entonces enfrentó a la muchacha, quien de pronto recordó las palabras de su madre, cuando ésta le dijo que, ya desde niño, el conde había sido un consentido de la fortuna en cuanto a su sonrisa y sus pupilas colmadas de brillo. Sin duda poseía un encanto reservado a los dioses. Habría suplicado Artemisa por un beso suyo.

—Mademoiselle Calista —la miró sin miedo, con una limpieza en sus ojos que la joven jamás había enfrentado en otros hombres—. Después de tantos años pudiendo apenas reconocerlos a través de vuestro puño y letra... —suspiró, incapaz de creerse tan afortunado—. Estáis al fin ante mí...

—Mi señor de Beauvoir —se inclinó ella, ruborizada.

Ese tono en las mejillas de la joven hizo las delicias del conde.

—Por favor, tomad asiento —las invitó, cortés—. Me parece el mejor regalo que pudiera hacerme la vida el que me acompañéis a degustar los

tesoros de Verona. Comamos y hablemos.

—Será un honor, conde —respondió la señora.

—Tendréis mil historias para mí, espero —aventuró el anfitrión, ofreciéndole paso a Calista.

—Todas las que queráis, mi señor —respondió ella.

La joven le sonrió, aunque sin poder dejar de pensar en ayudarle con su caminar. El conde, que no podía ignorarlo, le hizo un gesto tranquilizador.

—Descuidad, mademoiselle. El dolor es mínimo, y sigo teniendo sobre esta pierna casi toda voluntad... Sólo extraño bailar —sonrió, escondiendo en aquella broma una lástima desgarradora.

Calista comprobó que la transparencia de aquellos ojos era absoluta. El conde no podía mentirle, ni esconderle sus sentimientos, mientras ella luchaba arduamente por esconder los suyos.

Tras una copiosa comida, llena de anécdotas narradas por la madre de Calista y por el conde, que parecían disfrutar por igual, Calista notó que, aunque en aquel despliegue de historias ella no había tenido mucho que puntualizar, lo había disfrutado, como hacía tiempo que no disfrutaba de una buena compañía.

El conde invitó a la madre de Calista a recostarse en uno de sus sofás.

—Madame, permitidme que haga llamar a uno de mis criados. Vino a servirme desde las lejanas tierras de Egipto, y de allí trajo un arte para el masaje que os sorprenderá.

El conde ordenó que sirvieran a la madre de Calista como a una reina, con el solo propósito de mantenerla absolutamente distraída, mientras él se aseguraba del bienestar de su hija.

Calista sonrió cómplice, al ver a su madre tan encantada con el servicio. El conde y la muchacha salieron al patio interior del palacio, en el que una hermosa fuente les hizo compañía.

—Sois muy generoso, mi señor. Hacéis muy feliz a mi madre —le agradeció la joven, sentándose cuidadosamente junto a la fuente.

—Sin embargo, no he venido hasta Verona por vuestra madre, a pesar de que me llene de satisfacción verla feliz. Tampoco he venido por Verona, aunque simplemente con contemplarla siento la vida corriendo por mis venas —negó el conde—. Calista, hace unos meses vuestra madre me invitó a visitaros, sugiriendo que la niña que antaño conocí había desaparecido, y que su lugar lo ocupaba una hermosísima mujer... cuyas cartas llegaban a mí con

cada luna nueva. Encontré que la simpatía de vuestra madre era poco reservada...

—Lo lamento, mi señor —se avergonzó la joven.

—No, Calista —sonrió él—. Vuestra madre es una buena mujer. Pero es más simple que vos.

—Gracias por elegir palabras delicadas.

—Calista, ¿no sabéis por qué estoy en Verona?

—Mi madre os ha confundido...

—En absoluto —respondió él.

—No os comprendo...

—Le respondí a vuestra madre que sólo una invitación vuestra me traería a Verona, si el fin era fascinarme con vuestra belleza. Erré en creerla mundana, pues aquí estoy sin vuestra invitación y casi asfixiado por vuestro aspecto de mujer. No me juzguéis primitivo, que fueron antes vuestras cartas las que de vos me enamoraron.

Calista agachó la mirada, abrumada.

—No, no os escandalicéis —le pidió el conde—. No he venido a Verona para confesaros lo que ya sabéis. He venido porque ante todo soy vuestro amigo, y en vuestra última carta os pude oír llorar —Calista alzó la mirada, incrédula—. No sé quién es el pobre diablo que os rechaza, o que no os escucha. Sólo sé que perder las manos, el oído y los ojos no cambiaría nada en él... Así lo entiendo yo. Lamenté terriblemente que mis cumplidos os hirieran, sólo porque los recibís de mí y no de él, como hubieseis deseado.

Calista jamás se había sentido tan sumamente abrumada.

—Por favor, conde, no soporto que me recordéis lo desagradecida que soy. Os suplico que perdonéis esas palabras. Qué rudeza la mía...

—A veces, Calista, la verdad duele. Y vos, por fortuna o por desgracia, nunca mentís. He venido a Verona para hablar con ese necio. Y no me iré hasta que os vea con mis ojos —Calista, con la voz ausente, se puso torpemente en pie para enfrentar la mirada del conde—. Puedo no ganar a una amante en vos, pero no puedo de ninguna de las maneras perder a mi amiga... —el conde tomó la mano derecha de la joven, aquella que ella usaba para escribir, haciendo que el vello se le erizase—. En esa última carta vuestra noté que alguien estaba acabando con esa mujer a la que tanto admiro. Estoy en Verona porque no puedo permitirlo.

Calista liberó delicadamente su mano, se acercó al conde y le besó en los labios, sabiendo que para él no existía un mayor gesto de agradecimiento. Un

beso más sincero que cualquiera de los que jamás hubiese dado. Calista lo encontró delicioso, y aunque su corazón no se desató, sus labios habrían podido besar los del conde hasta el anochecer.

Capítulo XXIII

Aún podía sentir el sabor de aquellos labios extranjeros, cuando a la luz de los candelabros los criados sirvieron el mejor vino francés en su copa de oro. Calista observaba al conde, sentado junto a ella, mientras su madre se tambaleaba por la sala, tras admirar la ciudad iluminada a través de los ventanales.

—Qué hermosa noche —juzgó la dama—. Nadie diría que pronto llegará el invierno.

—Es una suerte que aún gocemos del calor que dejó agosto —respondió su hija, brindando con el conde.

—Sin duda alguna, querida —se sentó a la mesa la señora—. Oh, no, no, gracias —dijo al criado que iba a servirle la copa de vino—. Si bebo más acabaré por caer sobre mí misma, y menudo espectáculo sería ese...

Calista sonrió ante las burlas de su madre. Aquella sonrisa, acompañada de una sutil risa cristalina, era recibida por el conde, en silencio y con una discreta expresión de satisfacción.

—Vuestra generosidad no conoce límites, mi señor —habló la dama, sin notar que él estaba absorto, mirando a su hija—. Rechazaré el vino, pero no un poco de ese impresionante faisán. ¿Y de dónde proviene el caviar?

—De París, madame —respondió un siervo.

—Oh, ¡qué maravilla! conde, qué afortunado sois... Si yo pudiera ver mundo como vos, no tendría tiempo de volver a Verona —rió la dama, dando cuenta de los manjares, habiéndose pasado ya un poco con los brebajes.

Su embriaguez le impedía ver que su anfitrión no podía esperar a que el vino hiciese efecto y consiguiera dormirla. Los gestos del conde, calmados y escasos, eran el resultado de un esfuerzo titánico por soportar el paso de los minutos. No sabía si era más evidente su forma de mirar a la joven, o la respiración de ésta...

Recibiendo del conde una sutil señal para que llenase de vino la copa de la señora, mientras se distraía en comer, el sirviente obedeció. Apenas había llenado la copa del todo, cuando la señora la tomó sin más y bebió encantada. El conde sonrió discretamente ante aquella singular escena.

—Madre, comportaos —rió Calista, fingiendo vergüenza—. Estimo que ya es buen momento para marchar a casa.

—Oh, hija mía, no me atosigues tanto. A mis años, comer tranquila es un deber —volvió a tomar de la copa—. Ya habrá tiempo de volver a casa.

—Quizás preferáis dormir en el palacio —sugirió el conde, siguiéndole el juego a Calista.

—¿Cómo podéis, querido conde, ser tan atento? La vergüenza caiga sobre mí, si abuso de vuestra confianza un segundo más —apuró la copa la señora, cometiendo la imprudencia de ponerse en pie.

—¡Madre! —exclamó Calista, al contemplar como su progenitora casi caía al suelo.

El alcohol corría por las venas de la dama, y ya adormecía sus sentidos. Con un nuevo gesto del conde, dos de sus siervos ayudaron a la mujer a incorporarse y a caminar con los ojos ya casi cerrados por el sueño. A rastras la sacaron de allí, para dejarla en una confortable estancia. Los demás camareros supieron entonces que su señor no deseaba ser molestado y que su presencia ya no era requerida en el salón. A paso ágil, todos salieron de allí.

Al oír el portón cerrarse definitivamente, Calista suspiró. No podía imaginarse lo tranquila que se sentía a solas con él. Tomó su copa de vino y acabó de beberla.

El conde se puso en pie y, alejándose un poco, habló con gravedad.

—Nada en este mundo deseo más que haceros mía esta noche. Pero no debéis permitírmelo, porque vos sabéis que amáis a otro, y yo con gusto lo olvidaría. Decidme, ¿porqué rechazasteis mi ayuda con un beso que me calmara?

Calista, aún en su silla de caoba, respondió.

—Porque, aunque tarde, ese hombre ha expresado su intención de redimir sus errores. No es necesario que le concedáis al ciego el milagro de la vista..., ese milagro ya se obró. De rodillas me pidió que le perdonara.

—¿Y lo hicisteis?

—Sí.

—Ah... la crueldad de la mujer. Me habían hablado de ella, pero no creí que fuera a verla en vos —la sonrisa del conde mostró deleite—. Le perdonasteis sin misericordia. Le negasteis un rosario que rezar. Pero su arrepentimiento continúa y vos no estáis a su lado.

—En demasía me hirió.

—¿Tanto como para que dejaseis de amarle?

—Yo no amaba a ese hombre —respondió, como quien responde a un gran insulto—. Amé a un hombre de honor que interrumpió mi llanto con la intención de procurarme consuelo. Pero ese hombre, de pronto, tornó en un bárbaro que no quería escuchar ni una sola de mis palabras... No, no podía amar sino el recuerdo de aquel galán en el río. Llevo largo tiempo preguntándome dónde estará.

—Y de pronto lo volvisteis a encontrar, de rodillas y abatido.

—No es mi culpa que mi piel le aterrara todo este tiempo.

—¿Y lo amáis ahora?

—El velo de la ignorancia ha caído de sus ojos. Ha escuchado, al fin, mis palabras sin confundir mi deseo —recordó entonces el cofre con el broche y el cepillo de plata—. Ese bárbaro ya no existe, y ha regresado la cordura de aquel caballero al que tanto he soñado... Nada más podría desear que acoger entre mis abrazos aquello que ahora me ofrece.

—¿Y por qué seguís aquí?

Calista se puso en pie, dejando que la luz de las velas insinuara sus curvas, y enfrentó al conde.

—Porque ahora soy yo la que le tiene miedo a él.

El conde, comprendiendo bien, se acercó a ella y la observó de arriba a abajo, admirando sus dones abrazados por aquel celoso vestido rojo. La rodeó hasta que ella, inmóvil, quedó de espaldas a él. Con sumo cuidado, apartó sus cabellos y los pasó por encima de su hombro, dejando la curva del cuello desnuda. Posó una mano sobre la cintura de la joven, recibiendo de ella un impulso, al notar que con fuerza tomó ella esa mano, sólo para sentirla y liberar su propia tensión. Ese gesto hizo que el conde la atrajera hacia sí hasta poder oler sus cabellos y susurrarle al oído.

—No habréis de temerle, Calista... Voy a enseñaros todo cuanto debéis saber para al más inalcanzable de los reyes convertir en el más atento de los esclavos.

Capítulo XXIV

A la luz del amanecer, Calista se desperezó entre las sábanas del conde. Había dormido más profundamente que nunca. Estaba sola en aquella gran habitación, preciosistamente iluminada a través de los visillos blancos. Su vestido rojo la esperaba sobre la silla, junto al escritorio, pero Calista jamás había encontrado tan increíblemente bella su propia desnudez.

Notó entonces que el pomo de la puerta se abría. El conde, listo para salir a ver la ciudad, sonrió a su alumna.

—¿Os marcháis? —preguntó ella.

—He de visitar la ciudad. Los chismes del pueblo ya han dado cuenta de mi presencia en Verona, y no puedo decepcionar a sus gentes. Había pensado en pasear por el mercado; no recuerdo mejores dátiles que los que llegan a esta ciudad.

Calista sonrió, asintiendo.

—Estáis imposiblemente hermosa —murmuró él, sin poder ni querer callarlo.

—¿Puedo poner en jaque vuestra elegancia y pedir os quedéis aquí? Las delicias que me rendisteis anoche invaden mi memoria cada segundo.

El conde sonrió, como quien se cuida de no contentar los caprichos de una niña pequeña, con toda la dulzura del mundo.

—Tentador sería, sin duda. Os ruego que no lo intentéis —le concedió él, acercándose a sentarse junto a ella—. No hay nada más que yo deba mostraros. Es a otro hombre al que debéis tentar ahora.

—Sois un mago —respondió ella, acercándose a él—. No os imagináis lo poderosa que me siento en este amanecer. Sólo ahora sé cómo se ve la rosa roja, colmada de rocío y sabedora de su magnetismo, mientras sus púas la protegen. Así que esto es ser mujer...

—Aún os queda por conocer algo más —negó él—. Confío en que vuestro caballero sabrá complaceros y revelaros ese último secreto. Os he dado todo cuanto necesitabais, pero nadie podrá decir que os he arrebatado nada.

—Solo la buena conciencia, mi señor —sonrió ella.

—Mea culpa —respondió él, recibiendo de Calista un último y delicioso beso.

Calista y su madre llegaron a la casa, estando la señora terriblemente indispuesta.

—Os acompañaré a vuestro lecho, madre. Mejores mañanas habéis visto...

—Estaré bien, querida, o al menos lo estaré mientras puedas conseguir agua fría para mis pies.

—Lo que deseéis, madre.

Recostada quedó la señora en su cama, sin fuerzas casi ni para respirar. Apenas la liberó Calista de sus zapatos, la señora volvió a dormir profundamente. La joven suspiró con una sonrisa y la dejó descansar.

Al entrar en su alcoba, vio que su ama limpiaba su espejo.

—Oh, señorita, no os oí llegar —la reverenció—. ¡Habréis de contármelo todo! Del conde apenas recuerdo que...

La sirvienta calló entonces, observando detenidamente el rostro de Calista. Sin mucha discreción, le observó también las manos. Respiró un tanto sobrecogida.

—¿Estás bien, mi querida ama? Pareces haber visto un fantasma.

—Señorita... yo no...

—No tiene importancia —juzgó Calista, sin darle tiempo a ordenar sus pensamientos—. Necesito que hagas un recado. Deja esos trapos; mi espejo nunca brilló tanto.

Guardando un nervioso silencio, la sirvienta obedeció. Calista rebuscó bajo su cama y sacó de allí el hermoso cofre de madera tallada. La sirvienta abrió los ojos como platos.

—Lleva esto al palacio de los Montesco.

La sirvienta frunció el ceño, absolutamente confundida, pero no dijo ni una palabra.

—Y esta vez, no quedas a la puerta esperando respuesta alguna. Sólo deja el cofre y di que se lo entreguen al señor de Montesco. Una vez que hayas cumplido, regresa a casa. Me apetece salir a pasear —dijo, entregándole el cofre—. ¿A ti no?

Capítulo XXV

—Mi señor —se inclinó ante el Montesco un siervo, mostrándole el cofre de madera.

El caballero, que almorzaba con su cuñada, palideció al instante. La viuda, llena de curiosidad, guardó silencio al observar aquella expresión.

Con un gesto torpe, el señor de la casa abrió el cofre, encontrándose con las piezas intactas y ni un mensaje que le consolara. Ante la mirada de su cuñada, Montesco permitió al siervo mostrarle a la señora el tesoro en el interior.

—Llevad el cofre a la habitación de mi hermana —ordenó él, para sorpresa de su cuñada, quien nada objetó.

El siervo les dejó solos.

—No creí que la hija de un duque fuera a ser tan descarada —murmuró la dama, con un agrio aire de sarcasmo—. Aunque es un regalo abrumador que a cualquier joven hubiese impresionado en demasía. Nunca había visto esas piezas, ¿las mandasteis crear para ella?

El Montesco no pudo pronunciar palabra.

—Bueno, será un placer quedármelas —sonrió la viuda—. Y os deseo más suerte en vuestra siguiente conquista. Aunque puede que prefiráis insistir un poco más, antes de rendiros... Una futura duquesa no es fácil de complacer —dijo, llevándose unas cerezas a la boca.

El Montesco la miró muy serio.

—Disfrutáis con esto —sentenció, dando por finalizada la farsa.

—La hija del Duque de Milán es una furcia que no rechazaría ni un cabello de plata —sentenció la viuda—. Pero que esa joven a la que agasajáis no sea una Grimaldi convierte este gesto en algo muy provocador —respondió la viuda, en voz baja, casi sin atreverse a decir lo que pensaba—. Ni en sus mejores sueños podría ella haber poseído tesoros así.

—No tenía por qué aceptarlos.

—Hubiese bastado con tirarlos al río. Devolvéroslos es un insulto del que...

—¡Basta!

La viuda calló al instante, sin sentirse culpable, ni vencida. Siguió comiendo frutas, resignada.

El Montesco se puso en pie y se marchó a paso rápido hacia su biblioteca, dejando a la dama con sus clarividentes pensamientos.

Aquella enorme sala, iluminada por amplios ventanales desde los que se divisaba el paso del Adigio, siempre le procuraba serenidad, mas no era momento de bajar la guardia. En algún lugar, entre todos esos libretos y pergaminos, se amontonaba su infinita correspondencia. Todo se hallaba cuidadosamente atesorado por sus siervos, incluso aquello que había sido calculadamente ignorado.

Una de sus criadas, que limpiaba los suelos de la enorme sala, le reverenció y, viendo lo acelerado que estaba, se atrevió a preguntar.

—¿Desearía el señor que enviase a alguien para ayudarle a encontrar aquello que busca?

—Sólo marchaos y procurad que nadie me moleste. Un guardia preciso a la puerta de este santuario... —murmuró, enfrascado en su búsqueda entre cartas y sellos.

La doncella le volvió a reverenciar.

—Como ordenéis, mi señor —respondió, abandonando el lugar.

Como un loco buscó Montesco la carta que casi un año antes había recibido, firmada por Calista, y que ahora era incapaz de encontrar, dada la mísera importancia que entonces le concedió al mensaje.

—Hasta el Sol se rinde —murmuró, observando que la tarde caía—. Pero aguarda, paciente Febo, que tus áureos jirones aún me ayudan a ver...

Montesco escudriñó lo más profundo de la última estantería, dando al fin con un sobre ya lleno de arrugas y empolvado de olvido. Un sello que le era casi desconocido cerraba la misiva, un humilde escudo que antaño estuvo unido al de sus antepasados... Y cuánta miseria pudo sentir aquel caballero al comprobar que, agotados de esperar en el abandono, la carta y su sello estaban intactos.

Capítulo XXVI

Los nudillos de la sirvienta llamaron a la puerta de Calista. La joven terminaba de dibujar un mapa de estrellas, habiéndolas nombrado todas, y dispuesta a continuar con su estudio aquella noche, antes de que el otoño trajese las nubes. Su asiento ya aguardaba junto al balcón.

—Adelante —permitió Calista.

La criada abrió la puerta con cuidado. Temblaba nerviosa.

—Señorita, disculpad que os interrumpa —se excusó, admirando de reojo el dibujo—. Es para vos.

Calista alzó la mirada y observó que con sus manos temblorosas, la sirvienta le entregaba un sobre con el sello de los Montesco. La joven miró a los ojos de la criada, pero ella miraba a sus pies, realmente abrumada. Calista tomó el sobre sin aspavientos.

—Lo leeré más tarde —dijo, dejándolo sobre su mesa, y con intención de volver a su dibujo.

—Os ruego, señorita... —pudo responder a duras penas—. Os ruego que la leáis ahora. Un siervo espera vuestra respuesta.

Calista quedó impresionada con aquellas palabras. Lo pensó un momento, suspiró profundamente, y cedió. Hizo un gesto para que su ama la dejase a solas, se sentó en su escritorio y rompió el sello para proceder a leer el mensaje. Para su sorpresa, de aquel sobre se desprendió su propia carta, provocándole un vuelco de corazón. Su mensaje, cerrado...

—Nunca lo leísteis... —murmuró, comenzando a sentir una sutil indignación—. Me dijisteis pueril, irrisoria..., y ni siquiera lo leísteis...

Tomó el sobre, lo acercó a la vela que iluminaba su espejo, y dejó que ardiese hasta convertirse completamente en cenizas. La joven ni siquiera pestañeó. Al ver las vetas de fuego rojo recorrer el mensaje quemado sobre su escritorio, deseó no volver a pensar nunca más en aquella carta.

Sin embargo, no era aquello lo único que el Montesco le había hecho llegar. En aquel sobre había una breve nota...

A la dama Calista,

Nunca supe qué palabras me dirigíais en esta carta, y asumo la vergonzosa culpa de no darles importancia. Mas a fe mía que ignoraros cuando habláis es un imposible.

Sólo me queda confesar... Os amaría, como hombre alguno amó en toda Europa, si no fuera porque mal os juzgué, y caro he de pagar mi error.

Decís haberme perdonado, y saben bien el día y la noche que tal privilegio no me satisface. Dadme un segundo de vuestro tiempo para pedir os que seáis benévola al considerarme y que me concedáis una sonrisa si la fortuna me permite el regalo de vuestra presencia.

Mi respeto y mi admiración no encontrarán reposo hasta que tengáis a bien atenderlos en vuestros brazos.

—De Montesco —murmuró Calista, pasando sus dedos sobre la firma que cerraba la carta.

La joven pudo sentir el peso de aquellas palabras apretando su corazón. En aquel anochecer era ella más fuerte para soportarlas que en los atardeceres anteriores, y a pesar de todo sabía que amaba al hombre que con aquellas líneas le suplicaba por una sonrisa.

Unos breves golpes en su puerta anunciaron que la criada estaba de vuelta.

—Señorita... —se aventuró—. Decidme si tenéis respuesta para el mensajero.

En silencio, la muchacha observó la carta, y atendió a su respiración, su corazón latiendo a ritmo firme y sus mejillas a punto de acoger una sonrisa que ella no se permitió.

—Dile al mensajero...

—¿Sí?

—Que, como otros más sabios que yo me enseñaron, nunca es tarde si la dicha es buena —respondió, tomando con cariño el rostro de su ama.

—¿Señorita? —preguntó, confusa, la criada.

—Dile al mensajero que esta carta me ha regalado la felicidad que durante meses he buscado hasta perderme —liberó entonces una sonrisa verdadera.

La sirvienta, sin salir de su asombro, hizo una breve reverencia y la dejó sola.

Calista tornó hacia su escritorio, y, con sumo cuidado, tomó un viejo

ejemplar de Las Metamorfosis, para proteger entre mitos e Historia aquella preciada carta. Apenas devolvió el libro a su lugar, cuando, dispuesta a retomar su dibujo, encontró que la puerta de la alcoba se hallaba abierta, y que frente a ella quedaba en pie el señor de Montesco.

La sensación de que todo su cuerpo respondía ante aquella presencia la embargó con un golpe de vida.

—Me habéis encontrado —habló ella, sin poder creerse a sí misma capaz de tal hazaña.

—De haber prestado atención a vuestra carta, habría sido minúscula esta enorme confusión... —asumió él—. Reconocí vuestro escudo en el sello.

—Mi madre jura que los Montesco nos han olvidado.

—Espero no ofenderla si la contradigo rotundamente —el caballero se acercó a ella con cautela—. Hay un Montesco que jamás os olvidará, y que aún tiene la esperanza de que vos no le olvidéis a él.

—Sólo una memoria vuestra tengo que quisiera recordar, pero tantas otras amargas la aderezan... —se lamentó ella, tomando entonces las manos de aquel hombre y sintiendo que no eran en ese momento más fuertes que las suyas—. Ofrecedme algo más.

El Montesco se dejó guiar por ella, quien tomó asiento en su lecho, dejando que él se postrase de rodillas. Sin entender cómo sus ojos podían soportar el brillo de aquellos, la miró con una expresión desarmada. Nunca un hombre se halló tan rendido ante una mujer.

—Mi señora... Aunque rechazaseis cien veces mi corazón, os lo volvería a entregar en bandeja de plata, porque os merezco a vos y no a otra.

La dama, incapaz de soportar el efecto de una palabra más, entregó sus labios a los del Montesco y selló así una alianza de amor eterno.

Capítulo XXVII

Únicamente las nieves que cubrían Verona competían en palidez con el majestuoso vestido de Calista aquella mañana, en pleno corazón de diciembre. El Sol brillaba abandonado por las nubes, y el río iba helado. Era un bellissimo día de invierno.

La noche había sido mansa con la joven, librándola de mareos al despertar. Se miró ante el espejo, ataviada como la más hermosa de las novias, con el vientre preñado. Para ella no existía fortuna mayor que saberse acompañada por su hijo, aún en sus entrañas, el día de su boda.

El escándalo había sobrevolado la noticia del enlace. Una parte de Verona reverenciaba al Montesco, y callaba ante su unión en pecado con una mujer de menor rango. Para la familia Montesco no cabía duda alguna de que pronto la adorarían como su señora. Sin embargo, muchos habitantes de la ciudad estaban indignados por la unión, especialmente desde que el rumor del embarazo previo a las nupcias corrió como la pólvora.

Uno de los veroneses que mostraron su disconformidad fue Fray Filippo, quien debía casarles por orden del Príncipe de Verona. El clérigo se negó a hacer sonar las campanas, a modo de protesta, aunque no sirviese aquello ni para frenar el enlace ni para disminuir la felicidad de los contrayentes.

Calista llegó a la iglesia acompañada de su madre. Allí, su buena ama derramaba lágrimas de alegría, llevando de la mano a su pequeña hija. En primera fila, entre otros distinguidos nobles, se hallaba la Baronesa Grimaldi, quien reverenció a la joven cuando ésta pasó ante ella. Había muchísimas máscaras que engalanaban el lugar; toda muestra de celebración y alegría era poca para los nobles de Verona. El príncipe en persona era testigo de la unión, y ocupaba un trono a la diestra del altar como muestra de su beneplácito.

El señor de Montesco creyó ir a morir de felicidad al contemplar la belleza de aquel día reflejada en las pupilas de la mujer a la que amaba. Junto a él, su cuñada, siempre de riguroso negro, y su sobrino sonreían encantados.

Montesco recibió a Calista, tomando su mano junto al altar. No podía esperar a besar a esa mujer, sabiendo que se acababa de convertir en su

esposa. Y ese beso, que compartieron tras una ceremonia breve y emotiva, les llevó a la celebración más grandiosa que se recordase en Verona.

Desde las plazas hasta el palacio de los Montesco, la ciudad entera contaba con música, fuegos y danzas por doquier. Era un día para el recuerdo, sin lugar a dudas, pero para aquel bebé era un día más... Estaba Calista en medio de los bailes cuando se encontró indispuesta. Sin frenar la celebración, la recién casada pidió que su madre la asistiera.

Uno de los patios traseros del palacio se hallaba desierto. Allí, sentada en un banco de piedra, la joven sonrió a su madre, mientras hacía un pequeño esfuerzo por respirar profundamente aire fresco.

—Va a ser un buen hijo —sonrió la señora, posando su mano sobre el vientre de Calista—. Tiene mucha vida, querida.

—Gracias, madre.

—Iré a buscar un poco de agua fresca —le dijo, besándole la frente y percibiendo el olor a rosas en su cabello.

Al verse sola ante la naturaleza nevada, Calista se puso en pie y caminó. Sintió el suelo bajo sus pies y le pareció inmensa la sensación que le recorrió el cuerpo entero... Tan extrema era su felicidad. Cerró los ojos para oír el profundo murmullo de la celebración, que anegaba el palacio.

Un sonido más escalofriante, y mucho más cercano, congeló entonces sus sueños. La joven abrió los ojos de repente, y se dio la vuelta para observar con sus propios ojos lo que sus oídos ya le habían augurado. Una espada desenvainada, recién clavada en la nieve.

—Tú, Capuleto... —murmuró ella, enfrentando aquellos ojos de halcón—. Ni en mis malos sueños te vi regresar.

—Mi señora de Montesco —respondió él, expulsando en aquel vocativo años de desprecio.

—Quitaos esa ridícula máscara.

—Me dais órdenes sin que os tiemble la voz...

—¡Quitaos la máscara, que estáis en mi casa! Enfrentadme sin ella, si aun os queda valor para eso —ordenó de nuevo, con absoluta firmeza.

Teobaldo se deshizo de aquel antifaz, mostrando su rostro, tan cambiado quizás como el de ella. Era aquel el rostro de un hombre cuyo corazón acogía todo el frío de aquel invierno

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella, deseosa de verle desaparecer.

—Tiempo hace que me prometisteis vuestra vida.

—Y os cobrasteis bien cara esa promesa. Tanto os importaba la palabra de vuestra tía, que, sin poder para contradecirla, arrojasteis mi confianza al vacío. Os fue indiferente lo que yo pudiera sentir; sólo queríais superarla a ella.

—Marché a enfrentar los mayores horrores que habrán de ver los hombres, en busca de mi propio honor.

—El mayor horror es la traición de un ser amado, y vos de honor no entendéis nada. Casi dos años han pasado desde la última vez que siquiera me dirigisteis la palabra. Sólo una pasión existe en vuestro intrigante corazón, Teobaldo, y lo que os apasiona es la muerte —sentenció ella.

—Mi tía sabía de nuestra mutua promesa. Escandalizada por la noticia de vuestra boda, me hizo saber que la mujer a la que prometí mi amor se había convertido en la furcia del Montesco. Y no sólo encuentro que os casáis con mi mayor enemigo, sino que ahora contemplo vuestra vulgar bajeza... Habéis otorgado esa vida que a mí me prometisteis al legado de la única familia en el mundo a la que aniquilaría con mis propias manos.

Calista relajó su mirada de odio, comprendiendo que con tal barbarie por bandera, no merecía la pena el esfuerzo...

—¿Señaláis mi vientre, vos que intentáis ser más grande que la señora Capuleto? El de ella está tan seco como su corazón, y su castigo es, dicen los rumores, envidiarme porque años lleva deseando dar a luz a un heredero —la señora de Montesco observó la ira en los ojos de Teobaldo—. Así que es este el monstruo del que todos me advertían —asumió ella.

—¿Sorprendida, mi señora?

—Absolutamente decepcionada —suspiró—. Lo cierto es que esperaba poder culpar al amor y deciros que estuve ciega. Pero mis ojos estaban despiertos; era el monstruo el que dormía.

—¿Qué insinuáis?

—Que os debilitaba mi presencia. Que nunca os conocí de verdad. Y de sobra sé que puse mi corazón a la altura de otro que no me igualaba en nobleza.

—¿Igualaros en nobleza yo a vos? ¿Compartir vuestro lamentable y paupérrimo apellido? Jamás osaría rebajarme tanto.

—Estáis herido. Herido en vuestro orgullo y vuestro corazón. Creéis sentir celos de mi marido, pero no se puede celar lo que no se tiene. Os corroe la insana envidia. No lamentéis la pérdida de lo que no supisteis mantener a vuestro lado.

—Los lamentos son para las mujeres. Yo celebro que la única mancha de debilidad en mi vida se haya borrado para siempre.

—Solo aquellos que tienen nuestro corazón en sus manos pueden herirnos. ¿Tan cobarde sois, que no llegasteis a poner el vuestro en mi poder? No puedo creerlo. Sí, soy vuestra debilidad y estoy estrangulando vuestro corazón, ya que mi amor pertenece a Montesco... Podría ser feliz sólo amándole a él, pero la justicia es dulce, y aunque quisiera resistirme debo relamer mis labios. Me alegro de condenar a la agonía vuestro corazón, Teobaldo, porque vos acuchillasteis el mío.

El Capuleto tomó de nuevo su espada y la envainó. Señaló entonces el vientre de la dama.

—Ese infeliz, al que vais a dar a dar a luz, será mi enemigo mortal. Y por mi escudo, que será una súplica por su vida lo último que sus labios arrojen bajo mi espada.

Le dio entonces la espalda a Calista, dispuesto a abandonar el palacio.

—¡Andaos con ojo en esta batalla, Teobaldo! —le frenó ella, desafiante—. Ese enemigo vuestro será en este mundo mi más certera razón para vivir, morir y matar.

19 años después.

Capítulo XXVIII

La caricia de la aurora en el estío besó sus mejillas para despertarla. La señora de Montesco suspiró al entender que el día había llegado, el primero del verano, y con él la vuelta a casa de su marido, quien casi dos años llevaba en la guerra. Una indulgencia había conseguido el Montesco en el campo de batalla, de manos de aquel a quien él creía un santo. La dama sintió un escalofrío al escuchar una llamada en su puerta.

—Adelante —permitió, cubriendo su cuerpo con sedas azules.

Tres doncellas le llevaban un desayuno digno de los dioses, que en menos de un abrir y cerrar de ojos sirvieron ante ella, marchándose con una reverencia, sabedoras de lo mucho que la incomodaban. Sólo una de ellas permaneció en la iluminada alcoba. Arrodillada ante la señora de Montesco, cargaba con un cofre que le ofreció. Una vez más, como desde el día que el Montesco partió, una muestra de aprecio llegaba para ella.

—Un obsequio desde el Averno —murmuró la señora, al abrir el cofre y encontrar el collar árabe de alguna mujer con peor suerte que ella—. Llega esta alhaja desde algún monte arrasado, lleno de moriscos sin vida. Y no sólo debo aceptarla, sino llevarla... —la dama se puso en pie, tratando de esconder su consternación—. Asegúrate de que no hay restos de sangre en él.

—Sí, mi señora —respondió la sierva, poniéndose en pie, a punto de marchar.

—Espera. Dime si mi hijo está en palacio.

Había sido una orden, pero a la criada le pareció la más desconsolada de las súplicas. La señora la miraba a los ojos, esperando una respuesta.

—Mi señora, vuestro hijo marchó antes del amanecer. Dijo que se dirigía

a...

—Por supuesto. Al bosque —lamentó profundamente la dama—. He de prepararme. Haz pasar a mi nueva ayuda de cámara y retírate.

—Mi señora —la reverenció, marchándose entonces.

De entre los manjares de la mesa, la señora de Montesco optó simplemente por una breve copa de Jerez. Ni su estómago, ni su mente le pedían nada más en absoluto. Se deshizo de sus sedas azules y se vistió de color marfil para no sucumbir al calor del verano.

El amanecer ya estaba avanzado cuando volvieron a llamar a su puerta.

—Adelante —respondió desde su escritorio.

—Mi señora, vuestra ayuda de cámara.

—Dejadme verla —dijo, poniéndose en pie.

La sirvienta hizo pasar a una joven de caminar tímido y cuerpo discreto.

—Déjanos a solas —ordenó a la sirvienta, quien desapareció cerrando las puertas tras de sí.

La señora de Montesco se acercó a la joven, quien no se atrevía a mirarle a los ojos. Tomó con delicadeza su barbilla y la alzó para obligarla a enfrentar su mirada. La dama pudo leer esas pupilas como si de un libro abierto se trataran.

—Tienes los ojos de tu familia —le concedió la dama—. Los mismos ojos que la mujer que ayudó a mi difunta madre a criarme.

—Mi tía cuenta maravillas de vos, mi señora.

—Siempre fue generosa —entonces la dama cambió de asunto—. Ya has visto a mi marido —adivinó.

—Sí, señora. He ayudado a servir su desayuno en el Gran Salón —admitió ella.

—Y dime, ¿ha posado sus ojos en ti?

—No lo sé, señora —respondió, agachando la cabeza, muy abrumada—. Juraría que no...

La dama dio una vuelta alrededor de la doncella, comprobando que poseía hermosos dones, a pesar de su corta estatura. La doncella, por su parte, no creía haber visto mujer más hermosa en su vida.

—Así debe ser —dijo la señora—. Puede seducir a todas las demás, si le place. Pero a ti no. Tú eres mía, y no su juguete. Ven, que quiero que me muestres lo que sabes hacer —señaló bajo su lecho—. Toma ese cofre y ábrelo —le ordenó, sentándose frente a su espejo.

La doncella obedeció, encontrando una colección de cepillos de plata

que la dejó sin aliento.

—¿No es mi marido un hombre agradecido? —preguntó la dama, sacando a la doncella de su asombro.

—Sin duda, lo es, mi señora —respondió la joven—. Y afortunado por contar con vuestro amor.

—Por favor, no finjas ceguera, que bien abiertos están tus ojos color miel —le dijo la dama, mirándola a través del espejo.

—Perdonadme —la doncella quedó abrumada—. Callaré desde este instante.

La joven se acercó a la señora de Montesco y le ofreció el cofre abierto, a la espera de que ella eligiese la pieza. El recelo de aquella mujer a siquiera observar aquel tesoro era revelador. Los amaba en su belleza y en su significado, pero algo en ellos la molestaba. Por fin eligió uno. La doncella lo tomó, y con mucha delicadeza comenzó a peinar los cabellos de su señora.

—Esos ojos color miel, ¿cuántas primaveras cuentan?

—Dieciséis, mi señora.

—Tu tía juró que eras virgen.

—Mi señora —asintió abrumada.

—Estás encinta.

Ante aquella acusación, la joven se vio desarmada, acorralada como un animal sin salida ante perros de caza. Su vida entera dependía de que ese secreto no saliese a la luz, y era terriblemente vergonzoso que la mujer ante la que debía causar la mejor de las impresiones fuese la que la descubriera.

—Atrevida, además de ilusa, eres pretendiendo confundirme. Mucho han visto tus ojos color miel. Lo suficiente como para desvestir de inocencia ese rostro —la dama tomó a la sirvienta por la muñeca que sostenía el cepillo, haciéndola parar. La miró a los ojos, con gravedad—. No deseo una doncella pura de cuerpo, sino de mente. Acuéstate con toda Verona antes de cumplir los diecisiete, pero no me mientas jamás.

—Mi señora.

—Puedes continuar —dijo, liberando la mano de la sierva—. Una mujer excepcional, tu tía. Ingenua, como desde la cuna comprobarías. Pero bondadosa.

—Es un honor que penséis así, mi señora.

—Lo es. ¿Cómo se encuentra ella?

—Mi prima la cuida en su propia cama, en el convento. No he conocido a una monja más pía que ella. Duerme en el suelo y al raso cada noche, pidiendo

a Dios que no se lleve aún a su madre.

—Madres, en este mundo, he conocido más de una. Ella es la única que me queda con vida —susurró la dama—. Esa mujer no cuidó de su hija porque le ocupaba el criarme a mí. Sin embargo, la hija cuida de la madre... El amor verdadero tiene tantas formas... —entonces, sólo en apariencia, la dama pareció hablar de otra cosa—. ¿Conoces los pecados capitales?

—Sí, señora.

—Entre todos ellos, uno domina nuestro sexo, y es el más venenoso. Mientras los demás se inventaron por el orgullo y el placer, éste lo creó la miseria... Maldita envidia...

La señora observó, a través del espejo, que para la sirvienta aún era pronto como para mirarla a los ojos. Seguía sin poder hacerlo.

—¿Me profesas envidia?

Aquella pregunta lo consiguió. La doncella cruzó su mirada con la de su señora a través del espejo. Ella había sido pobre toda su vida, pero por fin se había convertido en la sierva de una gran familia de Verona, viviría en el palacio de los Montesco, serviría a una de las grandes damas de la ciudad... Sin contar que estaba enamorada y que era correspondida, que esperaba un hijo del hombre al que amaba y que no temía por él.

La señora de Montesco poseía muchas cosas, entre ellas una impresionante colección de peines y cepillos de plata, pero no era dueña de su vida, un sentimiento parecido al rencor se cebaba contra su marido, y las criadas cuchicheaban sobre el terrible dolor que le provocaba la constante ausencia de su hijo.

—No, mi señora.

La dama tenía sus ojos clavados en los de la sirvienta. Por un momento, pareció no poder pronunciar palabra alguna. Entonces, sonrió.

—Debería sentirme insultada, pero no puedo remediar mi complacencia. Requiere valor responder a esa pregunta con la verdad, y te he ordenado que no me mintieses.

Capítulo XXIX

Su carruaje paró ante el puesto de dátiles. Un exquisito manjar de tierras árabes que la dama no pudo ignorar. Su marido, al verla respirar profundamente el olor de las especias, se estremeció y sonrió.

—¿Gustáis de acompañarme? —le extendió su mano, galante.

Esa mano siempre había conseguido que en su mente mil dilemas se despertaran como lobos hambrientos en la noche.

—Mi señor —afirmó, dándole la mano a su marido, con una sonrisa discreta—. ¿Qué sería de mis veranos sin vuestra compañía? Tantas veces os eché de menos bajo el calor de julio...

—No habréis de extrañarme nunca más —besó la mano de su esposa, posando sus labios más tiempo del necesario, más tiempo del que marcaba el decoro; el tiempo que exigía una inmensa necesidad por saciar.

La dama suspiró, calmada.

Un lacayo, aún con rostro de niño, abrió la puerta del carruaje y reverenció a ambos nobles. Los Montesco pusieron sus pies en la Piazza delle Erbe y un murmullo les recibió. Fuese el miedo, la admiración o la envidia, los fantasmas del pueblo mascullaban chismes y tragaban acusaciones de traición y sangre. No siempre eran bien recibidos por la plebe de Verona, que, muy a su pesar, habría de respetarles por su privilegiado linaje.

Tras unos segundos siendo escudriñados por el populacho, los Montesco sintieron que todo volvía a la normalidad. La normalidad irremediable de que todos la amaran por su belleza y la odieran por su suerte.

—Mi señora —la saludó el lacayo, tras recibir de ella una moneda de bronce por sus servicios.

—Estáis más hermosa que nunca. ¿Quién podría ser tan iluso de creer mereceros sin cubriros de oro?

—Unos dátiles me harían feliz —respondió ella, tomando una ristra de flores secas en sus manos y haciéndolas pasar por un collar alrededor de su cuello pálido.

—Disimuláis complacencia —sonrió Montesco, observando que su esposa no lucía su reciente regalo—. Nunca es fácil haceros feliz a vos.

—Ver vuestros esfuerzos por agasajarme, lo consigáis o no, es una fortuna que jamás despreciaré —le obsequió ella, dejando las flores en el puesto—. Ahora me basta con teneros junto a mí, después de vuestra última campaña.

—Y porque definitivamente ha sido la última, no quepo en mí de felicidad. Dejaros sola en Verona, cuando todos saben de vuestros encantos, es tan propio de un necio...

—Sabéis bien que mis reservas son implacables, mi señor —sonrió ella, encontrándose con una mirada demasiado incómoda en los ojos de Montesco—. Decidme, ¿habéis relatado vuestras aventuras a nuestro hijo?

—Romeo está luchando su propia batalla. Una encrucijada ardua como ninguna. El amor le tiene consumido y ciego. Si pudiese escucharme, no lo haría.

Un suspiro molesto salió de los labios de la dama. Sacudió su cabeza, mostrándose incrédula y malhumorada.

—Maldigo el día en que puso sus ojos en esa mísera fulana pretenciosa —murmuró—. Una mujer que aleja a mi hijo, el sol de mi vida, de mí... y lo enloquece por un sufrimiento que ni por asomo se merece. ¿Cómo puedo permitir que torture a Romeo, sin desearle la peor de las suertes?

—Aún desconozco la historia, me temo... ¿Y a qué nombre responde la desdichada?

—Quisiera mi memoria haberlo olvidado por completo, pero martillea mis sienas cada día en desagradable espiral. Rosalía es el nombre. Que me perdone Dios el deseo que contra ella guardo.

Montesco acarició las mejillas de su esposa, que habían cobrado color por el odio. La tristeza de la dama era evidente cuando se trataba de su hijo amado, su obra maestra, su tesoro más preciado.

—No existe, querida esposa, peor sino que el de Rosalía —habló Montesco, con su voz profunda—. Tiene los ojos atrofiados, pues de otra manera, ¿cómo no prendarse de Romeo, quien la belleza ha heredado de la más hermosa de las mujeres de la cristiandad?

—Me embelesáis, mi señor —sonrió ella, pretendiendo calmarse, sin mirarle a los ojos—. Envidiosa además de cruel. ¡Qué desgracia de mujer esa Rosalía!

Montesco rompió a reír, encantado de ser testigo de aquel golpe de carácter, que tanto le aseguraba estar en presencia de su señora y no de otra.

Un murmullo emergió entonces entre las gentes, arrancando de golpe la

buena luz de aquella mañana. Los gritos cada vez se escuchaban más cercanos. La tranquilidad se quebró y el alboroto comenzó a reinar.

—¡Venid, venid! ¡Traed palos, picas y hachas! —gritaban unos, con las venas marcadas en la garganta.

—¡Muerte! ¡Muerte a Capuletos y Montescos!

Los ojos de la señora de Montesco, de pronto aterrados, ahogaron la respiración de su marido; tal era su expresión de pánico. Armado como iba, con su espada, Montesco desenvainó sin pensarlo ni por un segundo, y echó a correr raudo hacia la multitud al otro lado de la plaza. Sintióse por un momento desvanecer, la dama agarró su falda y siguió veloz a su marido hacia el caos, que a sus oídos era de pronto mudo... Su corazón parecía abrirse en dos.

El alboroto era indigno de familias nobles, pero un enfrentamiento a plena luz del sol y en la mañana de mercado no podía pasar desapercibido. La señora de Montesco observó a su marido desafiando a sus enemigos, y sin pensar en su vida se puso ante él, firme e inexorable.

—¡Capuleto infame! —gritó Montesco, al ver ante él a su enemigo—. ¡Dejadme pasar! —ordenó, a su esposa—. ¡Apartad!

—No os dejaré dar un paso más —habló ella, posando su mano sobre la que empuñaba la espada de Montesco.

El relinchar de un caballo hizo que la pelea perdiese importancia para el populacho. Todos quedaron en silencio al ver llegar sobre su corcel al príncipe de Verona. El pueblo entero se arrodilló al instante ante su presencia; todos, excepto los nobles que habían comenzado la disputa.

—¿Qué es este escándalo que empaña mi primer día de verano? ¡Envainad las armas, malditos locos! —enfurecido, el príncipe, descendió de su montura—. ¿No os bastan los años que a vuestras espaldas dejaron la sangre de ambas familias regando las calles de Verona? Para mí son ya demasiados, y castigaré severamente a quien ose continuarlos. ¿Ha de responder mi pueblo siempre ante vuestras peleas? Los nobles han de ser ejemplo, no excusa. No consentiré una sola afrenta más —la mirada del príncipe, oscura como los acantilados en los días lluviosos, heló las venas de todos los presentes—. Vos, Capuleto, vendréis conmigo.

Los Montesco observaron a su enemigo caminar a paso lento hasta la vera del príncipe, con la cabeza gacha y los ojos desafiantes. Su anciana esposa, la señora de Capuleto, tomaba del brazo al hombre más peligroso que los Montesco habían conocido: Teobaldo, el sobrino de Capuleto, quien

dirigía una mirada llena de rencor a un joven que se había arrodillado ante el príncipe. Benvolio, el sobrino de los Montesco, pedía perdón así en nombre de su familia.

—Sobrino... —murmuró Montesco, apenas pudiendo dar un paso hacia él.

—Vos, Montesco —habló entonces el príncipe, de nuevo sobre su caballo —, vendréis a buscarme más tarde. He de hablaros largamente en privado.

—Así lo haré —respondió Montesco, con una reverencia.

—¡Pena de muerte a los que permanezcan aquí y aviven esta arena de circo! —dictó el príncipe, iniciando el camino y abandonando el lugar.

La señora de Capuleto miró a Teobaldo y murmuró en su oído un deseo de venganza próxima. Era una víbora que alimentaba de odio las intenciones de su violento sobrino, quien estaba deseoso de quebrantar cualquier segundo de paz entre su familia y la de los Montesco. Siempre había sido arrogante, y por el tiempo tenía el corazón gangrenado.

Benvolio se puso en pie, enfrentando los ojos de Teobaldo. Éste, deseoso de acabar con la vida del pobre muchacho, dirigió su mirada a otra parte, como única alternativa a su furia descontrolada. Que aquellos ojos de basilisco decidieran mirarla a ella, dejó petrificada a la señora de Montesco. La dama tomó la mano de su marido y éste respondió apretándola, como muestra de protección.

Finalmente, los Capuleto se marcharon y la respiración de la señora de Montesco se liberó.

—¿Qué ha ocurrido, sobrino mío? —preguntó Montesco, aún en tensión —. ¿Habéis sido testigo de todo, desde el principio?

Benvolio secó el sudor de su nuca y suspiró profundamente.

—Que incluso nuestros criados se enzarcan en peleas callejeras no nos ayuda —respondió Benvolio—. Juro que intenté poner paz, pero conocéis de sobra a Teobaldo. Dadle una excusa para sacar la espada y tendréis cien muertes.

Sin embargo, nada de aquello interesaba a la dama, cuyo corazón se había desbocado por el pánico.

—¿Has visto a Romeo? ¡Cuánto me alegro de que no se encuentre presente en este enredo! —exclamó, llevándose una mano al pecho.

—Mi primo es un fantasma a causa del desconsuelo. Apenas se deja tocar por el Sol. Antes del amanecer se hallaba en el bosque de sicomoros, por el cual pasé sin perturbarle, sabiendo que prefiere estar solo.

—Allí va siempre a llorar... Pobre hijo mío —lamentó la dama—. Cuánto deseo que domine sus caprichos y vuelva a reinar sobre sí mismo.

—También yo siento lástima por mi primo —miró Benvolio entonces al Montesco—. ¿Sabéis qué le entristece, tío?

—No. Ni podría saberlo —mintió, valiéndose de un arte que dominaba mejor que el de la guerra—. Si hubiese de creer que es por causa de esa tal Rosalía, no lo creería. Romeo es discreto y sólo confiesa sus pesares consigo mismo. Tú, sobrino, puedes procurarle confianza y consejo. Quizás tu ayuda le sane el juicio.

La señora de Montesco miró a su marido y asintió, favoreciendo su interpretación.

—Ahí está vuestro hijo —señaló Benvolio, que divisó a su primo a lo lejos.

—Romeo... —murmuró su madre, quien había visto pasar noches y días sin su presencia.

—Escúchale y hazte escuchar, sobrino. Vernos a su madre y a mí aquí, entre murmullos de cizaña, podría desconcertarle —ofreció su mano a la dama—. Venid, esposa mía.

—Quisiera poder verle, mi señor...

—Le veréis —asintió Montesco, para hacer su voluntad—. Más tarde.

Obedeciendo, la señora de Montesco siguió su paso hasta el carruaje, pero le negó la mano a su marido. Tomó asiento y dirigió su vista hacia la ventana, sin pronunciar palabra. Montesco se sentó a su lado, respetando su silencio. El cochero comenzó la marcha y poco a poco se acercaron más al río, dejando de escuchar el murmullo del pueblo.

Capítulo XXX

—Os he decepcionado —se atrevió a decir Montesco, poco antes de llegar al palacio.

El silencio indignado de su esposa fue respuesta suficiente.

—No pretendo, de ninguna manera, alejaros de Romeo... Es mejor que ignore lo acontecido en la plaza —trató de explicarse Montesco, recibiendo la misma indiferencia de la dama—. Quizás ha sido mi gesto de desenvainar la espada el que os ha ofendido. Siempre os ha entristecido nuestra rivalidad con los Capuleto.

Entonces, la dama dirigió una mirada censora a Montesco, quien sintió ganas de tragarse su propia lengua. Mudo como estaba él, pudo hablar al fin ella.

—Regresáis de la guerra, sano y salvo... ¿y no ha pasado un día cuando volvéis a poner en riesgo vuestra vida? Ante mis propios ojos fuisteis a enfrentaros a ellos, sin juzgar el daño que me provocáis. Creí que mis pies no llegarían a vuestro lado antes de que Teobaldo...

Las palabras no fueron capaces de salir de sus labios temblorosos. La dama sintió una fuerte presión en el pecho al recordar los ojos del basilisco. Respiró y recobró la compostura.

Montesco, tomando las mansas y finas manos de su esposa, quiso calmarla.

—Quizás fui más imprudente en la plaza que en los campos de batalla sólo porque os tengo a mi lado. Vuestra sola presencia guarda mi sangre de ser derramada.

—Despreciaré toda poesía que siquiera acaricie el murmullo de vuestra muerte —le censuró ella—. Hoy sólo respondí a mis instintos —continuó la dama, sin saber cómo apartar sus manos de las de su marido—. Digo más... Pensar que Romeo podía estar en peligro fue una venda en mis ojos. Haría cualquier cosa por proteger a nuestro hijo.

Montesco habría querido sonreír, pero ante la visión de su esposa compartiendo sus debilidades sólo podía desarmarse aún más. Creerla vulnerable, herida, provocaba en él un deseo de protección que no podía

soportar. Montesco tomó el rostro de su esposa y acarició sus mejillas de nácar. Pudo sentir como aquella joven mujer se estremecía y agachaba la mirada, y entonces él sonrió.

—Aun con todos vuestros reproches, me salvasteis una vez más —dijo Montesco—. Ese Teobaldo nunca me arrebatará nada de lo que me es preciado —susurró, dejando las mejillas de la dama y buscando su cintura.

—No, mi señor —le impidió seguir ella, aún con los ojos rendidos—. No.

Montesco apartó, con delicadeza, sus manos del cuerpo de su esposa. La observó severo.

—Al ver de nuevo al anciano Capuleto he comprendido que tiene que usar a su sobrino para pelear contra mí porque él ya no es más que un pobre viejo, como un perro con fuerza para ladrar pero no para morder —dijo Montesco, mirando serio a su dama—. Tengo ventaja sobre mi enemigo porque la edad le hace débil... Pero su mente es más fuerte que la mía, ya que no contempla rendirse ni ceder a la paz para lo poco que le queda de vida. Yo quisiera que pudieseis respirar tranquila mientras os quede juventud. Eso quiero procuraros.

El carruaje frenó y el cochero descendió de su puesto para desatar los caballos.

—No he de ser yo vuestra única excusa, mi señor —respondió ella—. También por vos mismo deberíais buscar la paz. Y por Romeo. No habléis de la juventud que hay en mis venas, cuando aún tenéis en las vuestras.

—Apenas restos de ella... —suspiró Montesco—. Aunque eso nunca os ha importado, amada mía.

El lacayo abrió la puerta del carruaje, agachando humildemente la cabeza. Montesco salió de allí, dejando atrás a su esposa, casi huyendo de ella, en busca de algún lugar donde poder rezar.

Los pasillos de muros abiertos se dejaban traspasar por el brillo del Sol. El calor era sofocante. La alcoba de la señora de Montesco parecía estar demasiado lejos, como si cada paso de sus pies hiciese más largo el suelo de mármoles blancos. Los criados la reverenciaban, pero ella no podía siquiera mirarles.

Un guardia abrió para ella las puertas de sus aposentos, donde su paraíso terrenal estaba protegido de la inclemencia de Febo.

—¡Marchaos! —ordenó, agotada, a las criadas que dejaban jarras de

plata llenas de agua fresca y flores recién cortadas junto a su cama—. ¡Dejadme sola!

A paso rápido, todas salieron de la alcoba, cerrando las grandes puertas tras de sí. La señora de Montesco limpió el sudor de su frente con sus manos y sintió sus fuerzas flaquear. Un fortísimo dolor en su vientre la obligó a doblegarse, al tiempo que exhalaba un grito de dolor y se llevaba las manos a las caderas, apretando sus dedos contra su piel. Estaba encorvada, en el suelo, ahogando los gritos, sin poder moverse... Un puñal hundido en su vientre y retorciéndose en su interior no le habría procurado mayor dolor.

Se arrastró hasta su cama, procurando respirar despacio. Pudo sentarse en el lecho y notar, lentamente, cómo el dolor empezaba a menguar. Brotaba el sufrimiento con fuerza en cualquier momento, y se marchaba a paso calmado. La señora de Montesco exhaló aire pesadamente, sintiendo el sudor frío en su nuca. Que se retorciera su vientre era señal de buena salud, pues marcaba que su cuerpo sangraría inminentemente para cerrar su ciclo natural, como lo cierra cada luna nueva en el cielo nocturno. Tomó agua fría y echó de menos el sabor amargo de alguna droga que pudiese eliminar su tortura. Pero la droga no estaba junto a las flores o el agua.

Una sensación aún más poderosa que el dolor le invadió entonces. Relajada tras el sufrimiento, arrullada por el olor a vainilla y la música de las fuentes del jardín, que trepaba a través de su ventana para mecerla en la tranquilidad... la señora de Montesco posó sus manos en las sedosas sábanas de su lecho, y lo que comenzó como una memoria desdibujada acabó por clavar las uñas de la dama en las telas. Una dentellada de deleite, al recordar las palabras de su marido y el tacto de aquellas manos en su cintura.

Cada vez que su cuerpo se preparaba para sangrar, la necesidad de entregarse por completo a un hombre la invadía intentando arrastrarla. A un solo hombre; el mismo que la había desposado y que soñaba con el permiso para poder acercarse a sus labios. La señora de Montesco vivía bajo el mismo techo del hombre que estremecía su cuerpo y que hacía volar su mente. Sin embargo, ella sólo podía contenerse, frenar su apetito y resignarse.

Tomó agua y bebió. Las gotas frías resbalaron por su cuello, jugando con su voluntad. La tempestad que se movía en su interior estaba a punto de vencerle, cuando una imagen desapacible como ninguna pasó como una centella por su memoria. Era reciente y perturbadora. Incómoda e inquietante. Un recuerdo fresco que acabó con las demás sensaciones e impuso el desasosiego. Los ojos del basilisco.

La señora de Montesco se tumbó en el lecho y se cubrió con las sábanas, pretendiendo alejarse de sí misma y entregarse al sueño...

Capítulo XXXI

La luna llena bañaba la habitación, acompañando al fuego de las antorchas que iluminaban el palacio. Más de diez candelabros alumbraban la estancia de la señora de Montesco en aquel anochecer. Para matar el calor, la dama hundía sus pies en una pila de agua fresca y leía su viejo tomo de Las Metamorfosis, ocupando su mente para ignorar el dolor. Su sierva, a ratos, acudía para cambiar los paños ensangrentados y comprobar que su señora se encontraba bien.

—Impiadosa Hera, haz que esta tortura pase rauda... —apenas podía murmurar, sin fuerzas de pronto para sujetar el libro.

La sierva corrió a recoger el tomo del suelo, observando la expresión de dolor en el rostro de la dama. Ayudándola con delicadeza, la hizo recostar. Tomó paños limpios con los que secar sus pies, y empapando una fina esponja en agua, la pasó por el cuello y el rostro de su señora.

—Gracias —susurró la dama, helando de perplejidad a la joven sierva.

—No se merecen, mi señora —respondió ella.

—Habré de conseguirte a la mejor de las parteras cuando des a luz —respondió la dama, sufrida y agradecida.

La sierva sonrió complacida, sabiendo que su señora no la veía, pues se dolía tanto que cerraba sus ojos deseando aplacar el martirio. La dama respiró profundamente, sintiendo que la terrible punzada se dispersaba... Lentamente, abrió los ojos.

—Mi libro...

—Aquí lo tenéis, señora —lo posó la sierva en la mano de la dama.

—Ayúdame a incorporarme de nuevo.

La sierva se puso en pie y tomó con delicadeza las manos de su señora, cuando alguien llamó a la puerta.

—Ve —le dijo la dama a la joven criada, siendo ya capaz de moverse por sí misma.

La doncella entreabrió la puerta, encontrándose con un sirviente que llevaba un sobre cerrado y una nota en sus manos. La muchacha los tomó y cerró la puerta. Escudriñó la entrega en el poco tiempo que tuvo hasta cederla

a su señora. El sello papal marcaba el lacre rojo del sobre.

—¿Qué me traes?

La dama extendió su mano para tomar la carta, sabiendo perfectamente de qué se trataba. Con máxima discreción, la sierva tomó la pila de agua y salió a los jardines de la alcoba, para renovarla en la fuente. A solas, la dama leyó el mensaje.

Mi amada Calista,

Quisiera agradeceros que guardaseis mi buen nombre entre vuestras manos durante estos meses de ausencia. Sobre que podía contar con vuestra protección no albergaba duda alguna. Marché a conseguir este regalo que deseo aceptéis. Guardadlo donde podáis estar segura de su amparo. Espero que cuando estéis convencida de ello me permitáis veros de nuevo, como no os he visto desde hace años. Os extraño, aunque os contemplé esta misma mañana. Heme aquí, tratando de acercarme a vos, cuando es obvio que ni oírme podéis... Mi vida y mi oro para quien pudiese ayudarme...

La dama abrió el sobre con la insignia del Papa, comprobando lo que ya sabía. Se trataba nada menos que de una indulgencia, la cual postergaba el pago de los pecados, que había sido otorgada al Montesco en recompensa por sus servicios en la batalla. Incluso sabiendo lo que tenía en las manos antes de siquiera tomarlo, leer aquellas líneas de exquisita caligrafía la hizo estremecer de pena. ¿Cómo había sido capaz de exponer a su marido a tal sacrificio, cuando era ella la que merecía penitencia? ¿Cómo le había dejado creer que su rechazo se debía a sus faltas y no a las de ella? No había en el mundo mujer más amada, y por callar la verdad había permitido que el Montesco partiese a la guerra con el único deseo de conseguir aquel escrito del Papa, para bendecir un matrimonio que parecía maldito.

La sirvienta volvió a entrar discretamente en la alcoba. La dama se puso en pie, abandonando su lecho a paso lento, para tomar asiento ante el espejo y contemplar el rostro de su némesis. A los pies de la cama, la doncella, en silencio, dejó la pila de agua, permitiendo que sus ojos dieran de nuevo con el sobre y el mensaje que reposaban en las sábanas.

La señora de Montesco no reconocía a la mujer que se reflejaba ante ella. Sabía por qué se había marchado de sí misma hasta desconocerse, pero ignoraba el camino de regreso, y necesitaba encontrarlo desesperadamente.

De pronto, la sirvienta se incorporó, estremecida por la mirada fija que su señora le dirigía desde el espejo. Abrumada, apartó la mirada de las cartas, a la espera de una reprimenda.

—Y hasta el final de los tiempos habré de cuidarme del Pecado Original...

—Lo siento, mi señora.

La dama se puso en pie y se dirigió hacia la joven doncella.

—Una sierva que sabe leer... Ahora no sé si amarte o temerte, mas indiferente no me dejas —tomó el sobre y la nota, resguardándolas—. No hables a nadie sobre esta carta, ni sobre lo que acogen estas paredes.

—Tenéis mi palabra, señora —respondió la sirvienta, terriblemente nerviosa.

—Retírate.

Capítulo XXXII

Las altas fuentes que surgían de su jardín formaban para ella un estanque vedado, libre de la vista de los siervos, donde sólo sus ninfas formaban su corte. Como Titania en las horas nocturnas del verano, gozaba la señora de Montesco del que era su reino, bajo la luz del ardiente Sol. El agua, fresca y limpia, se complacía en recorrer sus curvas de mujer, si no acababa por dar de beber a sus labios. Parecía ser feliz, por un momento, bajo las fuentes, rodeada de sus más jóvenes doncellas, que cantaban para ella, mientras sonreían complacidas por un regalo como aquel.

El dolor de la noche anterior había desaparecido al fin, y en su lugar se apoderaba de ella un halo de poder y majestuosidad implacable...

Fue repentino, y de pronto desagradable, el desconcierto de sus siervas cuando un hombre, uno de los sirvientes del palacio, apareció ante ellas. Todas se encorvaron sobre sí mismas, abrumadas por su desvergüenza, excepto la señora de Montesco, que indignada y poderosísima en su desnudez, inquirió:

—¿Cómo osas, malnacido, a siquiera atisbar los dedos de mis pies? ¡Aparta de mí tu mirada ruin!

—Mi señora —se arrodilló él, raudo, mirando fijamente la tierra bajo sus pies—, os ruego me perdonéis los ojos y la lengua.

—¡La vida habría de perdonarte, insensato!

—Mil disculpas, mi señora. Es un superior el que me encomienda, de rodillas, perturbaros.

—¿Y quién, maldito diablo, puede ser tan atrevido? —preguntó, furiosa.

—Vuestro hijo, mi señora. Vuestro hijo desea veros.

Incluso el murmullo de las doncellas al oír aquello fue revelador. La señora de Montesco tuvo que tragarse su orgullo, gustosa sin duda, y hablar con calma.

—Y ante los deseos de un hijo, ¿qué pudiera hacer una madre de caparazón débil? Más desarmada aún queda una si el vástago no es otro que mi Romeo. Hijo de mis entrañas... ¿Quién soy yo para negarme a sus antojos? Permitidle el paso.

El siervo hizo una reverencia y marchó de inmediato. Sin urgencia por interrumpir su diversión entre fuentes, la señora de Montesco ordenó a todas sus doncellas que la dejaran a solas. Ella tomó su capa de seda y se cubrió aún empapada.

—¡Madre!

La dama pudo derramar lágrimas de alegría al escuchar la voz de aquel ruiseñor.

—Romeo, querido... —acogió a su adorado hijo entre sus brazos como si recibiese la vida misma, y besó sus mejillas sin poder creer que por fin estaba ante ella.

—Veros hoy, madre, y tan hermosa como siempre, me llena de dicha —el joven tomó la mano derecha de la dama, aquella en la que se mostraba orgulloso el sello de la familia, y la besó, humedeciendo sus labios con el agua de manantial.

—Siempre que pueda sentir un beso tuyo, hijo mío, ¿qué mayor dicha podría pedir? —sonrió la beldad—. Pobre de mí, que ignorante me hallaba hasta tu llegada de lo hermoso que puede llegar a ser este mediodía.

—Felicísimo es el día de hoy, madre. Una festividad entre las rutinas y el devenir predecible de cada uno de mis días.

Romeo observó entonces que la sonrisa de su madre se desvanecía, encontrándose con la inquietud.

—¿Qué es ese brillo que traes en los ojos? —preguntó ella—. Esa sonrisa... no es la de mi bebé, sino la de un hombre.

—¿Os importuna mi felicidad?

—Mi querido Romeo, sólo prosperidad anhelo para tus amaneceres y anohecercer. Pero este repentino color en tus pálidas mejillas... —acarició el rostro de su hijo, deseando protegerle—. Desasosiego me parece, más que felicidad. Habla. ¿Quién es ella?

El joven suspiró, entendiendo que la noticia no iba a ser en absoluto del agrado de su madre, pero seguro de que era ella la primera que debía saberlo.

—Callas más que una tumba, Romeo. ¿Temes, de pronto, mi ira? Sabes que contra ti jamás podría arrojarte.

Desarmado ante la grandeza de su madre, Romeo tomó sus manos y asintió.

—Sois todas las mujeres en una. Y hasta hoy, para mí, la única mujer del mundo. Mas...

—Habla —exigió, ciertamente disgustada.

—En este día glorioso no podría adoraros más, a no ser que vuestro nombre fuese Julieta. Que me corten la lengua, pues debiera callar para proteger mi vida y antes aún la suya, que es la mía. Pero en vos, madre, confiaría antes que en el Altísimo. Decidme que compartís mi felicidad.

La respiración la traicionó, sus ojos de pronto se perdieron, su corazón pareció frenar en seco, y el peso infinito del mundo se cebó contra sus hombros, cuando la dama comprendió que sólo una Julieta había en toda Verona...

—¿Por qué la juventud y los Capuleto se unen siempre en tan endiablado brebaje contra mi suerte? —susurró, como quien dicta una maldición.

—¿Qué murmuráis? —preguntó Romeo.

—La hija de los Capuleto —su madre le miró a los ojos, con una súplica desgarrada—. Vida mía, ¿qué has hecho? Te entregas al capricho de una forma tan desprevenida cada día, con tantas jóvenes ingenuas que creen que ese amor es eterno... Inconscientes todas ellas de saber apenas que tan solo tu belleza es infinita. ¿Es que tus juegos ya no te complacen? ¿A qué se debe este exceso de locura?

—¿Loco me llamáis? Sí, loco y ciego desde que sé que el Sol brilla únicamente a través de su pecho inmaculado.

Capítulo XXXIII

—A vuestros pies, mi señora —le ofreció una sentida reverencia su sobrino, caminando hacia la amplia mesa llena de manjares en la parte sombreada del jardín.

—Benvolio —sonrió ella, recibéndole—, gracias por acompañar a Romeo y unirte a nuestro almuerzo.

—A mi espalda traje un polizón, me temo. El hambre lo asfixia... —respondió él, recibiendo de Mercutio un golpe en el brazo derecho.

—¡Descarado malandrín! —exclamó Mercutio, con una sonrisa nerviosa—. Mi señora —se inclinó ante ella, quien reía encantada de tenerles allí.

—Madre —fue más discreto Romeo, al permitirle a ella el paso hacia la mesa.

La señora de Montesco, acariciando maternalmente el rostro de su hijo, le procuró una sonrisa. A pesar de lo muchísimo que le preocupaba la noticia con la que Romeo la había importunado, era cierto que contra él no podía mostrar enojo alguno.

—Toma asiento tú, Romeo, y ejerce de anfitrión —le pidió ella.

—Habré de hacerlo, si mi padre no aparece a tiempo. ¿No compartirá nuestra mesa?

—Descuida, hijo mío. Yo misma iré a buscarle. Por favor, atiende a la familia.

Con un nudo en la garganta, la señora de Montesco entró en el palacio sin saber cómo contarle a su marido que su hijo había caído en un capricho demasiado peligroso. Se debatía, y hacía más lento su paso a propósito, entre contarle a su marido la verdad o no contar nada en absoluto.

Unos nudillos contra su puerta le sobresaltaron. Sólo podía ser ella... Dejó torpemente la nota de aviso firmada por el Príncipe de Verona sobre el escritorio y se dirigió a paso rápido hacia la puerta. Encontró los ojos de su esposa esperándole.

—Mi señor, os esperamos para almorzar. ¿Es que algo os ocupa?

—Nada en absoluto.

Creyendo haber conseguido el valor para hablarle sobre Julieta, prefirió la intimidad y seguridad de la sala.

—¿Me permitís el paso?

—Ahorraos la molestia, mi señora —respondió, evitándolo sin miramientos.

Tanta resolución ofendió a la dama.

—Entiendo...

Ni un segundo tardó él en leer la decepción en la voz de ella. De pronto arrepentido, la tomó de la mano antes de que ella le diera la espalda para marcharse.

—No, por favor... ¿Qué más podría desear? Pasad —la dama asintió—. Encontraréis que no hay armonía alguna en este lugar. Lo juzgué ofensivo para vos, pero es vuestra casa...

—Oh... Sí, es caótico —respondió ella, mirando a su alrededor—. Os ocuparán mil asuntos; no os quitaremos tiempo —entonces le miró a los ojos—. Sólo queremos que almorcéis con nosotros, si os complace acompañarnos.

—Por supuesto —respondió, evitando que la dama viese la carta del príncipe—. Después de vos, mi señora.

Ambos salieron de la estancia.

—He pedido que nos sirvieran en el jardín.

—Magnífico. ¿Habéis podido hablar con Romeo?

Tragar saliva nunca fue tan difícil, y tras aquel esfuerzo comprobó la dama que su garganta seguía atascada.

—Así es —pudo responder apenas.

—Espero que no sobre esa joven a la que aborrecéis.

—Romeo ha sido muy comedido, mi señor.

—Si conozco a mi hijo, creedme, se le pasará el encantamiento.

—Quiera el destino que tengáis razón.

El Montesco pudo atisbar la intranquilidad en aquellas palabras. Una inquietud que no recordaba. Rosalía era para la señora de Montesco un motivo de ultraje, no de temor. Entonces el caballero entendió que Romeo no había sido tan comedido como su madre había dicho, y se lamentó por ello. No era necesario sofocar a su madre con sus enamoramientos repentinos...

—Señor de Montesco —saludó Mercutio, con una amplia sonrisa—. Gracias por honrarnos con vuestra presencia.

—Tu esfuerzo es en vano, amigo mío —rió Romeo—, que no se sienta mi

señor a la mesa por ti ni por mí.

La señora de Montesco no pudo evitar que sus mejillas cobrasen un febril tono rosado.

—No escatiman los Montescos en verse bien acompañados. Sois familia de costumbres sencillas y gustos exquisitos —declaró Mercutio—. Mal os juzgan los que no os conocen; peor aún los que os consideran más indignos que los Capuleto. Que me perdone mi señor, el príncipe, pero por los Montesco lucharía sin pestañear.

—A mis invitados les permito toda libertad, excepto agriar mi vino con ese apellido —respondió el Montesco, en un tono aún cordial—. Sírvete, Mercutio, y brindemos por Verona sin nombrar sus males.

La señora de Montesco se mantuvo en silencio, con los ojos recibiendo la mirada entristecida de su hijo, quien no podía defender ante su padre la belleza del apellido Capuleto. Su madre pretendía ofrecerle consuelo con sus ojos comprensivos, pero al fin y al cabo censuraban su deseo de responder.

—Nombremos pues sus dones —dijo Benvolio, alzando la copa y cruzando una mirada furtiva con la doncella de la señora de Montesco.

La doncella sonrió. La señora de Montesco, afortunadamente, seguía mirando a su hijo, ajena a los juegos de su criada.

—Si por un don de Verona debo brindar, habrá de ser por vos, mi señora —habló el Montesco a su esposa, consiguiendo arrancarla de la mirada de Romeo—. Si alguna vez tuvo otros dones esta tierra, mediocres se volvieron cuando aparecisteis vos.

La señora de Montesco ofreció una sutil sonrisa, dejando que su marido tomase su mano y la besara. La doncella de la dama quedó impresionada al ver aquello; al ver cómo aquel simple gesto transformaba a su señora en una mujer.

—Oye, enamoradizo Romeo, las alabanzas a un amor eterno —rió Mercutio, brindando.

Capítulo XXXIV

—Por Dios bendito, ¡qué indiscreción! La ruina me van a buscar estos amantes. Santo me harán, si no me queman antes —clamó Fray Lorenzo, divisando desde la ventana el carruaje—. Les pido prudencia y me echan la soga al cuello, ¡estos jóvenes consentidos! ¿Tanto pido, por caridad, cuando para hacer el bien exijo cautela? ¿Cautela para quién? Casarse quieren, y no llega la clandestinidad hasta su transporte... ¡Enarbolad las banderas, ya puestos!

El fraile bajó los escalones de piedra a toda prisa, dispuesto a abrir la puerta ante la llegada de Romeo. Julieta aún tardaría en aparecer, juzgaba él. Presentarse allí, sin embargo, llegando en carruaje no era ni por asomo apropiado.

—La señora de Montesco... —palideció el pobre hombre, al ver que en su celda se había presentado la dama. Temió por un momento que aquella mujer lo supiese todo; ¿qué otro motivo podría haberla llevado a pisar lugar sagrado?

—Fray Lorenzo —habló ella, con voz quebrada—. Acudo perdida a buscar vuestro consejo. A suplicar con sangre la absolución.

Imposiblemente extrañado, el fraile mostró sus manos desnudas.

—Hace años, mi señora, que no pisáis la iglesia...

—La vergüenza es la más poderosa de las mordazas; el más férreo de los grilletes. Ahora debo confesar —se arrodilló—. Tened piedad de mí, os lo ruego, y ofrecedme la paz.

El fraile, sabedor del poco tiempo con el que contaba para hacerla marchar, entendió que lo más sensato era atenderla cuanto antes.

—Os escucho.

—Hace años puse en peligro a mi hijo, traicionando a un asesino y dándole el apellido que le sentenciaría a muerte... —comenzó a derramar lágrimas—. La vida de uno o más hombres que alguna vez me juró amor eterno está en peligro por mi culpa. Durante años tomé la decisión de sacrificar el placer por el cual traicioné a ese infeliz... Mas mi fortuna se halla en el filo de la navaja con cada amanecer, y mi tortura no hace menos oscuros mis días de

verano. No puedo dar un paso más...

Nunca una mujer tan majestuosa se había mostrado a sus ojos ya cansados tan deshecha. Era algo inaudito que una dama de gran nombre negase el placer de su compañía a su propio marido.

—Es un yugo pesado éste del que me habláis, señora.

—Más lo es para el hombre al que amo. Aunque deba pagar mi culpa, no puedo por un día más procurarle la tortura de mi presencia.

El fraile sintió un escalofrío ante aquella macabra insinuación.

—¿Qué estáis diciendo?

—Yo enamoré al Montesco. Yo convertí a Romeo en el blanco de Teobaldo.

—¿Teobaldo, mi señora?

—Si algo le sucediese a mi hijo...

—Cuanta culpa cargáis en vuestros hombros injustificadamente, gran dama. Teobaldo odia por naturaleza, no por estímulos —el fraile, sintiendo compasión por ella, creyó que compartir parte de su secreto le haría bien—. Mi señora, vuestros años de reservas no fueron en vano. Tened fe. La batalla entre Capuletos y Montescos escapa a vuestra voluntad, así como los pasos que Romeo pueda dar en ella, pero no a la voluntad del Altísimo.

—Encaprichado está Romeo con la hija del Capuleto. ¿Qué fortuna puede ser esa?

Aquello sorprendió al clérigo, y aun así tuvo que disimular una sorpresa aún mayor. Sin embargo, si aquella mujer sabía del enredo, entonces podía confiarle su soñado desenlace.

—La paz, mi señora, es lo que siempre anheló vuestro corazón. Dios no toma nuestros sacrificios a la ligera. Tened fe.

La dama secó sus lágrimas. El fraile la ayudó a ponerse en pie, y entonces ella notó que su presencia le incomodaba. Su forma de darle las manos para ayudarla a levantarse había sido torpe y apurada. Debía marcharse, aunque no entendía por qué. Algo, más importante que su alma, ocupaba a aquel fraile.

—Gracias —dijo la dama, recuperando la corrección.

—Señora —reverenció Fray Lorenzo.

La dama subió al carruaje, donde su doncella esperaba callada. Los caballos se pusieron en marcha, y por cada paso que daban era más insoportable para la señora de Montesco el aire que allí dentro se respiraba.

—Quita esa mirada de inocencia —ordenó al fin—. Cuanto más te esfuerzas en aparentar que no me juzgas, mayor es tu fracaso.

—Vos sabéis mejor que yo vuestras circunstancias. No tengo intención de juzgaros.

—No te ofrezcas necia, que bien lista eres.

—Durante el almuerzo he visto sólo amor en vuestros ojos y en los de vuestro marido —asintió la doncella—. No entiendo vuestra visita al fraile, pero mantengo mi mirada inocente porque sólo pretendía respetaros.

—Respétame en silencio... Mi cuerpo por entero se duele, mi pecho se abre en mi interior y no respeta su propio espacio. Es tal la necesidad que tengo de él, de mi amor, del hombre que me conquistó y me arrancó de su enemigo... No puedes imaginar lo que es amar a un hombre tan poderoso como los tornados, tan grande como los océanos. Verle sufrir por mí me mata con cada luna. No sabes lo que es sentir que se acerca a mí, que toma mi mano, que sus labios buscan los míos como si nada en el mundo importase más que beber de ellos..., y tener que rechazarlos. Qué débil fui siendo niña y qué fuerza me invade ahora. Qué fuerza colosal ha de ser la mía, si aún puedo sentir sus ganas de entregarse a mí y ser capaz de zafarme. Cuánto desearía ceder, permitirle cada arrebató y morirme en sus manos.

—Pero, mi señora... Es vuestro marido. ¿Qué podría en el mundo impedirlos...?

—Mis impedimentos no son mundanos, sino divinos.

—Pero Dios bendijo vuestro matrimonio y os dio un hijo sano. ¿Cómo podéis pensar que no quiera que améis a vuestro marido?

—Porque en pos de mi placer demasiado cedí antaño a la lujuria y a la traición. Ni toda una vida parece ser suficiente para pagar...

—Conozco las habladurías, mi señora —la dama quedó atónita con aquella interrupción, pero reconoció en la joven un deseo irrefrenable de defenderla—. Dicen que concebisteis en pecado y que antes de amar al señor de Montesco jurasteis amor eterno a otros dos hombres.

—No eran dos, sino uno; aunque no un hombre, sino una bestia.

—A las malas lenguas haré oídos sordos señora, desde el día de hoy. Decís que soy lista, y no, no lo soy. Pero mi fortuna nunca ha sido bondadosa del todo conmigo. Por cada vivencia feliz han sido tres infelices. Aprender es más rápido así.

—¿Y qué es eso que sabes mejor que yo?

—Que amáis ardientemente a vuestro marido, mi señora. Entregar vuestro

corazón a cualquier otro habría sido un gravísimo error que evitasteis sabiamente —entonces la defensa tuvo que quebrarse—. Es a vos misma a quien odiáis, sin piedad o misericordia. Os odiáis tanto, que nunca permitiríais que el hombre al que amáis compartiese vuestro lecho.

—Habré de temerte, que una verdad tras otra bordas al abrir la boca.

Capítulo XXXV

Luceros blancos alumbraban la noche calma en Verona cuando el carruaje volvió al palacio, sacudiendo el letargo del señor de Montesco. Al oír el firme paso de las herraduras de sus caballos regresando al hogar, supo que no los había oído marchar. Sólo la señora de la casa usaba el carruaje... Que la dama se ausentase del palacio hasta las horas en las que el cielo lucía estrellas engarzadas no era sino motivo de inquietud para él, más aún cuando el Montesco ignoraba por completo qué menesteres ocupaban a su esposa. Una novedad, a su vuelta de la guerra, que de tan sorpresiva era indeseable...

Aturdido y temeroso, el Montesco dejó su escritorio y su meditación para acudir a los aposentos de su esposa. El silencio que le rodeaba en su propio palacio contrastaba de pronto con los agresivos gritos que trataban de imponerse, uno sobre otro, en su cabeza, como espadas blandidas sobre un campo de ortigas. Los celos y la templanza, enzarzados en el más doloroso duelo.

Frente a la puerta de la dama, tratando de dominar su respiración acelerada, el señor de Montesco aguardó en un intento de oír la voz de su señora o de la criada. Fue en vano.

Los ojos de la sierva preguntaron de súbito a los de la señora de Montesco si debía o no responder a los breves y firmes golpes en la puerta. Era, sin duda, extraño que alguien requiriese la atención de la dama a aquellas horas. La señora frunció el ceño, perturbada, pero asintió a su doncella, quien acudió entonces a abrir la puerta.

—Mi señor —se arrodilló la doncella, nada más permitirle el paso, agachando la cabeza.

—Márchate —ordenó él.

De tal manera imponía ese hombre a la joven criada, que ni una breve mirada arrojó ésta a su señora, desapareciendo tras la puerta cerrada.

La dama, ya envuelta en sedas azules, miraba en pie a su marido, junto a su espejo. A su diestra se abría un gran cofre en el que exquisitas piezas de plata, entre ellas su colección de cepillos, esperaban para ella. La señora de

Montesco advirtió la inquietud en el gesto de su marido, pero no la entendió.

—Os he oído llegar —dijo él, acabando con su actitud congelada y caminando hacia ella.

La dama, jugando al disimulo, ofreció una discreta sonrisa.

—El almuerzo fue algo pesado y decidí salir a pasear junto al río —se excusó ella, dirigiendo su mirada hacia los cepillos de plata—. No os avisé porque imaginé que querríais descansar.

—Ha sido largo vuestro paseo —respondió él, exigiéndole así de nuevo que le mirase a los ojos.

Viéndose acusada de un comportamiento inadecuado, la dama respondió con una mirada más censora aún.

—Tanto como me ha placido, mi señor —le enfrentó ella.

El Montesco supo convencerse entonces de que no había hombre en Verona capaz de ofrecerle distracciones a su mujer. Ninguno excepto él mismo. Se acercó a ella, y con un gesto delicado liberó su cabello aún recogido, dejándolo caer en cascada sobre sus hombros.

—Por favor —le ofreció él, ayudándola a tomar asiento frente a su espejo.

La dama, algo intranquila, pero dominando sus temores, complació a su señor y se dejó guiar. Él tomó sus hombros y ambos encontraron sus miradas en el espejo. La señora de Montesco sintió un escalofrío de temor, y un dulce alivio en su corazón al sentir a su marido a su lado. Posó ella su mano derecha sobre la de él, en un gesto irrefrenable.

—Viven en mí mil demonios —murmuró ella—, que en mis sueños me acosan y en mis vigias me entristecen... Me creo infeliz a cada minuto... excepto cuando estoy con vos. Y es así, al tomar vuestra mano, cuando sé que más daño os procuro —se giró para dejar de mirar al reflejo y enfrentar sus ojos—. Imaginad la miseria de una mujer enamorada de un hombre que no la merece; imaginad. Qué miseria sería saberse esclava de un bufón... Es tan inmensa mi suerte, mi señor, que el hombre al que ato mis cadenas sería digno y merecedor del amor de la mejor de las mujeres. Hacéis de mí la criatura más orgullosa y feliz de este mundo con vuestra compañía. Me pregunto si sois capaz de entender...

El Montesco acarició las mejillas de su esposa, y se dirigió entonces a elegir uno de los cepillos. Tomó con cuidado los cabellos de la dama, y comenzó a cepillarlos como si de pura seda se trataran. Su rostro le revelaba manso, pero su silencio era perturbador.

—Vuestra timidez resultaría halagadora —dijo ella—. Pero los años os han hecho perder la máscara. No tenéis que disimular. Vuestra vanidad y vuestra forma de desear en el fondo os divierten cuando se trata de mí... Para bien o para mal, somos idénticos.

Entonces, él suspiró y habló.

—En mis viajes por Europa conocí a hombres de tierras lejanas y antiguas como la vida misma. Donde el Sol nace existe una tradición... Las mujeres que han de ser ejecutadas se dejan lavar los cabellos por su marido antes de enfrentar la muerte.

—¿Vais a matarme?

—Si aún nos queda alma a vos y a mí, Calista, almas gemelas han de ser. Pero no habléis de mi vanidad, que vos poseéis siete veces más que cualquier mortal. Tras tanto tiempo sin probar vuestros labios, me queda sólo orgullo...

Ella sintió como si esas palabras le hubiesen echado una soga al cuello.

—¿Acaso hay diferencia entre orgullo y vanidad? —dijo la dama.

—Oh, la hay —el Montesco devolvió el cepillo al cofre—. Porque yo nunca os menospreciaré, por más que me ame a mí mismo. ¿Podéis vos y vuestra vanidad decir lo mismo?

La señora de Montesco cerró los ojos, intentando luchar contra las lágrimas que como una tempestad acudieron a asolar su mirada. Siempre temió que su sacrificio fuese por un insulto tomado por su marido, y no sólo lo confirmó con cada luna, sino que por fin él se rebajaba a reclamarle clemencia. El llanto dejó ver la crudeza de su dolor y lo ruinoso de sus fuerzas.

—Os amo —se negó a sí misma el asiento y se arrodilló ante el Montesco—. Os amo sin medida alguna.

Incapaz de verla en el suelo, el caballero la tomó por la cintura y la puso en pié. Ella le abrazó como hacía años que no abrazaba a nadie.

—Nací para conocer el amor más grande de todos los tiempos; de sobra lo sé —tomó el rostro de su marido entre sus manos—. Y si la ira de Dios debe caer sobre mí, que así sea, pero jamás habrá de caer sobre vos.

—¿De qué monstruo me protegéis, que os está arrancando la vida? —el Montesco temió que su esposa cayera desmayada; era tal su angustia—. Dios nos ha adorado más que a toda Verona. Me desposé con la mujer que Morfeo dibujó en su sueño. Unirme a vos me dio la felicidad más abrasadora que puede sentir un hombre. Y un hijo de mis entrañas... Creí que mis pecados me perseguían, y ahora decís merecer vos la penitencia. Decidme qué creéis haber

hecho, que puedo discernir seguro entre la verdad y la locura.

El cuerpo de su señora se dejaba besar por los rayos de la luna en lo que le pareció un sueño, y aun sabiendo que ella acabaría por arrancarle las caricias si por un segundo dejaba de entregárselas, el Montesco la admiraba rendido, permitiéndose un placer negado al resto de los mortales. Los años no habían sino otorgado lustre y tono a la piel de aquella mujer, que mantenía el olor y la calidez que eran para él su casa. El caballero sintió tan fuertes los latidos de su corazón al poseerla, que temió morir en aquel santuario. Inexorable ante el paso del tiempo, su amor por aquella mujer habría dejado mudas a todas las Lauras de Italia, por capaces que fuesen sus poetas.

Capítulo XXXVI

Aún no había amanecido, aunque el bostezo del Sol estaba próximo. La señora de Montesco abrió los ojos y observó a su marido, durmiendo en calma junto a ella. Abandonó el lecho, y buscó discretas vestiduras. Tomó un velo blanco y lo guardó con cuidado entre los pliegues de su vestido. Sentía la clandestinidad en todos y cada uno de sus gestos, mas había demorado suficientemente el prestar atención a los dictados de su corazón.

Estando lista para marchar, se acercó de nuevo al lecho, se inclinó sobre el Montesco y besó sus labios.

Cubriendo su rostro tras una máscara, y a pie, la dama abandonó el palacio en dirección a la mayor guarida de dragones que poseía Verona.

A las puertas del palacio de los Capuleto, la enmascarada sacó el velo blanco a ondear. El Sol aún no había salido, pero el cielo ya exponía una sinfonía de colores.

—Mis señores de Capuleto —interrumpió uno de los guardias el desayuno de los nobles.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Una mujer pide audiencia. Llegó al palacio llevando una máscara y alzando un paño blanco en señal de...

—La arpía del Montesco. ¿Cómo se atreve? —le interrumpió el Capuleto.

—Así es, mi señor —afirmó el guardia.

—¿Qué otra mujer en Verona necesitaría reclamar tregua a nuestra puerta? —dijo el Capuleto, considerándolo obvio.

—¿Qué debo hacer, mi señor? ¿La hago pasar?

—Ya se coló hace dos noches un Montesco en nuestra celebración, y por decoro lo permití —se exasperó él—. ¿Qué clase de valentía es la de una familia que se adentra en dominio enemigo llevando máscaras?

—Sea sólo por curiosidad —dijo entonces la señora—. Esa mujer no deja de sorprenderme... Creerse digna del amor de nuestro sobrino cuando sólo era una niña, embarazarse de otro hombre antes de desposar a nuestro

enemigo... En absoluto ha de extrañarme que la cuñada del Montesco huyese a Venecia. Yo hasta Nápoles hubiese llegado para no volver a verla.

—Cómo adoráis las habladurías —sonrió su marido.

—Algo de verdad habrá en lo que cuentan. Fascinante que no haya historias en su favor. Ni una sola —dijo ella.

El Capuleto rió ante las observaciones de su esposa, asintiendo entonces.

—Hacedla pasar al salón. La señora de Capuleto la recibirá —ordenó al fin.

La señora de Montesco pasó a una sala que le traía amargos recuerdos. No estaba engalanada, aunque antaño sirvió para una suntuosa fiesta en la que su memoria sólo veía humillación.

—Admitir debo que mi sorpresa y mi curiosidad abrasan mi conciencia —la sobresaltó la señora de Capuleto—. Oh... os habéis quitado la máscara; qué apropiado gesto. Vuestro hijo no fue tan descarado —sonrió con maldad.

—He venido a advertiros —dijo la señora de Montesco, ignorando sus insultos—. Y a ofrecer os mi ayuda.

—¿Cuánta desfachatez es capaz de soportar vuestro apellido antes de desmoronarse? —se despojó entonces de la sonrisa de falsedad que le cubría el rostro y le dirigió la mirada de un cuervo—. Ayuda de vuestra mano... Antes prefiero la ruina.

La señora de Montesco le respondió con la misma seriedad. Recordó las palabras de Fray Lorenzo y, con calma, caminó hacia la puerta.

—Sea pues —le respondió.

—¡Pájaro de mal agüero, detente! Si un mal presagio habéis venido a traerme, que no haya sido vuestra molestia en vano. Compartid conmigo esa inquietud vuestra, y que al menos me divierta.

—No he venido a amenizar vuestra tediosa existencia —le respondió con agresividad—, ni creo que lo necesitéis, con hija tan díscola.

Los ojos de la señora de Capuleto mostraron una indignación incommensurable.

—Vos, que sólo sois yerma bruma y que de dones carecéis, ni a nombrar os atreváis a mi dulce Julieta.

—Dulce hasta que la amargura la asfixie como a su madre.

—¡Lanzad vuestro maleficio, bruja, y dejadnos en paz!

—No os agotéis tratando de convencer a Julieta de que el conde Paris es la flor más linda que vio la primavera de Verona.

—¿Qué decís? ¿De dónde sacáis esa idea?

—Las malas lenguas, que tanto os agradan, tienen mucho que decir sobre vos también.

—¿Cómo os atrevéis? En mi propia casa...

—Vuestra hija tiene el juicio sano y la vista más limpia que vos. He venido a pedir os que la enviéis a un convento hasta que cese la amenaza. Mi hijo, que iguala la belleza de Paris a la de los cerdos, se ha propuesto amarla. Hacedla desaparecer, o casadla con el conde en este instante.

—Oíd bien, descarada miserable. Mi Julieta jamás pondría sus ojos en la calaña que ronda vuestra casa.

—Mas la casa que rondaba Romeo hace dos noches era la vuestra, y el alado Cupido no tuvo piedad de él.

—Bien haríais vos en encerrar a vuestro bastardo en un monasterio, pues, visto que no sabe cuál es su lugar.

La señora de Montesco sonrió ante aquel vocativo, sabiendo de sobra hasta dónde podían llegar las hablaturías, lo mucho que las historias se retorcían y lo ardientemente que los enemigos se podían aferrar a ellas.

—A vuestra niña, que se desangra de igual modo por los dardos del amor, no le deseo ningún mal, mas no os miento. Mi hijo es tan testarudo como su padre, y, si se propone conquistarla, hará de Julieta una descubridora de nuevos mundos en los que su nombre no tendrá sentido alguno. No habrá antídoto contra el hechizo que caerá sobre ella. La belleza y la pasión las heredó Romeo de su desdichada madre. Esa belleza, me temo, no es rival para el apellido Capuleto.

La señora de la casa respondió a aquello cruzándole la cara a su joven enemiga. Un golpe que guardaba para ella desde hacía años.

—No consentiré que me mintáis en mi propia casa, difamando el buen nombre de mi hija, cuando ni siquiera sabéis lo que es nacer de buena cuna. ¡Marchaos de inmediato, que mi paciencia no respetará vuestro aliento un segundo más!

Capítulo XXXVII

El Montesco reparó en su correspondencia, apilada al amanecer por sus siervos en su escritorio. Ninguna misiva del Príncipe de Verona, por fortuna, parecía ir a incomodarle... Pasaba los sobres sin pensar en otra cosa que en su esposa y en lo mucho que deseaba encontrarla en el jardín, por donde seguramente paseaba aguardándole, ya que había despertado antes que él. Sonreía incluso.

De pronto la ira hizo presa de él, y la muerte le deseó al mensajero, cuando vio un sobre con el sello de los Capuleto.

—¡Abaham! —gritó el Montesco, haciendo que de súbito su sirviente atendiese su cólera.

—Mi señor —respondió, amedrentado.

—¿Qué es esta osadía? —le mostró la carta sellada—. ¿Quién permite que la peste llegue a mi casa?

—Sobre mi cabeza caiga esa culpa, mi señor —respondió el siervo—. Uno de los hombres de la casa Capuleto acudió al palacio la pasada medianoche, sólo para dejar esa maldita carta. Toda la noche lleva esperándoos el mensaje.

—¿Y qué dijo ese malnacido?

—Nada, mi señor. Excepto que le mandaba Teobaldo.

—¿Cómo dices?

—Vos sabéis que el señor de Capuleto es viejo hasta para escribir...

—Ese rufián que tiene por sobrino no merece de mí ni la memoria —sentenció el Montesco, abriendo la carta con agresividad y odiándose a sí mismo por prestar oídos a un mensaje cuyo lugar estaba entre las llamas.

Mi paciencia se ha desbordado, Montesco. Necio como sois, me salvasteis del peor mal que me ha acechado, y respeté por ello la vida del bastardo que lleva vuestro apellido. La tregua ha finalizado. Mañana a mediodía haré cumplir el destino de Romeo y se vestirá Verona con su sangre.

Teobaldo Capuleto.

—¿Pero qué atrevimiento es este? —palideció Montesco—. Dime, Abraham, ¿qué hora es?

—Es mediodía, mi señor.

—Pues tiempo no queda. ¡Aprisa, ensilla mi caballo! —ordenó el Montesco, atando a su cinto la mejor de sus espadas.

El siervo, diligente, salió como despavorido.

—Teobaldo, infame camorrista... Habéis elegido el día de vuestra muerte —murmuró el Montesco, apretando en su puño la ya maltrecha carta—. Que así sea.

Por toda Verona estaba dispuesto a buscar el Montesco a su hijo, mas supo guiarse por el bullicio y los gritos, y en la plaza dio con un espectáculo sangriento.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡Apartad! —dijo a los morbosos ciudadanos que poco se alegraban de verle allí.

Entre la multitud vio entonces a Benvolio en el suelo, cubierto de sangre. Temiendo lo peor, el Montesco desmontó de su caballo y corrió a ver que su sobrino estaba a salvo. La sangre que cubría al joven era, por fortuna o desgracia, de otro...

—Sobrino mío... —los ojos del Montesco, entonces, vieron que Mercutio reposaba muerto en los brazos de Benvolio, desangrado por herida de espada—. Me siento palidecer al contemplar este grotesco espectáculo, mas te prefiero derramando tus lágrimas antes que tu sangre. Dime, ¿quién...?

—Mi señor —habló Benvolio, lleno de tristeza e ira—, perdonad nuestra ignorancia. Responder a un diablo con maldad cuánto daño puede hacer... —señaló entonces a su diestra, donde el pueblo también se arremolinaba—. Allí yace el pendenciero Teobaldo, mi señor, que no satisfecho con arrebatarle la vida a Mercutio, arremetió contra vuestro hijo, Romeo, cuando éste sólo paz procuraba poner. Oh, pobre, pobre, Mercutio...

El Montesco pudo ver la figura inerte de Teobaldo en el suelo ensangrentado de la plaza, pero ni rastro de su hijo.

—Teobaldo ha muerto y morirán los gusanos que degusten su ponzoña, ¿qué me importa? ¿Dónde está Romeo? ¿Dónde, sobrino? —le exigió atención—. ¿Dónde está Romeo?

El pueblo entonces se apartó y arrodilló, al oír la voz del Príncipe de

Verona, cuya misericordia se había extinguido.

—¡Malditos insensatos! Ya es de nuevo rojo el suelo que piso por vuestra macabra afición. Pero esperad, ¿es ese acaso mi fiel Mercutio? —preguntó el príncipe, reconociendo a su siervo—. ¿Quién le quitó la vida? ¡Hablad o perded la cabeza! —ordenó a Benvolio.

Antes de que el sobrino del Montesco pudiese pronunciar palabra, el grito desgarrador de una mujer les interrumpió. La señora de Capuleto, rompiendo a llorar dolorosamente, se arrodilló junto a Teobaldo y profirió una maldición tras otra.

—Teobaldo comenzó la reyerta —afirmó Benvolio—. Su intención no era otra que la de luchar en la plaza pública hasta hacernos caer a todos, príncipe. Fue él el culpable. Mercutio enfrentó a Teobaldo con valentía, pero mucho más ducho en batallas era el Capuleto...

La señora de Capuleto, horrorizada ante el relato, no permitió que aquello continuase.

—¡Esa es una vil mentira! Si Mercutio murió, ¿quién mató a mi sobrino? ¿Acaso fuiste tú?

—No hay mejor espadachín en Verona que mi primo Romeo —respondió Benvolio, dándoles así una respuesta—. Al ver el horror que la pelea dejó ante sus ojos, mi primo huyó.

—¿Y quién paga la muerte de mi sobrino? —siguió vociferando la señora Capuleto—. ¡Príncipe, exijo justicia!

—Romeo pagará con su vida —respondió el príncipe.

—¡Jamás! —exclamó el señor de Montesco, arrodillándose entonces—. Príncipe, os lo ruego... Mostrad piedad por quien defendió a vuestro siervo y se cobró la vida de aquel que lo hirió de muerte. Romeo no pagará la sangre de Teobaldo sólo por hacerle a éste pagar la sangre de Mercutio. ¡Debéis reconsiderarlo!

—Si hay un rostro que no quiero volver a ver es el de vuestro hijo, Montesco —respondió el príncipe—. Mercutio seguiría con vida de no haber tenido por compañía a Romeo. ¡Que siga huyendo! Aquí ya no podrá volver —sentenció, viendo en el rostro de aquel padre la mayor de las desgracias—. Le condeno al destierro, y podéis creerme benevolente.

Capítulo XXXVIII

Montesco apuró hasta la caída de la tarde, en la falsa creencia de que el tiempo le ayudaría a reflotar su corazón hundido de dolor y desesperanza. Mas las horas pasaban y su incertidumbre no era sino mayor. No había conseguido encontrar a su hijo, y temía el momento de enfrentar a su señora. Ella, a salvo en su ignorancia, había pasado el día en calma, sumida en la lectura, rogando a un dios inexorable que la señora de Capuleto hubiese cambiado de parecer y tuviera a bien seguir su consejo.

La sierva terminaba de recogerle el cabello mientras ella tomaba un baño. Desde su balcón abierto llegaban los sonidos del atardecer y los brillantes rayos de sol anaranjados. La dama suspiró tranquila, pues algo le decía que había hecho bien en advertir a su enemigo.

—Listo, mi señora —dijo la doncella, poniéndose en pie.

—Gracias, querida —respondió la dama, con una sutil sonrisa—. Márchate a descansar —le observó el hinchado vientre—. Que te sirvan una buena cena. Y di que no me molesten.

—Por supuesto, señora —se inclinó la sierva, para despedirse.

Al poco tiempo de haberse quedado a solas, la dama escuchó las puertas de la alcoba abriéndose. Nadie habría desobedecido la orden de procurarle tranquilidad, excepto si el que exigía verla era su marido. Ella se incorporó para ver que, como bien había adivinado, el Montesco había llegado a palacio.

—Mi señor —sonrió ella, abrazando la felicidad en sus ojos llenos de brillo—, pensé que ya no tendría más compañía que la de las hadas. Venid junto a mí y contadme por qué no os he visto en todo el día. ¡Qué día tedioso...!

El Montesco se dirigió hacia ella. Intranquilo, se arrodilló junto a la bañera marmórea, tomó las manos de su señora y las besó con una humildad rendida. Ella le acarició el rostro, dejando un poco de agua sobre sus mejillas.

—De haber sabido que tomabais un baño, no os hubiese importunado. Traigo sudor en la frente, sangre en las manos y barro en los pies. No me

recuerdo tan cansado...

Ella le observó, en silencio, calma, y procurando entender hasta dónde llegaba aquella inquietud. Para ella no existía más mundo que aquella alcoba, ni más tiempo que aquellos segundos. Sin alterarse ni por un momento, le preguntó:

—¿La sangre de quién traéis en las manos?

Por toda respuesta, su marido la miró a los ojos, lo cual pudo distraerlo de todo lo demás. El Montesco introdujo en silencio sus manos en la bañera, y ella se las limpió con delicadeza. Con las manos ya inmaculadas, se inclinó para tomar el rostro de su señora y buscar en sus labios un consuelo que aún no exponía excusa alguna. Ella, sin embargo, acogió ese beso deseándolo eterno.

Montesco había perdido la consciencia de sí mismo, y fueron unas campanas sonando a difunto las que le devolvieron a la realidad.

—Por un pobre desafortunado truenan las campanas... ¿Lo oís?

—Sí, lo oigo —respondió ella—. Pero mejor oigo vuestra voz.

Montesco se puso en pie y tornó a tomar la capa de algodón con la que cubrir la desnudez de su esposa. Ofreciéndole ayuda para salir de la bañera, y cubriéndola con el manto, suspiró con una preocupación que le revelaba a punto de desesperar. Sabía que era estúpido esconder la verdad a su señora. Sabía que ella, tarde o temprano, conocería todo lo que había acontecido en la plaza. Temía su odio y su desprecio por no haber buscado la paz a tiempo para salvar a su hijo del destierro. Temía su tristeza infinita al saber de la suerte de Romeo. El destino se las idearía para hacérselo saber, pero él no podía hacerlo. La miró a los ojos, ante el brillo del atardecer, con los hombros empapados y su cuerpo abrazado en algodón. Enfrentó sus ojos una vez más, y no pudo confesarles algo que hiciese menguar ese amor. No podía.

—Sabéis que el joven Mercutio era dado a los rencores callejeros...

La mirada de la dama se heló.

—¿Mercutio, mi señor? ¿Muerto? Qué tragedia...

Ella tomó el brazo de su marido, quien tuvo que sentarse, asqueado por su propia cobardía. Montesco no podía evitar la palidez de su rostro. La dama, llevándose una mano a la boca, sintió una inmensa lástima por su sobrino.

—Benvolio, ¿está...?

—Con el corazón roto, y abrazado a un cuerpo frío —respondió el Montesco.

La dama cerró los ojos, consternada

—Qué suerte negra engorda sus ansias con un joven tan dulce... Pobre Benvolio; es tan terrible perder a un amigo —lamentó la dama, sabiendo bien lo que decía—. Pero, mi señor, Mercutio no tenía enemigo. ¿Quién alzó ese rencor contra él?

—No tañen las campanas por la sangre de Mercutio, amada mía. Un nombre más grande, al parecer, exige duelo a Verona. El de su asesino.

—¿Pero cómo?, ¿es que el rufián no ha sobrevivido a la pelea? ¡Qué absurda fue siempre la guerra, sea entre hombres o entre bestias!

El Montesco se sintió estremecer al oír a su esposa maldecir así. Volvió a ponerse en pie y la abrazó, sin fuerzas o valor para pedirle perdón por ser, entre los hombres, un necio más.

—¿Y quién fue el ruin que le arrebató el aliento? —preguntó ella, calma.

—Teobaldo Capuleto.

Las campanas entonces sonaron más estruendosas que antes en sus oídos espantados. Deshaciéndose delicadamente del abrazo de su marido, la dama caminó hacia su lecho. Jamás hubiese esperado ese nombre. Recodó su confesión a Fray Lorenzo... Uno de los hombres que alguna vez le juró amor eterno había muerto. El fraile le dijo que los sacrificios serían valorados.

El Montesco se sentó en el lecho junto a ella, sin atreverse a hablar, viendo su estado de perplejidad.

La dama recordó más. Teobaldo amenazó a Romeo cuando éste aún estaba en su vientre... ¿Era esta la respuesta del destino? La amenaza perdía a su adalid, ya que sólo vestigios quedaban entonces en el palacio Capuleto. No había en Verona rival para Romeo. Quizás, a pesar de que la muerte del pendenciero la entristecía, era aquella una primera respuesta a sus plegarias. Quizás la paz no estaba cercana, pero su hijo estaba a salvo.

—Los Capuleto y su escoria... —se atrevió entonces a hablar el Montesco—. No pararán hasta matarnos a todos nosotros y a nuestros amigos.

—¿Y Romeo? ¿Estaba presente?, ¿sabe de lo ocurrido?

—Algo le ocuparía... Ni su sombra rozó la plaza.

Entonces ella tomó las manos de su marido, y éste la miró como quien espera que un sabio comparta un secreto.

—Mi señor, he de pedirlos un favor.

—Si me la pedís, os daré mi vida —respondió él.

—La muerte de un Montesco haría las delicias de los Capuleto, bien lo sabéis.

Los ojos de aquel hombre parecieron de pronto acoger un mar de

incertidumbre.

—Os suplico que seáis más noble que ellos, y que no convirtáis esta muerte en celebración.

—¿Qué me pedís? —exclamó, con desagradable sorpresa, el Montesco.

—Os pido nobleza —respondió ella—. Me vestiré de negro al amanecer y me dejaré ver luciendo duelo. La paz, mi señor, empieza por ver que el terror no es motivo de júbilo.

El Montesco negó incrédulo, rindiéndose ante el corazón de su esposa. Su tristeza por el destierro de Romeo era tan enorme, que de ninguna manera hubiese celebrado aquel día, pero en otras circunstancias habría sido un banquete lo mínimo a ofrecer para sus acólitos.

—La señora Capuleto lloraba sobre el cuerpo de su sobrino en la plaza. Ella veía el terror, como vos y como yo..., pero sólo clamaba venganza. ¿Cómo podéis vos ser tan humilde, tan noble y tan buena?

—Porque a mí me aman de verdad —esa voz ató un nudo en la garganta del Montesco—. Hace años, cuando vuestro hermano mayor murió, los Capuleto celebraron un gran festín en su palacio, para conmemorar su gangrenado amor. Quien no respeta a un rival, no se respeta a sí mismo.

Montesco cada vez notaba un mayor peso en su conciencia, escondiéndole a ella la suerte de Romeo. Apenas podía evitar mostrarse preocupado.

—¿Os encontráis bien? —preguntó ella.

—Tened por seguro que mi intención no será otra que la de contentaros —respondió él, a duras penas—. Si deseáis vestir de negro, que así sea. Yo me sumiré en la discreción y no haré nada que pueda disgustaros. No se celebrará, ni se conmemorará, este día.

—Gracias, mi señor —respondió ella, dejando caer la capa de algodón lentamente a sus pies.

Capítulo XXXIX

Con el bostezo de Febo, la señora de Montesco despertó al oír las campanadas. Por un segundo no se reconoció a sí misma en los brazos de su marido y no supo dónde estaba. A la segunda campanada lo recordó todo, y quedó en silencio, tras un profundo suspiro, observándole a él. Besó su rostro dormido, y con sumo cuidado abandonó el lecho. Tomó sus sedas azules para cubrirse, a pesar de lo cual tembló al asomarse al frío balcón.

Al alzar la mirada observó que las estrellas aún desafiaban al Sol. Su brillo, parpadeante, era cada vez más escaso, mas parecían obligarse a sí mismas a perdurar un poco más para reverenciar a la señora de Montesco antes de su partida.

La dama volvió a escuchar las campanas. El cortejo fúnebre no tardaría en pasar por debajo de su balcón en macabra procesión. Con sus pies descalzos dejándose estremecer por el frío mármol, caminó hasta las puertas de su alcoba y las entreabrió, encontrándose, como ya esperaba, a su fiel criada lista para servirla.

—No hagas ruido —le indicó, al hacerla pasar—. Mi marido duerme.

Por toda respuesta, la doncella agachó la cabeza.

—Vas a ayudarme a vestir de negro. Prepara mis velos y mi máscara. No te demores, que no falta mucho... —entonces le tembló la voz, y la sierva, siempre despierta, la miró fijamente para hacer ver que no le había pasado desapercibido su estado intranquilo.

La señora asintió, reforzando su voz.

—Algo que escapa a mis sentidos debería inquietarme —susurró, a modo de confesión—. Lo dicen las estrellas. Se dejan torturar por los rayos del Sol sólo para prevenirme...

La sierva tomó las sedas azules y ayudó a la señora a ponerse el ajuar negro. Peinó sus cabellos y colocó en su cabeza una diadema de la que prendían velos en cascada.

—La máscara —le pidió entonces la dama.

Abriendo las puertillas del armario, la doncella admiró la colección de máscaras hasta que dio con una pieza de color negro como las alas del cuervo.

—Gracias —respondió la señora, tomándola en sus manos.

Al llevar aquel antifaz hacia su rostro, sintió una profunda desolación y una grandeza que dividían en dos su corazón. Homenajeaba a alguien que una vez significó mucho para ella, pero dignificaba con ello el apellido de su mayor enemigo. Se sentía en calma, aun sin saber realmente si dejarse ver desde su balcón rindiendo luto era lo correcto, o si los Capuleto lo tomarían como una ofensa... Tan ignorantes podían ser aquellos pobres bárbaros...

—Ya se acerca —murmuró la dama, reconociendo el olor a incienso y el escalofrío de la muerte.

Entonces, como si de un desagradable trance hubiese despertado, el señor de Montesco abrió los ojos, albergando aún cansancio, y observó la figura altiva de su esposa. Ella se giró para mirarle, y aunque a través de los velos podía adivinarse una tenue sonrisa, el caballero creyó estar enfrentando a la Parca, que venía a cobrarse su cobardía con sangre. Vio entonces a la sierva, incapaz de dirigirle la mirada, esperando en una esquina de la estancia. Deseó marcharse de allí, y no ver, ni sentir, ni recordar... Ya se acercaba un cortejo fúnebre que le espantaba. Se puso en pie, y con una torpe reverencia se despidió de su dama, para huir del siniestro espectáculo. La señora respetó ese espanto con el que su marido respondía, comprensiva ante el dolor que su familia había sufrido bajo la ira de los Capuleto.

Con paso respetuoso, la señora de Montesco se asomó al balcón, dejándose ver.

—Mi señora... —se atrevió a importunarla la sirvienta.

—Ahí están —respondió la dama, reconociendo la cabeza de la procesión.

—¿Por qué lloráis a un asesino? Tan innombrable se me refiere el daño que os ha causado —pudo sentir que su estremecimiento llegó hasta su vientre preñado.

—Guarda silencio —ordenó, sin alzar la voz—. Respeta a los muertos, sean tuyos o de otros.

—Mi señora, no me ordenéis que calle ahora, cuando más absurdo me parece vuestro proceder.

—Exige una nobleza superlativa comprender que la paz bien vale la pérdida de la razón. Que no por tener motivos que arrojar contra mis deudores voy a olvidar mi más ardiente deseo, que no es acabar la guerra con fuego, sino iniciar la paz rindiendo mi orgullo. No vale nada mi nombre, si por él arriesgo la vida de quien más amo.

—La rendición...

—Es más valiente esto que hago, y no ha de tomarse por debilidad, pues es enfrentarme a mí misma y ver qué es lo que me mantiene con vida... Si ganar batallas y no ver el fin de la guerra, o arrojar las armas al fuego del que no debieron surgir y alimentarme de la vida que a mi hijo le di.

—Una vida malgastada —se llevó las manos al vientre.

—La vida de Romeo es la mía, y si por ella debo perder el respeto que Verona le debe a mi apellido, rindiendo luto a mis enemigos, así será.

—Ya os ven los Capuleto y sus allegados. Ya se ríen de vos...

—¿Tan infames crees a mis rivales? ¿Crees que de mí se ríen? Nadie que tome a mi enemigo por bufón puede tomarme a mí por reina. Cada cual puede definirse por aquellos contra los que busca la victoria. Vencer a un bufón no tiene gloria alguna. Los Montesco llevan años peleando contra dragones... Pero los dragones, que nos han hecho guerreros, no ven que la pérdida que lloran hoy pudo haberse evitado —la dama enfrentó entonces los ojos de su criada—. Quiero creer que yo aún no estoy ciega para ver.

La doncella, incapaz de soportarlo más, rompió a llorar.

—¿Qué es este lamento, niña? —quedó atónita la dama—. Responde.

—¿De qué vida habláis, mi señora?, ¿de qué mármol frío tallaron vuestro corazón? —lloró la sierva—. Romeo ya no os pertenece, y toda Verona le llora excepto vos —la mirada de la dama hizo sus lágrimas cesar de inmediato—. En vuestros ojos, de pronto, confusión. No son vuestros rivales tan infames como aquel al que tomáis por ángel protector... ¡Qué cobardía! ¡Qué inhumano!

La dama, ignorando abucheos desde las calles, tornó hacia la doncella y con una fuerza llena de dolor agarró el brazo con el que la sierva acunaba su vientre, y lo apretó hasta doblegarla.

—¿Quién guarda secretos que pudieran romperme el corazón? Nombras a mi hijo y me lo arrebatas en una sentencia. ¡Exijo una explicación! ¿Es que has oído los rumores? —la miró amenazante—. Sabes que ama a esa Capuleto, y ya dices que su vida no es de su madre. Pero más que nunca está su vida en mis manos.

Las lágrimas, brotando de nuevo de los ojos color miel de aquella doncella, apenas dejaron a su respiración pronunciar...

—Mi señora, que me perdone el Cielo. No es mi voluntad clavaros este despiadado puñal...

—¡Habla, maldita seas! —golpeó tan fuertemente el rostro de su sierva, que la máscara que la cubría cayó al suelo dejando su espanto a la intemperie.

—Vuestro hijo segó la vida del rufián por el que os lamentáis —sollozó la doncella, de rodillas—. Fue Romeo quien curó con acero la vergüenza de Verona... Su vida pidieron a cambio los Capuleto...

—¡Mientes! —gritó la dama, con el rostro desencajado.

—Mi señor suplicó de rodillas por vuestro hijo.

—Mientes...

—Y el príncipe, con su eterna misericordia, sentenció para él el destierro...

—¡Bruja sin alma, corazón gangrenado! ¿Por qué me torturas con tamaña invención? ¿Por qué? Tú, que no me envidias. ¡Tú, que juraste decirme siempre la verdad!

—No es un rumor lo que os cuento, ni mi imaginación es tan febril —seguía deshaciéndose en llanto la doncella—. Vuestro sobrino Benvolio sufría anoche como un condenado, y vino a buscar consuelo entre mis labios. ¿Llamaréis embustero a vuestro sobrino? Mi señora, me concedisteis el capricho de la lujuria, pero me prohibisteis mentir. Os obedezco; es todo lo que hago... —suplicó entre lágrimas hirvientes—. Tened piedad de esta miserable que no merece recoger los pedazos de vuestra vida en ruinas. Perdonadme, os lo suplico...

Despojada de su máscara, y sin consuelo alguno, la señora de Montesco permitió a aquel dardo traspasar su corazón y herirlo de muerte. Las lágrimas hicieron presa de sus ojos, aun cuando su boca no podía gritar. Entendió que su señor había burlado su pesar, a costa de su confianza, y que su tesoro máspreciado le había sido brutal e inhumanamente arrebatado. Volvió su espalda hacia la doncella, que lloraba sin medida, y enfrentó de nuevo el balcón. Pudo sentir su alma resquebrajándose y abandonándole como si tras una estocada hubiese Hades recuperado su espada de entre su pecho atravesado, dejando pálido su rostro, helados sus huesos, incapaz su mente... Sus rodillas la traicionaron, abatidas por el peso de su existencia sin el amor de su hijo... Cayó al suelo, desquiciada de dolor, y antes de llevarse las manos temblorosas al rostro profirió un grito que encontró su trágico eco en los infiernos.

Capítulo XL

El mediodía ya empezaba a fatigarse cuando la dama, observando ante el espejo sus ojos agotados de llorar, habló a su doncella, como hablan los fantasmas a los vivos. La sierva sintió su piel estremecer.

—Irás al bosque de sicomoros —ordenó—. Bajo la arboleda, donde Romeo dejó sus lágrimas, hallarás mi cura.

El terrible escalofrío que recorrió la espalda de la joven doncella, de pronto aterrándola, hizo presa de su garganta.

—No, mi señora... Yo no, os lo suplico...

—Entiendes de plantas como yo de estrellas —le insistió, vehemente, la dama, dirigiéndole entonces una significativa mirada—. Sólo de ti puedo fiarme.

—Mi señora...

—Tráeme las bondades de la cicuta. Y de entre las Amanitas hazte con la más generosa.

Se atrevió entonces la doncella a tomar las heladas manos de su señora, un atrevimiento que a otra le hubiese podido costar la vida, suplicando cordura.

—No sabéis el dolor que me exigís infligiros. Me pedís que os mate bajo tortura...

—Han llegado mis propias lágrimas a mis labios, y si ellas con su ponzoña matarme pudieran no precisaría de mejor ayuda. Pero su veneno sólo me martiriza sin darme muerte. Tendrás piedad de mí.

La dama se puso en pie, caminando hacia su lecho, dándole la espalda a la afectada doncella. Con voz calma y sin espíritu alguno, reivindicó sus deseos.

—Para cuando tengas el cáliz listo, me habré librado de estas ropas ridículas y de toda máscara. Me lo ofrecerás al caer el Sol. Tráeme también tinta fresca, que debo escribir una carta —entonces la miró a los ojos—. Márchate.

La doncella, sin otra opción que la obediencia, abandonó a la señora de Montesco. Cerró la puerta tras de sí, notando un fuerte dolor en el vientre,

como si el que fuera a nacer le pidiese a su madre que cesara su sufrir, ese que se comía sus entrañas. Avanzó a duras penas a través de los amplios pasillos, procurando despejar su rostro de dolor, siendo un cómplice leal y discreto para esa mujer a la que tanto admiraba. No debía llorar.

Unos ojos que nunca la miraban frenaron entonces su torpe paso. El señor de Montesco atravesó su mirada con aquellos ojos certeros. Siempre la trataba como si fuese invisible, pero aquella vez esa mirada la traspasó, y la doncella supo que su intranquilidad fue obvia para su señor. Por fortuna para ella, aquel hombre sabía que sólo a su mujer pertenecía aquella joven, y que nada debía conversar con ella. Tras un segundo de confusión, la doncella pudo marchar sin más. El señor de Montesco, sin embargo, dirigió sus pasos hacia la alcoba de su esposa.

—Adelante —apenas pudo pronunciar la dama, sin inmutarse, sentada sobre su lecho, mirando al balcón que poco a poco le mostraba una tarde más oscura.

—Espero que toméis mi interés por vuestro luto como una muestra de que admiro vuestro esfuerzo por traernos la paz —dijo el Montesco, caminando hacia ella—. Sin embargo, ha sido de lo más tedioso mi almuerzo sin vos. Vengo a pedirlos que no me abandonéis en la cena.

Entonces, su esposa le recibió de frente, y él, invadido por el pánico, sintió sus venas helarse bajo su piel pálida. El rostro de su señora desvelaba que el corazón de aquella madre estaba apretado entre espinas, que lo último que tendría de ella sería desconfianza y que la decepción que le había provocado había dejado su alma quebrada en mil pedazos. Esos ojos le acusaban, le culpaban y le condenaban sin piedad o misericordia. El Montesco se arrodilló, abatido.

—Lo sabéis... —pronunció, incrédulo—. ¿Cómo?

—¿Dónde está mi hijo, Montesco? —preguntó sin apenas vida en su voz.

El silencio incierto de su marido sólo pudo hacerle aún más daño; la cobardía de aquel hombre por enfrentar su mayor error no tenía rival.

—¿Dónde? —insistió, sin fuerzas.

—Calista...

—¿Dónde? —alzó la voz, mirándole a los ojos, sin lágrimas que derramar.

—El príncipe le perdonó la vida. A Mantua le exigió marcharse —la dama cerró profundamente los ojos cristalinos—. Y a Mantua os llevaré hoy

mismo, si me lo pedís. No quedaréis sin verle, tenéis mi palabra.

—Vuestra palabra... ¿De qué me sirve la palabra de aquel que semejante desgracia me ha ocultado? No me queda confianza que daros.

—Calista, traeré a Romeo de vuelta a Verona. Soñé en mi ingenuidad que podía salvaros de la angustia de su partida, siendo raudo en remediarla.

—¡Nada podréis remediar, mi señor, cuando sois la causa primera! ¿A qué tirarles un hueso fresco a los perros? Siempre habéis consentido en la absurda pelea que os une a los Capuleto más que a mí y a nuestro hijo, ¡y ni siquiera sabéis por qué! Un necio es lo que sois, un cobarde hasta la médula y un embustero... ¿Cómo habéis tenido la sangre fría de mentirme sobre Romeo?

Sobre sus quebradas rodillas quedó el Montesco en silencio, aceptando una culpa que apenas empezaba a echar raíces y ya había secado con tiranía la sangre de su corazón. Cuántos pasos de valentía habría dado por borrar esa expresión del rostro de su esposa... Por desgracia, ya era muy tarde para tal determinación.

—Mi señor, no soportaría un embuste más. De modo que sellad vuestros labios y otorgadme la paz de vuestra ausencia.

Poniéndose lentamente en pie, el Montesco asumió la gravedad de aquella orden. Reverenció a su esposa, haciendo un esfuerzo titánico por no romper a llorar, y se marchó abatido. La dama sintió que un golpe arrancaba de su pecho la vida cuando aquella puerta se cerró tras él.

Sólo un asunto más precisaba de su tiempo. Una despedida más, digna de una vida entregada a ella... La dama tomó con sus manos temblorosas la pluma, y escribió.

Mi admirado Conde de Beauvoire,

Esta noche brindo por última vez. Y, antes de partir, deseo agradecer vuestra voz, vuestros ojos y vuestra voluntad para conmigo. Mi fortuna y mi miseria se encuentran en vuestro nombre, ese que me ofrece un indolente amor. Mi lamento está en saber que no hay mujer que más os haya herido. Habréis de perdonar a mi caprichoso corazón, que poco y mal os consideró.

Siempre os ofrecí la verdad, y es ello lo único que mantiene mi honor a salvo. La verdad os ofrezco, una vez más, antes que a otros hombres. Mi corazón abriga tal corrupción, que sólo queda amputarlo. Yace roto, apaleado y ennegrecido por el miedo, la duda, la pena y el odio.

Mi hijo arriesga hasta su aliento, y a otros se lo arrebató, por una

joven de casa enemiga. Ríos de sangre inundan mis presentimientos; nunca las estrellas brillaron tan rojas. Tal es la postura de Romeo, que Verona no podrá volver a besarlo. Sus desquicios me lo han arrebatado. Oh, claro que anhelo la muerte... ¿Y qué mejor verdugo? Sólo un hombre podía desmembrar mi razón de ser, saquear lo que es sólo suyo, y condenarme. Le amo con toda mi razón y mi sinrazón. Sin él no soy, ni quiero ser. Su traición a mi confianza, su ceguera ante este sangriento absurdo..., todo me exige rendir cuentas por él.

El peso de la culpa y de la soledad es sobre mis hombros impiadoso. Es buena la hora para acabar con él.

No me lloréis, os lo ruego. Vivid en paz, pues es toda la honra que desea mi memoria.

*Siempre vuestra,
Calista.*

Capítulo XLI

El cristal tallado dejaba ver el oscuro veneno, de esmeralda fulgurante a la luz de las velas. Apenas unas finas sedas negras cubrían la piel estremecida de la dama, quien observaba el cáliz mientras su sierva, pálida por la macabra obligación que había satisfecho, terminaba de soltarle los cabellos.

—¿Deseáis alguna otra cosa, mi señora? —preguntó insegura, deseando ganar tiempo antes de dejar a la dama a solas.

—Me has servido bien, niña —respondió la señora, mirándole a sus ojos color miel—. Deseo que te marches en paz y que me perdones.

—De nada os culpo, mi señora —agachó la cabeza, humilde.

—Cuida de tu bebé, y ámalo hasta que te hiera amar con tanta fuerza. Hazle saber que es amado, y que a sí mismo debe amarse.

—Así lo haré, mi señora.

La dama tomó las manos de la sierva y las besó sentidamente, provocando en la doncella una reverencia abrumada. Muda, la muchacha sintió un frío terrible en sus entrañas.

—Gracias —murmuró la dama, liberando sus manos.

—Mi señora —asintió ella, alejándose lentamente hacia la puerta.

La dama devolvió la mirada a la fina copa de cristal, sintiendo los pasos de su sierva, indecisos y pesados. La joven doncella salió de la estancia, cerró el pesado portón tras de sí, y se aferró al pomo como el tullido que se aferra a su bastón para no caer. Sabía que sería demasiado tarde. Sabía que nada podía hacer... mas echó a correr, deshaciendo sus pulmones entre lágrimas.

Los guardias agarraron sus brazos, frenando su desesperada carrera, justo ante la puerta que deseaba tirar abajo.

—¡Mi señor! —chilló, con los ojos desbordados.

—¡Quieta, mujer! —le ordenó uno de los centinelas.

—¡Silencio! —exigió el otro—. ¡No tienes permiso para entrar!

—¡Excelencia! —siguió chillando ella, mirando a los guardias a los ojos—. ¡Os lo suplico, dejadme pasar!

Uno de los hombres a punto estuvo de aturdira de un golpe, que el otro, al ver el estado de la joven, frenó.

—¡Dad gracias porque encinta estáis, loca! —relajó el brazo aquel que iba a golpear.

Al otro lado de la puerta, de rodillas frente al crucifijo rezaba el Montesco, descarnando sus dedos entre el rosario, pidiendo perdón. Los gritos sordos de una mujer apenas le perturbaron, aunque sabía que le llamaban a él. Ninguna importancia les dio, hasta que el guardia la llamó loca y de su vientre habló. Sólo una sierva en toda la casa cargaba con un bebé en sus entrañas; una joven que nunca se atrevía a importunarle..., y que a su esposa contentaba.

De pronto, esos gritos sordos, se volvieron claros en sus oídos.

—¡Por piedad, Excelencia! —lloró ella de rodillas, oyendo, de súbito, que las puertas cedían a sus suplicas—. ¡Mi señor, socorredla! —encontró sus ojos con los de él, descubriéndolos desencajados—. He intentado frenar su voluntad, señor, os lo juro...

—¡Echadlas abajo! —ordenó el Montesco a sus guardias, que sin aliento habían seguido su rauda carrera hasta aquellas puertas cerradas a cal y canto—. ¡Hacedlas astillas de inmediato!

A golpes certeros cedió el cierre tallado, permitiendo la violenta intrusión. Agresivos rayos de sol en el atardecer traspasaron los postigos de esas puertas torturadas, cegándolos a todos.

El Montesco perdió la voluntad sobre sí mismo y sintió su sangre suspendiéndose en sus venas al contemplar a su esposa agonizando sobre el frío suelo de mármol. Una copa de cristal le juzgaba, soberbia y vacía, desde el escritorio, como un verdugo que alardea del trabajo bien hecho.

—Calista... —apenas murmuró, con el poco aire que le quedaba en los secos pulmones.

Un impulso le hizo andar entonces, y arrastrarse hacia el más desesperado intento de salvarla... sabiéndose inútil.

—Calista, miradme... Hablad —le suplicó aterrado.

El Montesco la abrazó y notó su cuerpo en tensión por el inmenso dolor. Los ojos más hermosos del mundo ante los suyos se descosían en pupilas derramadas por la inclemente droga, y los labios que más amor le habían otorgado nunca se habían tornado violáceos valles de muerte que se abrían en un intento desesperado de dejar pasar el aire, incapaces de pronunciar palabra alguna. Hubiese querido él cambiar su vida por la de ella en ese mismo

instante. La respiración desacompasada, temerosa e insuficiente, le procuraba un sufrimiento de impiadosa tortura entre aquellos brazos. La dama, con los miembros insensibles, tomó a duras penas la mano con la que aquel infeliz acunaba su rostro... Las uñas ennegrecidas y la piel helada.

—Perdonadme... —suplicó él, besando la frente de la dama—. Perdonadme, por haber sido —murmuró, luchando por amarrar su cordura y que ésta no le abandonara—. Perdonadme... —lloró—. Mi única fascinación, mi vida entera sois vos... ¿A dónde vais sin mí?, ¿cómo partís sin avisar, negándome el placer de acompañaros? No me queréis en este viaje, por eso me alejáis... Mi única fortuna, mi único anhelo, en manos del mísero Caronte... ¡Perdonadme por haber sido! En la nada debí quedar, en un limbo, antes de ser y truncar así vuestra felicidad. Cuánto dolor he provocado a quien más amo, si con la Parca se ha aliado para darme escarnio...

La exhausta dama, en un agónico esfuerzo, trató de limpiar las lágrimas que caían por el rostro del Montesco, apenas pudiendo rozar su piel. Él tomó la entumecida mano y la besó con fuerza, sin dejar de mirarla a los ojos, cuyas pupilas reflejaban su consciencia drogada.

—Cómo pudiera suplicaros que lucharais un segundo más por quedar a mi lado, si cada segundo es un calvario que agujiona vuestro cuerpo... Nunca soy tan débil como ante vos... ¡Os lo imploro, quedaos! Quedaos aquí. Quedaos conmigo; arrojad sal a mis heridas, pero quedaos. Calista...

El silencio inmenso, que la agonía dejó al marchar, hizo a ese hombre creerse sordo. El peso desplomado de aquel hermoso cuerpo de pronto le hizo sentirse inmensamente viejo. La dama había exhalado su último aliento envuelta en sus brazos y bañada en sus lágrimas. Jamás se había sabido tan solo, tan perdido y tan incapaz de ser... Incapaz de siquiera oír la voz de aquel a quien odiaba más que al destino mismo.

Lloró aquel hombre, hasta perder la memoria. Y en su llanto nocturno le acompañó Verona, aterrada en su soledad. Verona, de pronto huérfana de su belleza..., que las dos mujeres que llenaban de esperanza su nombre se habían entregado al veneno...

Capítulo XLII

Sepulcral era el silencio que reinaba en la alcoba hasta que una triste campanada lo quebró, devolviéndole la noción del tiempo al señor de Montesco. Aturdido por la falta de sueño y el insoportable dolor que le había impedido el descanso, se hallaba junto al cuerpo inerte de su dama. Ella, cubierta por sus sábanas, fría e inamovible, se le figuraba una estatua de nácar... blanca y morada, a merced de finos rayos de luz.

No había permitido el paso de nadie. A ningún siervo había dejado contemplarla. No podía terminar de despedirse de ella, cuando el atardecer ya caía...

Una llamada en las puertas destartaladas le hizo mirar hacia aquel que le interrumpía. El Montesco dirigió una expresión de desconfianza y de odio al aire. No quería ver ni oír a nadie. Incapaz era de soltar las manos de su esposa...

—Adelante —murmuró, no siendo más que un despojo de sí mismo—. ¿Quién de vosotros, desgraciados, ha contado mis desdichas más allá de estos muros?

—Mi señor —le reverenció su siervo, Abraham—. Las campanas tañen por otra dama. Nadie en Verona conoce la amarga fortuna de la señora de Montesco. Es a vos a quien corresponde ordenar un anuncio...

—¿Otra dama? ¿Acaso había otras en el mundo?

—La joven Capuleto, mi señor. La dulce Julieta, como la llamaban en su casa. Al alba la hallaron muerta en su lecho... Han tardado sus padres en compartir el luto con el pueblo. Ya casi cae la tarde... —el siervo suspiró, como quien busca tiempo e ingenio para pronunciar palabras esquivas—. Excelencia, vuestro sobrino pide veros.

El Montesco suspiró ante aquella petición.

—En absoluto estoy preparado para ello, mas no se lo negaré. A él no —asintió—. Hazle pasar.

Los pasos de Benvolio, más que incomodarle al entrar en la estancia, le envolvieron en vergüenza y culpa.

—Era cierto lo que contaban los criados... —murmuró el joven—.

Cuanto desearía que hubiese sido sólo una invención irrespetuosa.

Sin fuerzas para responder, ni atrevimiento para mirar a su sobrino a la cara, el Montesco se puso en pie y se dirigió hacia el balcón, dejando para Benvolio una vista macabra que le estremeció los sentidos. Con paso lento se acercó el joven hacia ella, arrodillándose a su lado. A pesar de sentir que se le partía el corazón, fue incapaz de llorar. Tal era su desconcierto...

—Es la segunda vez que pierdo a una madre —dijo, posando su mano sobre las de la dama.

La nobleza que acompañaba a la voz de su sobrino hizo al Montesco sentir escalofríos. No creía merecer su compañía.

—Ella te adoraba —pronunció al fin, sin atreverse a mirarle—. Te admiraba porque la entendías mejor que yo mismo.

—Y yo no podría tener a nadie en más alta estima que a ella. Perdonad mi franqueza, mi señor. Era una mujer de terrible belleza... —suspiró, deshaciendo nudos de tristeza en su garganta—. Qué espanto decir que lo era, cuando querría decir que lo es...

—No te disculpes, que tu sinceridad te honra —respondió el señor de Montesco—. Envidio tu temple, Benvolio, siempre lo he envidiado, porque es el de un hombre mucho más grande que yo —entonces, al fin, le pudo mirar a los ojos.

El joven se puso en pie, entendiendo la miseria de aquel hombre, y respetándola.

—Mi señor, no desfallezcáis —le pidió—. No conozco el alcance que esta tragedia puede dejar en vuestro corazón. Sólo sé que vuestro hijo no está para procuraros aliento y que aquí me tendréis tantas veces cuantas me necesitéis —le reverenció.

Abrumado por tanta honra inmerecida, el Montesco le devolvió a su sobrino la cortesía, y dejó que se retirase.

La medianoche se cernió sobre Verona, dejando atrás las campanas que a difunto cantaban por la niña de los Capuleto. Un día había pasado el señor de Montesco sin su razón de ser, y sintió que, en efecto, ya no era. Nada era. Desde la bóveda de estrellas en el verano, dos brillaban insultantes... Cuánto le hubiese gustado preguntarle a ella cuáles eran aquellos astros. Y ella, con una sonrisa y un susurro, le hubiese explicado que no eran sino Venus y Marte, jugando a los amantes clandestinos.

Una nueva llamada le devolvió a la ponzoñosa realidad. Su siervo,

Abraham, requería de nuevo su atención.

—Prefiero que me descuides a que me molestes —dijo el Montesco, sin más.

—Mi señor, perdonadme —respondió—. Por nada hubiese interrumpido vuestro duelo, mas debéis saber que vuestro hijo fue visto cruzando las fronteras esta mañana. Está en la ciudad.

El Montesco hubiera jurado que de una sola vez no se podría haber sentido más terror, mas aquella noticia demostró que se equivocaba.

—¿Cómo osa desafiar la sentencia del príncipe? Por sus sinrazones me ahoga la tristeza... —clamó el abatido caballero—. Si le encuentran en Verona, le darán muerte sin mediar palabra.

—Mi señor —asintió Abraham.

El Montesco devolvió la mirada al rostro de su esposa.

—Ella antes que nada —besó sus frías manos—. Debo procurarle sepultura, aunque entregársela a la tierra es lo último que quisiera hacer. Gustoso moriría de hambre y sed, por quedar como estatua de piedra junto a ella, sin desperdiciar uno de los segundos que me quedaran por ver su rostro... Esta noche habré de hablar con Fray Lorenzo para que lo disponga todo. Prepara mi caballo —el siervo le reverenció, diligente—. Y, en mi ausencia, cuidad de ella.

—Se hará como decís —respondió, quedando a su lado.

El Montesco se puso en pie, aun sin estar preparado para dejarla sola. En aquel instante, sus ojos dieron con un sobre que bajo el escritorio reposaba en el suelo. Reconociendo en la superficie la letra de su dama, el Montesco lo tomó, observando cómo su pulso le traicionaba. El mensaje delator estaba coronado con el nombre de un fantasma del cual había oído hablar, pero al cual desconocía. En silencio, ante la paciencia de su siervo, leyó. No podría haber articulado en voz alta una sola de aquellas palabras, hasta que una línea se rebeló contra él, escapando a sus labios.

—Por una joven de casa enemiga —la comprensión de aquel secreto paralizó su mente por un momento—. Dios mío...

Que su señora supiese de aquel romance y callase por prudencia, para que la sangre no se derramase. Que su hijo volviese a Verona, arriesgando la vida, cuando la noticia en toda la ciudad era que Julieta había muerto... Los Capuleto y los Montesco parecían haber terminado por apretar sus lazos de muerte hasta estrangularse a sí mismos.

—¿Excelencia?

El caballero se recompuso cuanto pudo y respondió.

—Si Romeo buscase asilo en esta casa, habréis de tener cuidado. Iré en su busca tras hablar con el fraile.

—Dejadlo en mis manos, mi señor.

El siervo se marchó a satisfacer cada orden. El Montesco besó la frente inmaculada de su dama y se arrastró hacia la puerta, sintiendo que un cuerpo sin espíritu era lo único que le quedaba.

Capítulo XLIII

Con un fuerte tirón de riendas hizo el Montesco frenar a su corcel, que relinchó agresivo al ser interrumpido su camino por un humilde jardinero. Éste, tembloroso por el sobresalto, en seguida reverenció al caballero.

—¡Excelencia! —exclamó, temiendo siquiera pronunciar su apellido.

—¿Sois el que guarda los jardines? —preguntó el Montesco—. Vengo buscando a Fray Lorenzo.

—Frenad vuestra búsqueda, pues. El buen fraile dejó su celda hace poco. Como toda la ciudad, acompaña en su dolor a la familia Capuleto. Perdonad si en demasía atrevido os parece que los nombre, mi señor...

Abnegado de dolor y humillación por la culpa lapidaria, el Montesco negó con un suspiro.

—Es, sin duda, terrible que la niña haya muerto. Y, como quien cose en frío una herida desgarrada, habré de saludar también su tumba. Mas otro asunto me urge ahora... ¿Dónde encontraré al fraile?

—Marchó a velar el sepulcro de la dulce Julieta, mi señor. Entre cipreses lo hallaréis.

Todo un cortejo halló el Montesco al llegar al camposanto. Apenas hubo reparado en los acelerados alguaciles cuando la presencia del príncipe atrapó toda su atención hasta hacerle temblar. Los designios de aquel hombre cuánta amargura le habían procurado... Una duda le asaltó entonces. Por qué la más alta nobleza cedería sus madrugadas a velar una tumba... Al dar los ojos del príncipe con los del atormentado caballero, éste supo ver que segundos antes los embargó la ira, y que tal arrebató parecía haber dado paso a un derrumbe por la sinrazón. Aunque en manos del príncipe quedaban las sentencias, sin ningún placer oía el relato de Fray Lorenzo, de rodillas ante él.

El señor de Montesco, incapaz de imaginar por qué el fraile suplicaba con las manos alzadas, avanzó atosigado por el desconcierto, al contemplar que, así de madrugada, también los Capuleto eran testigos de aquel absurdo. Y testigos eran, como él, incrédulos y dolorosos.

—Cuánto acólito para un muerto... —murmuró, sin ser por ellos oído.

La insoportable sensación de que algo terrible iba a ocurrir se clavó en su costado cuando vio junto al fraile, tembloroso y pálido, al fiel Baltasar. Aquel siervo de su casa, que debía acompañar en todo momento a Romeo, parecía haber perdido el rumbo hasta dar con sus huesos en aquel absurdo.

—Mi señor de Montesco —murmuró el siervo, recibiendo de él una mirada asfixiada.

Recobrando su aliento a duras penas, el caballero miró al príncipe a los ojos una vez más. Éste, consternado, le enfrentó al fin con una verdad.

—Temprano amanecéis, Montesco, mas vuestro hijo os supera en tal costumbre.

—No amanezco, mi señor, que ya no recuerdo cuándo cedí al sueño por última vez —confesó él—. ¡Piedad clamo al Cielo! Ayer perdí la vida cuando mi esposa cedió al dolor. Tal tortura le suponía el destierro de mi hijo, que cesó el latir de su corazón...

El silencio sepulcral se acentuó con el gesto de imposible humildad ofrecido de pronto por el príncipe, quien agachó la mirada al recibir tan fatal noticia.

—Os ruego que habléis —pidió el Montesco—. ¿Acaso queda algún mal reservado para mí y mi vejez?

Escalus volvió a alzar la mirada, y con un gesto que señalaba la tumba fresca de Julieta a sus espaldas, habló:

—Ved vos mismo la verdad.

Bajo el manto de la oscuridad, el Montesco observó los cabellos de una joven reposados sobre las mejillas pálidas de su hijo. Ambos jóvenes parecían espectros inmóviles sobre la fría tierra bañada en lustrosa sangre. Un puñal reclamaba aún el pecho tibio de Julieta. El caballero caminó hacia aquella aberración sin poder obligar a sus piernas a soportar su propio peso. De rodillas cayó, y arrastrándose alcanzó a tocar la piel helada de su hijo, manchando sus dedos con la sangre de la hermosa ninfa que lo abrazaba. Había vuelto aquella dama de entre los muertos sólo para no dejarlo solo ante la muerte... El Montesco se llevó las manos a la cabeza. Alzó un grito de dolor hacia la tierra bajo sus pies, y a sus ojos volvieron las lágrimas. La voz de un loco no habría sido más aterradora.

—¿A qué este descaro, Romeo? —le reprochó al cuerpo inerte de su hijo, deshecho en lágrimas—. Precederme ante la muerte, ¿cómo has podido?

Se acercó a él uno de los alguaciles, ante las órdenes del príncipe, para ayudarle a ponerse en pie. Él se negó.

—Montesco, no hay duda de que merecen tus desgracias un sentido lamento, pero antes quiero entender qué provocó esta tragedia sin medida. Seré tan doliente como vos, o más aún, si me concedéis entendimiento... — habló el príncipe—. Este fraile y este siervo se hallaban aquí a la llegada de los alguaciles. Hablad, fraile. Decid cuanto sepáis.

Fray Lorenzo se puso en pie y, ante las heridas abiertas del Montesco y los Capuleto, relató una aventura tan improbable... Confesó haber unido en matrimonio a los jóvenes, que amantes hasta la misma muerte se revelaron, sin vergüenza ni mesura ante los dolidos orgullos de sus padres. Señaló también otro cuerpo muerto a espada, el de un joven conde al que el Montesco apenas supo reconocer... Habló de un potente veneno, de un descanso con máscara mortuoria, y de una carta firmada por Romeo. Habló de la maldita fortuna, de un plan truncado, y de sus súplicas a una joven dama que no quiso escucharle tras contemplar la muerte de su amor.

—Fraile, vuestro relato, aunque la más imposible de las ficciones se me refiere, ha de ser verdad viniendo de un santo como vos —dijo el príncipe, superado por aquella historia—. Hable ahora el siervo de Romeo.

Baltasar se arrodilló. Sus ojos, que debían suplicar clemencia al príncipe, no podían sino dirigirse a los del señor de Montesco.

—Por mí supo Romeo de la muerte de Julieta —confesó, mirando a aquel padre en su amargura—. No perdimos un instante en regresar desde Mantua para llegar a este páramo de muerte. Me entregó esta carta para vos, mi señor —mostró el siervo, haciendo que el Montesco temblara—. Juró darme muerte si osaba frenarle en su cometido.

El príncipe se acercó a él y tomó el mensaje de Romeo.

—Quiero leerla —dijo, abriéndola sin más—. ¿Y el siervo que alertó a la guardia?, ¿dónde está?

El paje del joven conde se acercó y reverenció al príncipe. Era apenas un niño. Uno de los alguaciles le amedrentó para que hablara.

—Creyendo a su prometida muerta, mi amo vino a traerle flores —dijo, invadido por el miedo—. Yo le cedí intimidad, pero me quedé cerca, hasta que llegó un caballero que le interrumpió, provocando que riñeran. Ante el alboroto, fui a buscar ayuda.

Escalus volvió a cerrar el sobre que contenía el mensaje de Romeo, asintiendo entonces.

—Valor de verdad dan a las palabras de nuestro bendito fraile las líneas escritas por Romeo —dijo, hablando a los padres de los dos jóvenes—.

Relata aquí su amor y su muerte por Julieta. Compró un fuerte veneno en Mantua a un pobre boticario y descansó junto a ella tras beberlo a los pies de su tumba —el príncipe arrojó la carta a los pies del Montesco, en un gesto furioso y agotado—. ¡Miraos, malditos por voluntad divina! ¡Capuletos y Montescos, no es la armonía bienvenida para vuestra suerte! Y hasta a mí me hacéis desgraciado con vuestros rencores.

La señora de Capuleto miró a su marido, quien entendió como ella lo certera que había sido la voluntad de Julieta al darles escarmiento mediante un amor que ante sus ojos dejaba su nombre inválido. El señor de Capuleto observó a su enemigo arrodillado, llorando la pérdida de su misma vida, y no celebrando la de ellos. La nobleza de sus hijos, finalmente, apenas perseguía reclamar la de sus padres.

—Montesco —habló el señor de Capuleto, acercándose a él—, dame tu mano, y que sea este gesto la dote de mi hija. Hermano, nada más puedo pedirte.

El Montesco miró la mano del Capuleto, extendida ante él. Una voz en su recuerdo hizo latir con fuerza su corazón. La voz de una mujer que dedicó sus deseos de fortuna a la paz de ambas familias, mucho antes de que Romeo siquiera posase sus ojos en Julieta. Aturdió su pensamiento una sonrisa espectral que celebraba el fin del conflicto y que le pedía estrechar esa mano hasta entonces enemiga. El Montesco suspiró, observando a su hijo tendido en la tierra, acompañado de Julieta. Quizás Romeo merecía el honor de estar cerca de su madre, y él merecía la tarea de hacer eternas sus memorias.

—Más aún habré de darte —respondió el Montesco, estrechando la mano de su enemigo, y poniéndose en pie—. Tienes mi palabra de que la hermosura de Julieta quedará para siempre expuesta en una estatua de oro que ofreceré para el deleite de toda la ciudad.

—Con igual honor haré a Verona recordar a Romeo.

Aun incrédulo ante semejante milagro, el príncipe observó que poco faltaba para el alba, y que aún había trabajo que hacer.

—¡Triste es la hora en la que al fin llega esta fraternidad! Seguidme, que lo que el Cielo ha ideado ha de ser reafirmado por los hombres. Premiaré a unos y castigaré a otros. Un lamento ha sido esta historia de Julieta y Romeo.

FIN.